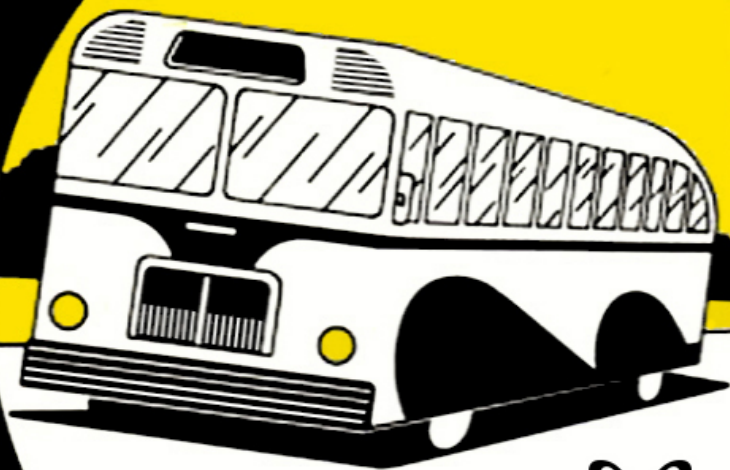


CRIMEN & CIA.

**Malcolm
Bosse**

**LOS
CONDENADOS**



de

La misteriosa muerte de los cuarenta pasajeros de un autobús, es sin duda una dramática noticia de primera página, pero parece que en esta ocasión hay alguien interesado en echar tierra sobre el asunto. Una vez descartado el accidente la investigación se encamina a descubrir los lazos que podrían unir a las víctimas sin ninguna relación aparente entre ellas, y los siniestros motivos que los condenaron a tan trágica muerte.



Malcolm Bosse

Los condenados

Crimen & Cia. - 47

ePub r1.3

Titivillus 09.08.15

Título original: *Stricken*

Malcolm Bosse, 1974

Traducción: Josep Sampere

Diseño de cubierta: Jordi Paris

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



1

CON EL LARGO ABRIGO agitándose alrededor de sus tobillos, se internó con la cabeza gacha en el viento constante que sopla a menudo, antes del amanecer, por entre las colinas de San Francisco. Aparcado frente a él en la calle, por lo demás vacía, había un autocar lleno de pasajeros. Los veía en las ventanillas, sus cabezas apoyadas en el cristal, dormitando en la oscuridad submarina. Aproximándose con esfuerzo pudo comprobar que no todos dormían: un viejo se mofaba de él, enseñando los dientes, y desde la ventanilla contigua una gorda le hacía muecas burlonas con la boca torcida.

El joven levantó el dedo medio en un gesto obsceno. Que la gente se burlase de él a costa de su barba y su largo abrigo; él se burlaría de su conformismo. Avanzó con dificultad a lo largo del autocar hasta llegar a la puerta abierta, donde se volvió y, esbozando una sonrisa, levantó aún más el dedo. Pero al volante no había conductor al que insultar y del interior no provenía sonido alguno. Escuchó y, dubitativo, puso el pie sobre el primer escalón. Lo que por último le decidió a subir al autocar fue el silencio que partía de él como un olor peculiar. Ascendió cautelosamente por la escalerilla hasta el comienzo del pasillo; junto a él había un niño sentado con la cabeza apoyada en el hombro de una mujer. Los ojos del chico, de mirada inmóvil, parecían brillar en la penumbra y su manita aferraba el muslo de la mujer. Cuando el joven se agachó para mirar desde más cerca, comprobó que el chico estaba muerto.

Como todos los demás.

Caminó despacio por el pasillo, mirando de soslayo a los hombres y mujeres de todas las edades, un autocar repleto de gente corriente que no respiraba. Aquí y allá aparecía una mano extendida, una cabeza echada hacia atrás, un cuerpo desplomado, pero nadie se había propuesto defenderse o escapar. Llegó a la parte trasera del autocar y se acarició la barba pensativo. Estaba acostumbrado a que la muerte llegase acompañada de violentas luchas, a menudo cruentas, pero esos cadáveres semejaban personas descabezando un sueño durante un largo viaje. Tendió la mano y rozó levemente con el dedo índice la mejilla de una mujer de mediana edad. Su piel estaba fría, pero aún se conservaba elástica. Era fantasmal. Y la temprana luz violeta, el aire inmóvil del interior del autocar, el completo silencio, todo realzaba su impresión de que la escena se desarrollaba en un sueño. No obstante, siguió allí sólo unos momentos antes de ponerse a desvalijar las ropas de los pasajeros muertos. Moviéndose poco a poco hacia la parte delantera, depositó anillos, relojes, cheques de viaje, dinero suelto y carteras en los raídos bolsillos de su desproporcionado abrigo. Sus manos revolvían diestramente los bolsos, pantalones y chaquetas. Varias veces se detuvo ante las ventanillas para ver si alguien venía, luego continuaba con su sistemática tarea. Cuando ya no cupo más en su abrigo, embutió los bolsillos, a excepción del frontal del lado derecho que estaba roto. Para hacer sitio tiró los objetos sin valor que llevaba encima cuando entrara en el autocar: medio lápiz, unos cuantos *kleenex*, un inhalador Vicks, algunas pastillas para la garganta y un bloc de espiral con la tapa casi arrancada. En cuanto sus bolsillos estuvieron atestados de dinero y joyas, procedió a cargar los de la camisa; a continuación llenó uno de los bolsos, y cuando regresó a la parte delantera del pasillo llevaba encima un considerable botín. Tras echar un último vistazo al chico muerto, salió rápidamente del autocar y se alejó a toda prisa. Alguien se aproximaba, procedente de la manzana contigua, así que se desvió cuesta abajo y corriendo dobló la primera esquina. ¿Le habría visto? En la luz sombría resultaba difícil de apreciar, pero alguien de uniforme se encaminaba hacia el autocar.

Corrió hasta que una punzada en el costado le hizo detenerse. Apoyándose en la pared, se esforzó por recobrar el aliento. Nadie le seguía, pero aquello que se dirigía hacia el autocar había sido un

uniforme. Empezó a trotar, esta vez cuesta arriba, tintineando todo él, metal contra metal, como una chatarrería en movimiento. En la próxima esquina torció cuesta abajo, luchando por respirar. El uniforme no le seguía, de modo que se metió dando traspiés en el oscuro escondrijo que constituía la parte frontal de una tienda y se apoyó en el escaparate, jadeando. Se introdujo el bolso bajo la camisa y se abrochó el abrigo, viendo, mientras lo hacía, que un puñado de billetes sobresalía de entre sus dedos. En el nicho de oscuridad se olvidó del autocar, de la gente, del uniforme y revivió, durante unos breves y angustiosos momentos, el recuerdo de la muerte de un amigo. Su amigo había agarrado un puñado de hojas y gemido como un perro.

El uniforme pertenecía al conductor del autocar, que volvía de efectuar una llamada telefónica. Como se encontrara con tres cabinas estropeadas, había recorrido una manzana tras otra antes de dar con una que funcionase. Entonces pilló una mala conexión.

—Esta es la pieza que necesito —le gritó al teléfono—. Puedo instalarla en un santiamén, pero... ¿qué? ¡Hable más alto! Sí, esta es la pieza. ¡He dicho que es esta la pieza! —Echó una ojeada a la calle vacía, inundada de luz azul—. Oiga, venga aquí enseguida. He perdido tiempo buscando este puñetero teléfono. Estoy a casi diez manzanas de distancia. ¿Dónde? —Le dio una dirección—. No, ahí es donde está el autocar. Estoy a diez... ¿qué? ¡El autocar está ahí, yo estoy a diez manzanas de distancia! —Una joven pareja salía de un edificio de pisos—. Oiga, no voy a quedarme aquí mucho tiempo. ¿Qué? Vale, vale, no se preocupe, esperaré —Vio vacilar a la joven pareja; luego se alejaron en dirección contraria—. Pero dese prisa. ¡Dentro de una hora —dijo jadeante—, habrá una multitud que ocupará diez manzanas! ¡Y cómo justifico yo un autocar lleno de fiambres!

El periódico de la mañana nada decía.

Esperó la edición de la tarde, pero tampoco hablaba de ello.

No podía entenderlo: cuarenta personas muertas en un autocar y ni siquiera lo mencionan en las noticias. Entró en un bar y esperó que lo dieran por televisión, pero solo se refirieron a una redada antidroga y a un poli abatido a tiros en la calle Market. Ni un autocar repleto de cadáveres con el aspecto de estar en un largo viaje. Bueno, era indudable que estaban en un largo viaje, y les

daba igual si las noticias hacían público este hecho. A los muertos que había visto —y habían sido muchos—, no les importaba que les diceses la vuelta con la bota o contases una docena de ellos cuando solo había la mitad. Un falso recuento de cuerpos y un boletín informativo les traía sin cuidado, ya que ellos te contemplaban desde su mundo particular, indiferentes a tus pensamientos.

Apuró la cerveza, mirando en la televisión cómo los Lions lanzaban una falta contra los Bears.

Y, del mismo modo, a los muertos tampoco les importaba que te llevaras sus efectos personales. Sorbiendo por la nariz, sacó un *kleenex* y se sonó con fuerza. Con tanto dinero podría impresionar a la chica que había conocido unos días antes en el zoo, frente a los osos pardos euroasiáticos. Era una de esas rubias zalameras a las que les encanta viajar; en cosa de una hora estaría lista para un salvaje fin de semana en Hawái. Volvió a sonarse la nariz, y resolvió llamarla. En la cabina telefónica, sin embargo, no logró encontrar la libreta que contenía su número, y entonces recordó que estaba hecha polvo y la había tirado en el pasillo a fin de hacer sitio para los efectos personales. Gastó tres monedas de diez centavos en números equivocados antes de dar finalmente con ella... o, mejor dicho, con su servicio de recepción de mensajes, que le informó de que no estaba en casa. Ella se habría quedado si hubiera sabido que en su cuarto tenía un cajón repleto de cheques de viaje y joyas. Haciendo a un lado la jarra de cerveza, pidió un *whisky*, un escocés caro.

A la mañana siguiente se despertó con una terrible resaca, y aquel autocar metido en la cabeza. ¿Dónde estaba el conductor? ¿Y por qué las noticias no habían divulgado el suceso? Solía pensar que Vietnam era un sueño y el hogar una realidad, solo que después de salir del hospital no había estado tan seguro; quizás ambos fueran sueños, y la realidad estuviera allí donde viven los animales.

Extendió la mano en busca de un *kleenex*, se sonó la nariz, se levantó, y rápidamente se puso unos pantalones y una camisa. Descalzo, con el cepillo de dientes en la mano, salió de su habitación, echó la llave, y atravesó deprisa el vestíbulo, hacia el cuarto de baño. Gracias a Dios no estaba ocupado; detestaba esperar allí fuera. Enjuagó el rancio sabor a *whisky* de su boca y luego, tímidamente, se desabrochó la camisa y los pantalones. Durante

unos momentos contempló la tremenda cicatriz en zigzag que iba de sus costillas a su ingle, un inflamado cordoncillo rojo de carne que confería a su cuerpo un aire feo y endeble. Alguien estaba aporreando la puerta, así que se apresuró a abrocharse y abandonó el cuarto de baño sin una mirada a la persona que esperaba.

Era hora de que saliese para el zoo. Tomó el autobús y llegó al Fleishhacker antes del mediodía. Si bien soplabla una vigorizante brisa desde el océano, el día no era lo bastante frío para justificar la ropa invernal; por esa razón la gente no apartaba la vista de su abrigo que le llegaba a los tobillos. No era que a Warren le importase un pimiento lo que pensarán, pero sus ojos podían ponerle nervioso. ¿Qué era lo que buscaban? ¿Un vislumbre de la arrugada cicatriz? Le daba lo mismo; que se fuera al diablo la gente, porque ahora estaba en el zoo, y allí, por lo común, era capaz de olvidarla. Deambuló de un ejemplar a otro, los ojos fijos en los animales. Le gustaban en especial los gibones de largos brazos, que saltaban de una barra a otra, y las juguetonas focas que se deslizaban por el agua con la facilidad del aceite. Los pájaros no le interesaban, eran demasiado veloces y ruidosos, y a veces aparecían en sus pesadillas; pero en el terrario se demoraba ante la jaula de la mamba, aguardando hasta que la cuerda esmeralda se estremecía. Los grandes felinos los dejaba para el final, ya que era enfrente de sus jaulas donde se entregaba a su fantasía. Allí, un gordo leopardo reposaba sobre el cemento, entornados sus ojos amarillos, soñando en junglas. En la fantasía, Warren saltaba la baranda y abría la puerta de la jaula. El felino parpadeaba perezosamente durante unos momentos antes de comprender que la puerta estaba abierta; entonces, con un repentino movimiento, el enorme cuerpo se erguía, tensando los flojos músculos para darse impulso. Warren recorría deprisa la hilera de jaulas, abriendo las puertas de los leones, pumas, tigres y leopardos. En ese momento se producía una amalgama de colores —amarillos, canelas y negros—, todos escabulléndose de las jaulas abarrotadas, al exterior, hacia la multitud, y de allí a la brillante luz del sol. A medida que la gente se dispersaba cediéndoles paso, los grandes felinos se encaminaban silenciosos al océano y se tendían sobre el acantilado que dominaba el agua azul. En sus ojos se reflejaba el brumoso horizonte, en el que pronto un barco se hacía visible y se aproximaba. Era una

embarcación anfibia, y, cuando llegaba a la playa, la proa descendía y los animales bajaban abriéndose camino por el acantilado, hasta las entrañas del barco. Warren estaba al timón y ponía rumbo a África.

La gente miraba de hito en hito al joven barbudo con un abrigo que le llegaba a los tobillos. Él ni se inmutaba. Permanecía ante la jaula del leopardo, sonriendo insensatamente.

Victoria Welch estaba furiosa. El día anterior, la señorita Sackman la había sorprendido junto a las estanterías leyendo un pequeño ensayo de Lafcadio Hearn: *Cuando era una flor*, una cosita encantadora que trataba del florecimiento del autor, y hoy la habían destinado a la mesa de préstamo en vez de a la de referencia.

—¿Lo ha sacado para un lector o lo está leyendo por su cuenta? —le había preguntado la Sackman. La vieja Sackman era una bibliotecaria que se negaba a leer novelas; se jactaba de no haber leído ni una en cinco años porque carecían de valor educativo. La Sackman era Cáncer, nacida el 3 de julio, la misma fecha que Luis XI, quien había inventado un cajón de tortura para sus enemigos políticos. Todos los sábados por la mañana la jefa de bibliotecarios Sackman hacía un completo inventario de su apartamento, el contenido de su nevera inclusive. Lo apuntaba todo en una lista: dos potes de empanada de pollo congelada, medio tarro de aceitunas, tres naranjas, etcétera. La Sackman era un Cáncer de las malas, posesiva y retorcida, con una vena de crueldad que discurría tras su perpetua sonrisa.

Tan lúgubres pensamientos tenía Victoria Welch cuando reparó en que su sobrino se acercaba a la mesa de préstamo. El descomunal abrigo pendía holgadamente de su cuerpo de huesos pequeños, dándole el aspecto de un chiquillo extraviado, salvo que su enmarañada barba acentuaba la tristeza de sus ojos de adulto. ¿Habría vuelto a beber?

Se inclinó hacia ella, sonriendo, y le pidió un *kleenex*.

—¿Otro resfriado? —Buscó bajo la mesa y abrió su bolso—. ¿Sabes por qué los pillas?

Él cogió el *kleenex* y se sonó tan fuerte que un lector cercano se volvió y frunció el ceño.

—Porque estás deprimido —dijo Victoria. Era un poco más baja

que él, pero pesaba lo menos veinticinco kilos más; su peso superior le permitía regañarle, y él necesitaba que le regañaran, ahora que ya llevaba un mes fuera del hospital. La mitad de su paga de licenciado había ido a parar a una organización antibélica, y la otra mitad se la había gastado en bebida. Otros muchachos habían ido a la guerra y regresado como hombres. ¿Por qué no su sobrino, que había estado bajo su tutela desde los doce años? ¿En qué se había equivocado? Quería explicarle que sus resfriados eran psicósomáticos, la consecuencia de una vida sin propósitos. Quería decirle que necesitaba un empleo y una chica; pero en cuanto miraba aquel horrible abrigo, su zarrapastrosa melena y aquella descuidada barba, no podía más que pensar con nostalgia en el precioso muchacho que fuera una vez, el muchacho que corría por la playa palmoreando, hasta que sus manos se convertían en una borrosa mancha en movimiento; así que se limitó a preguntarle dónde había estado hoy.

—En el zoo —repuso—. Y supongo...

Un lector aguardaba para que le hicieran el préstamo de un libro, de modo que Victoria le dejó por un momento. Esperaba que la vieja Sackman no saliera del despacho, le viese y dijera algo malintencionado: «¿Es su héroe de guerra? No me diga que está sacando libros. ¿O solo están de cháchara?».

Victoria volvió a su lado, donde se estaba frotando la roja nariz con el *kleenex*.

Él se rio y le hizo un guiño.

—No te lo vas a creer —empezó, y entonces le contó una extraña historia de un autocar, muertos, y lo que había hecho.

—No —susurró Victoria, inclinándose hacia él—, no me lo voy a creer. —Otro lector la llamó y ella se ocupó en hacerle el préstamo de un libro. Le temblaban las manos mientras se preguntaba si su sobrino había perdido el sentido de la realidad. Oh, ¡por qué había muerto su hermana y la había dejado con esa imponente responsabilidad! Volvió a él.

—Ha ocurrido, tía —dijo solemnemente.

Su sobrino nunca había sido un mentiroso, y aun durante la experiencia del hospital y sus resultados, cuando había dedicado la mayor parte de su tiempo a rondar por el zoo, Warren había estado capacitado mentalmente. ¿Podría robar a los muertos? Miró su

triste figura, cubierta con el largo abrigo, y sus ojos oscuros, ardientes con el fuego interno de alguien que lucha con un modo de vida que le resulta incomprensible, y se le ocurrió que Warren muy bien podría hacer algo inexplicable y vergonzoso..., en oposición al mundo.

—Si lo hiciste —le dijo en voz baja—, es mejor que vayas a la policía.

—Yo no.

—Ellos lo entenderán.

—¿Sí? El gobierno me ha entregado alimentos suficientes para mantenerme de por vida.

La nuca de Victoria se erizó, una sensación familiar. Se giró levemente y vio que la vieja Sackman se aproximaba procedente del despacho, una perpetua sonrisa en su rostro redondo y con gafas.

—Ahí viene la Gestapo —murmuró Warren; dio media vuelta y se fue arrastrando los pies.

—Warren —le llamó Victoria, lo bastante alto para que se volviera la cabeza de un lector; pero se había marchado. «Pobre Warren», pensó, un Piscis con su luna en Géminis, nacido el 28 de febrero. Astrológicamente estaba marcado por los infortunios; primero la terrible herida en Vietnam y ahora el incidente del autocar. Era precisamente la clase de apuro en que se metería un Piscis con su luna en Géminis.

—¿Está su sobrino sacando libros últimamente? —Comenzó la señorita Sackman, y sin esperar respuesta, dijo—: He notado que la gente guarda los bolsos bajo la mesa. No podemos consentirlo, Victoria. Ya son bastantes los descuidos que se producen en la biblioteca.

En un bar de la vecindad esperó que diesen el telediario nocturno. Esta vez hablaron de un autocar y mostraron imágenes de uno que se había despeñado en la Carretera de la Costa sobre las rocas inundadas por la marea. Cuando la cámara se acercó al metal retorcido que una grúa izaba de las aguas, Warren reconoció el autocar. El comentarista anunció que no había supervivientes entre los pasajeros, que habían estado de viaje por los estados occidentales. «No había supervivientes —pensó Warren—, mucho antes de que el autocar acabara sobre las rocas, debajo de la Carretera de la Costa». Y daba lo mismo, porque a aquella gente ya

todo le importaba un pimiento. Él había visto cosas igual de extrañas: un zapato con un pie humano dentro, que se balanceaba como una fruta en la rama más alta de un árbol. Cuando has visto algo así, es difícil que alguna otra cosa vuelva a emocionarte, excepto un rato de diversión o una chica guapa. Sacó un inhalador Vicks y aspiró profundamente. Esos efectos personales eran suyos ahora, y podía usarlos como se le antojara. Fue a la cabina telefónica y llamó otra vez a la rubia, pero otra vez su servicio de recepción de mensajes le dijo que no estaba en casa. Él no le dejó su número, temeroso de que nunca le llamara. Después de todo, solo había sido un encuentro casual enfrente de los osos pardos euroasiáticos. A ella ni siquiera le gustaban los animales, sino que simplemente había ido al zoo porque estaba intranquila. Se rio con risillas tontas de su entusiasmo —él fue consciente de ello—, y rechazó que la invitara a una cerveza, si bien le dio su número de teléfono. «Creo que soy demasiado cara para ti», le dijo riendo. Se llamaba Julie y se parecía a Louise, una chica con la que había hecho el amor en la playa durante su época en el instituto, antes de que un mortero del «Vietcong» destrozara su cuerpo y lo dejara débil y feo.

Warren se emborrachó. Se acordó de cuando recitara el juramento del *Boy-Scout* y le dijera a alguien: «Hay más cosas en el Cielo y la Tierra de las que ha soñado tu filosofía, Horacio». Casi se peleó a causa de su abrigo. «A nadie le incumbe si lo llevo —gritó—. Yo hago lo que me da la gana. Yo voy a donde quiero, y nadie va a detenerme». De nuevo en su habitación del inmundo hotel de North Beach, se tumbó en la cama y se preguntó adónde le gustaría ir, ahora que disponía de dinero. Saltó bruscamente de la cama y fue al teléfono del vestíbulo. Enseguida oyó la soñolienta voz de su tía.

—Me voy mañana para San Francisco —le dijo.

—Warren, ¿has estado bebiendo?

—Voy a ir al zoo, allí. Es el mejor del mundo.

—Tienes que dejar de beber.

—Quiero que me hagas un favor, tía. ¿Me lo harás?

—¿De qué se trata?

—Iré por la mañana a decírtelo.

Colgó y regresó a su habitación. La entrañable tía Victoria

siempre le había ayudado, y la quería; era la única persona del mundo a quien le importaba si vivía o moría. Tenía sentimientos, y no era de extrañar que los hombres le hubieran hecho proposiciones matrimoniales, aunque sus ojos fueran demasiado pequeños, su nariz demasiado grande y su cuerpo demasiado rechoncho, como el de un arrugado oso koala. Se echó en la cama, con luces que destellaban bajo sus párpados, el cuerpo entumecido por el *whisky*. Pero en todos sus sesenta años, la tía Victoria nunca se había enterado de que solo había una norma según la cual vivir; un inteligente, frío y amargo principio de vida que en donde mejor se aprendía era en la guerra: coge lo que puedas, y al diablo con todo lo demás.

Ahora tenía dinero y el deseo de ver el mayor zoo del mundo, y no había cosa alguna más importante, ni siquiera Julie, que se había limitado a reírse de él. Warren se puso gotas Privine en la nariz, y al cabo de un rato se durmió, dirigidos sus últimos pensamientos vigiles hacia los grandes felinos que parpadeaban en sus jaulas y en el chico muerto que le miraba desde otro mundo, en aquel oscuro y silencioso autocar.

2

EN LA REDUCIDA pero elegante galería, el marchante de arte Alexander Boyle le estaba enseñando nuevos cuadros a un rico coleccionista. Alexander Boyle era alto, ancho de hombros, de escaso pelo castaño y el tipo de cara que se adapta a cualquier escena: la ópera, el campo de golf o la ferretería. Ahora, con su traje negro, parecía un vendedor de costosos artículos, y su voz grave estaba surtiendo efecto en el cliente. En diez años, Alexander Boyle había tenido éxito en la galería, combinando un instinto para descubrir artistas con un talento para vender su obra. Su satisfacción por este éxito estaba teñida de tristeza, ya que su esposa no había vivido para ver cumplida su predicción. Durante la mayor parte de su vida matrimonial ella le había recomendado encarecidamente que abandonara su peligrosa profesión y convirtiera su *hobby* en una ocupación exclusiva. Tal vez habría seguido oponiéndose a sus argumentos si la fatal enfermedad no hubiera empezado a lisiarla despertando en él el deseo de complacerla. Ahora comprendía que un hombre maduro podía cambiar prósperamente de vida, y estaba melancólicamente agradecido a Cora por haberle exigido, desde su lecho de muerte, la promesa de intentar un cambio semejante. Sin embargo, no era ni mucho menos tan sencillo. Había veces en que la antigua vida seguía reclamándole, forzándole a aceptar un encargo. Cuando un hombre ha vivido al borde del precipicio durante la mayor parte de su vida adulta, la necesidad de un compromiso total se reafirma en él con la urgencia de una adicción. Durante más de un año,

Alexander Boyle había disfrutado de una apacible vida. De modo que, unos días antes, cuando Hirschorn llamó, había estado dispuesto, como una fruta que madura en una rama.

Su ayudante entró en la galería, le llamó aparte, y le dijo que el señor Hirschorn había vuelto a telefonar. Boyle asintió, y en diez minutos cerró el trato. Luego le dijo a su ayudante que ese día tomaría un prolongado almuerzo. Al abandonar la galería vislumbró con envidia el flaco señor Vertrees, cuyos dedos solían estar pegajosos de chocolate. Los jóvenes podían comer lo que les apeteciera, y tal pensamiento le desalentaba.

En un restaurante de Nob Hill pidió atún natural y ensalada verde, cosas ambas que no eran de su agrado. No hacía más de un mes que había dado gusto al patrón pidiendo quiche Lorraine y otras especialidades francesas, que incluían compotas de crema, mantequilla y carne exquisitamente aderezada. El colesterol, no la vanidad, le había impuesto este nuevo régimen. Llevaba encima, en cada centímetro cúbico de su sangre, más de quinientos miligramos de grasa; asimismo, su nivel de lípidos era extremadamente elevado, y, según el médico, eso era como mantener una pistola cargada contra el corazón. Así que ahora el patrón tomó nota de su pedido con una sonrisa desdeñosa, y, cuando le llevaron el atún, Alexander Boyle se lo comió con la inflexible resolución de un chiquillo que preferiría una hamburguesa.

Al terminar, se palmeó su ligera barriga con aire santurrón y fue a la cabina telefónica. Una secretaria le pasó con el corredor de fincas Allen Hirschorn.

—Sí, señor Boyle, gracias por llamar —la voz era jovial pero ceremoniosa, la voz impersonal de un cauteloso hombre de negocios—. Hay algunas dificultades con la propiedad de la que hablamos. ¿Le va bien que le llame, digamos, dentro de diez minutos?

Boyle le dio el número del restaurante, volvió a una taza de Sanka, sin un cigarrillo que la hiciera digerible, y aguardó hasta que Hirschorn telefoneó desde algún sitio fuera de su oficina.

En esta ocasión, en cuanto Boyle se puso al teléfono, la voz que oyó era tensa, familiar.

—Alex, alguien encontró a esas personas y les robó antes de que el autocar se precipitara por el acantilado.

Boyle silbó entre dientes, contemplando, sin que viniera al caso,

una *mousse* de chocolate procedente de la cocina que pasó cerca de él.

Hirschorn explicó que el jefe de policía de la Zona de la Bahía había identificado a los cadáveres por medio de una lista de pasajeros, ya que habían sido desvalijados de sus carteras y otros objetos de valor. De haberse producido el saqueo después del accidente, habrían hecho falta sopletes, una pesada grúa, y horas de trabajo entre semejante destrozo, especialmente con el autocar medio sumergido en el agua. Puesto que la rapiña tuvo lugar antes de que ocurriera el accidente, se trataba, sin duda, de un robo planeado.

—¿Está investigando? —preguntó Boyle.

—Ya conoces a esos polis. Ha pedido ayuda al FBI.

Boyle los conocía la mar de bien. Al jefe de policía de la Zona de la Bahía debió de alegrarle mucho que el autocar hubiera cruzado la frontera estatal, lo cual le permitió recurrir a los federales. Lo que había pasado era lo bastante sencillo para que un buen poli lo comprendiera: unos cuantos criminales habían planeado el asalto de un autocar. Probablemente habían seguido al autocar en un camión, lo habían detenido en un solitario tramo de carretera, robado a los pasajeros, y luego lo habían arrojado por el acantilado empujándolo con el camión. Hacía unos años había ocurrido algo por el estilo al sur de Big Sur. Lo que tuvo que haber preocupado al jefe de policía no era la atrocidad del crimen, sino su profesionalidad. Dar con la pista de tales delincuentes llevaría tiempo, y él probablemente estuviera muy ocupado manteniendo la paz en una ciudad que ocultaba traficantes de drogas y tensión racial. Que fueran los federales quienes se hicieran responsables de una tarea que consumiría una energía que podía emplear mejor en otra parte. Debía de haberse mostrado lisonjeramente servicial, aprovechando la oportunidad de permanecer al margen del asunto.

—¿Y qué están haciendo los federales?

—Lo sé muy bien... no dirán palabra a la prensa. Por lo que al público se refiere, es un accidente.

—Ya, pero ¿qué hay de los efectos personales desaparecidos?

—Ahí está la pega. Si fue un accidente, todo ese material sería recuperable.

—Pero no era muy valioso.

—Pero eran cosas personales, Alex. Los familiares de algunos de ellos querrán recuperarlas.

Buenos y formales ciudadanos que querrían recuperar los recuerdos de sus seres queridos. Boyle podía imaginar a algunos de ellos volviéndose insistentes, y a unos cuantos yendo tan lejos como para mover a la acción a uno o dos periodistas.

—La hostia —dijo Boyle.

—¿Y quién diablos les robó, Alex? Ahora este es el problema.

—No hay duda de que es un cabo suelto.

—Es peor que un cabo suelto. He estado pensando... ¿qué hay de tu conductor?

—Siempre ha sido de confianza —respondió Boyle de inmediato—. He trabajado con él durante años.

—Es mejor cerciorarse.

—Lo haré. Hoy, más tarde, tengo que verle para la cuestión del pago.

—¿Para el pago total?

Boyle titubeó.

—El pago total tiene lugar esta noche —dijo.

—Si no fue él, ¿entonces quién?

—¿Qué hay de tu gente?

—Ni hablar.

Boyle miraba a través de la puerta de cristal de la cabina todos los suntuosos platos que pasaban cerca de él en una bandeja tras otra, pero sus pensamientos habían retornado a aquella noche ventosa, la calle vacía, el autocar silencioso como la tumba que era realmente, a aquellas caras que emergían despacio a la luz del alba como peces de las profundidades del mar.

—Espera un minuto —dijo bruscamente—. ¿Te acuerdas que te dije que el autocar se averió y mi conductor lo abandonó para telefonarme? Mientras estaba fuera, alguien pudo haber subido. Hubo tiempo.

—Vale, pero cuando le llevaste la manguera de combustible, ¿acaso no inspeccionaste el interior del autocar?

—Tal vez lo inspeccionó mi conductor.

—Sí, pero tú también tendrías que haberlo hecho. Yo suponía que lo habías hecho.

Boyle sabía que tendría que haberlo hecho. A un hombre se le

perdonaba un error de criterio, pero no un fallo en el procedimiento.

—Bueno —suspiró—. ¿Y ahora qué?

—Está claro, Alex. Mejor que recuperes esos efectos desaparecidos.

—La hostia.

—Ya lo sé. Llevamos a cabo una buena operación, teniendo en cuenta la prisa.

—Pero tendría que haber inspeccionado el autocar —admitió Boyle, a punto de añadir: «Esto es lo que sucede cuando no trabajas a plena dedicación. Te vuelves chapucero».

Junto a los muelles de Oakland soplaban un viento tempestuoso. Las gaviotas chillaban en lo alto, y, a lo lejos, el cabrestante de un barco zumbaba guturalmente. Percibió un olorcillo a canela en el aire, y por un instante pensó en su esposa, que solía hacer tostadas de canela todos los domingos. Los camiones frigoríficos, alineados parachoques contra parachoques, se dirigían a los embarcaderos. Trozos de papel de embalar, aceitosos del pescado, se arremolinaron en torno de sus pies cuando se desvió en dirección a una taberna portuaria. Cuando entró en el sombrío lugar, varios estibadores apiñados en el extremo más próximo de la barra se volvieron ligeramente para escudriñarle. Pasó junto a ellos con el andar bamboleante de un exboxeador, y, con su traje negro, parecía un *gángster* que se detiene a tomar un trago, camino de una boda. Sostuvo su mirada con tanta firmeza, que de nuevo se volvieron hacia la barra. Al otro extremo pidió una cerveza —el médico le había dicho que nada de *whiskies*—, y la bebió a sorbitos hasta que sus ojos se acostumbraron a la débil luz. En el espejo de la barra vio la sonriente cara de su conductor, que estaba sentado a solas en un compartimiento del fondo. Boyle se le acercó sin prisa.

—Tony —dijo.

—¿Salió bastante bien, no? —Tony era un hombre corpulento, rojo de cara, con espeso pelo negro. Llevaba una floreada camisa hawaiana, pantalones blancos que ceñían un prominente estómago, y en sus manos brillaban anillos de oro.

—No, no salió bastante bien —imitó Boyle, deslizándose al interior del compartimiento y mirando ferozmente al conductor.

—¿Ah no? —El vaso de cerveza negra de Tony se detuvo a

medio camino de sus labios—. Yo creía que sí, incluso con la avería.

—Te contraté para que condujeras.

—Claro que sí. ¿De qué se queja?

—Cuéntame exactamente lo que pasó después de que te hicieras cargo del autocar en Reno.

—Yo no hice nada —murmuró Tony. Agarró la caña de cerveza, destellaron sus dedos repletos de anillos—. No hago nada, pero tengo la culpa.

—Empieza con Reno.

Tony asintió sombrío y encendió un gran puro, el cual tuvo la virtud de transformarle al punto de camionero de vacaciones en el criminal de profesión que realmente era. Hizo un recuento de las rutas seguidas al salir de Reno, circundando el lago Tahoe, hacia el noroeste, en dirección a Oroville, y luego hacia el sudoeste, camino de San Francisco.

—En las afueras de Marysville vi el indicador de Knights Lodge y conecté el aire acondicionado como usted dijo. Antes le había dicho a la gente que estaba estropeado, pero cuando lo encendí nadie dijo nada.

Boyle asintió.

—La gente de un autocar no está muy alerta.

—Esperé exactamente un minuto como dijo usted. Luego me puse la mascarilla. Estaba oscuro, por eso supongo que no me vieron hacerlo. Se adapta perfectamente a la nariz.

—Pudieron tomarla por el micro del autocar.

—Claro, aunque la vieses.

Boyle asintió satisfecho, preguntándose cómo una operación tan bien planeada podía salir mal.

—Quizás un minuto más tarde oí los sonidos, como cuando tomas aliento —Tony frunció los labios, haciendo memoria—. Un par de bocanadas de ese gas y te quedas frito. Si esa sustancia se pusiera a la venta, acabaría con todas las píldoras para dormir. Yo la compraría. Tengo un insomnio para el que no hay píldoras que valgan.

—Sigue, Tony.

Chupó con tristeza el puro y describió el encuentro con el camión de materiales sanitarios en el lago, a tres kilómetros pasado Knights Lodge. Los tres hombres vestidos con monos llevaban ya

mascarillas y maletines de médico. Subieron al autocar y empezaron a examinar a los pasajeros con estetoscopios. Un viejo respiraba con dificultad, de modo que sacaron una careta antigás del camión y le dieron oxígeno. Luego desenrollaron una larga manguera de lona en el interior del autocar, colocándola a mitad del pasillo. Una bomba situada dentro del camión, conectada a la manguera, aspiró el gas en una hora. Cuando estuvo limpio, Tony entró en el autocar con los fontaneros y, una vez más, examinó a sus ocupantes.

—¿Se encontraban bien?

Tony asintió con la cabeza y le hizo una seña al barman para que trajera dos cervezas más.

—Para mí, no —dijo Boyle.

—No me diga que no bebe. Un montón de tipos que conozco han dejado de beber. Green que se están haciendo viejos, pero a mi modo de ver, usted es solo tan viejo como se siente.

—Sigue, Tony.

Se encogió de hombros y expelió un remolino de humo en el aire; el acre olor hizo que Boyle se arrepintiera de haber ido al médico, quien no solo le obligó a dejar los cigarrillos, sino también su pipa. Tony retomó la palabra. Describió cómo los fontaneros dieron inyecciones hipodérmicas en las muñecas a los asfixiados pasajeros. Luego recogieron la manguera, cerraron la puerta posterior del camión y se marcharon.

—Auténticos fontaneros —se rio Tony—. Entonces me senté sobre una roca y esperé. Salió la luna. Apuesto que había una gran cantidad de pesca en aquel lago. Yo conocí a Charlie Red, de Detroit, un gran pescador. Lo último que supe de él fue que estaba cumpliendo una condena de diez años en Jackson.

—Sigue, Tony.

—Como usted me dijo, esperé una hora a que la sustancia hiciera efecto, luego me metí en el autocar y me dirigí a Frisco.

—¿Cuándo comenzaron a agonizar?

—Justo a tiempo, cosa de una media hora antes de llegar a Frisco. Podía verlos por el retrovisor.

—¿Convulsiones?

—Ah, no muchas. Unos cuantos se cayeron de los asientos, pero la mayoría solo parecían dormidos.

—¿Los examinaste?

—Como usted dijo. Al salir de la autopista, en una calle secundaria. Cogí eso que me dejaron los fontaneros, el este, este... no sé decir la jodida palabra...

—Estetoscopio.

—Sí, y examiné los corazones como usted me explicó. Tardé unos cinco minutos. Luego me puse en marcha otra vez y así fue como ese puñetero motor se averió. Es una suerte que ocurriese allí y no en la autopista. Entonces le llamé y usted vino con la manguera de combustible y yo la instalé.

Boyle se acordaba. Sentado en su coche, al otro lado de la calle, había visto las caras comenzar a endurecerse como yeso, mientras el paisaje emergía de la noche.

—De todas maneras, ¿cómo consiguió la manguera tan rematadamente deprisa? —preguntó Tony sorbiendo su nueva cerveza.

—Un conocido está en deuda conmigo.

Tony le echó un malicioso vistazo.

—Sí, apuesto que hay muchos que están en deuda con usted.

—Sigue.

Así que le describió el subsiguiente viaje hasta la Carretera de la Costa y el encuentro con el segundo camión. Dos hombres habían arrastrado al conductor muerto al interior del autocar, colocándolo frente al volante; un minuto después, el camión había empujado el autocar, arrojándolo por el acantilado.

—Menos mal que fueron rápidos —comentó Tony—, porque ya había luz. Diez o quince minutos más y nos habríamos deshecho de esos fiambres en medio del tráfico. En este asunto tuvimos suerte, pero usted tiene que decir que no salió bien.

—Salió bien, excepto por el robo.

Tony sacudió la cabeza tristemente.

—Y dale. Yo no hice nada, y usted lo sabe.

—Descubrieron que los turistas del autocar siniestrado habían sido robados.

Tony arqueó las cejas y chasqueó la lengua.

—No veo cómo. ¿Usted cree que yo perdería el tiempo en esa gente, en pan comido?

Eso es lo que Boyle creía. Tony no pondría en peligro su vida, a no ser que el botín valiera la pena.

—¿Cree que arriesgaría la buena opinión que usted tiene de mí?
—dijo Tony indignado.

Boyle casi sonrió; el orgullo de Tony era el de un hombre de negocios cuya reputación acaba de ser puesta en duda.

—Si usted cree que me apoderé de un puñado de asquerosas carteras cuando casi me estaba meando en los pantalones por culpa del miedo a los polis, será mejor que lo piense dos veces.

—Está bien, Tony. Después de instalar la manguera, ¿volviste a examinar a los pasajeros?

—Claro. Conozco mi trabajo.

—¿Y cuál era su aspecto?

—De muertos.

—Sus ropas, Tony.

—No lo sé..., seguían dormidos, supongo. Pero encontré algo en el pasillo. Iba a dárselo. Si me hubiese dado media oportunidad —agregó impaciente, luego buscó en su bolsillo posterior y extrajo una pequeña libreta. La tiró sobre la mesa—. Imaginé que era algo que se le había caído a alguno de los fontaneros y usted querría recuperarlo.

—¿Había algo más?

—Ah, varios *kleenex*, puede que un lápiz. Las cosas que lleva la gente. Cogí la libreta suponiendo que podría contener nombres.

—Bien.

—Conozco mi trabajo.

Boyle recogió la libreta y la hojeó rápidamente.

—Imaginaste que pertenecía a un fontanero. ¿Por qué no a un pasajero?

—Estaba en el pasillo.

—¿Pero no pudo caerse del bolsillo de alguien?

—Ellos ya no se movían mucho. Pero se les pudo caer a los fontaneros mientras trabajaban en el autocar.

—¿No lo viste en el pasillo antes de instalar la manguera?

Tony chupó el puro reflexivamente.

—Entiendo lo que quiere decir.

—¿Qué es eso, Tony?

—Un pordiosero pudo entrar en el autocar mientras yo estaba telefoneando. Quizá se vació los bolsillos para hacer sitio para las cosas que cogió.

Boyle extrajo una cartera de su abrigo y le tendió un cheque a Tony.

—T. A. Willis —leyó Tony en el cheque, y se rio—. Me acuerdo de cuando usaba el nombre de S. R. Finley. ¿Se acuerda de la vez que zurrámos a aquel tipo en Monterrey y usted me pagó con un cheque de Finley? —Tony apuró su cerveza y se recostó en su asiento, sonriendo de oreja a oreja.

—Ten cuidado —le advirtió Boyle.

—Vale, vale, lo he dicho sin querer.

—No vuelvas a hacerlo —dijo Boyle fríamente, levantándose. No le hacía gracia la idea de que Tony contara sus recuerdos como un viajante retirado, y estaba molesto consigo mismo por tener ganas de fumar. Mientras se dirigía a la salida se detuvo un momento y sacó una petaca de su bolsillo posterior. De ella extrajo un puñado de semillas de soja tostadas y se las metió en la boca. Junto a la puerta de la taberna se volvió para echar un último vistazo al hombretón de la camisa floreada, que estaba sentado frente a una cerveza en un compartimiento del fondo. Boyle conocía los hábitos de ese hampón. Todas las noches, hasta que el dinero se agotase, esa camisa hawaiana colgaría de una silla en el infame Mamma Wong's

y Tony estaría sentado, desnudo, sobre la cama, sobando a un par de guapos jovenzuelos a cien dólares cada uno.

Mientras un taxi le llevaba de vuelta a la galería, Boyle examinó la raída libreta. Aparte cuatro números telefónicos y el único nombre, «Julie», escrito en grandes letras, la libreta estaba llena de toscos dibujos de animales y armas. Demasiado chapuceros para la mano de un artista, los dibujos parecían el producto de una mente obsesiva. Página tras página, una ametralladora, carabina o pistola acechaba a un león, un oso o una jirafa. No había figuras humanas.

Cuando llegó a la galería, Boyle encontró a su ayudante en el despacho, los pies apoyados sobre el escritorio, susurrando por teléfono. Boyle imaginaba que el señor Vertrees tenía una complicada vida sexual, repleta de amoríos y melodrama, que le incapacitaba para el trabajo serio y le relegaba a la poco absorbente ocupación de tendero. Con frecuencia Boyle lo veía en su cara: la ensimismada ensoñación de rememoradas humillaciones, de figurado triunfo. Pero Boyle estaba satisfecho con él, porque el

señor Vertrees conocía su arte, era bien parecido, y, sobre todo, poseía una juvenil delgadez que atraía a las adineradas matronas. Boyle le dejó el resto del día libre. A solas entonces en el despacho, Boyle abrió la libreta en los números telefónicos. El súbito anhelo por un pitillo le abrumó. Sabía que el señor Vertrees guardaba un paquete en el archivo, pero fumarse un cigarrillo sería un sacrilegio, una maldición. Ni siquiera había fumado su pipa durante casi un año, pero ahora esta nueva y estricta dieta estaba renovando su deseo de un viejo vicio.

—No —dijo, y marcó el primer número de la página. Contestó la mesa de información del Zoo Fleishhacker, lo cual le alarmó. Vaciló, y, al cabo, le preguntó a la muchacha qué clase de información podía facilitarle. Ella respondió con sequedad que podía darle los horarios de alimentación de los animales, los precios de las entradas, las horas de apertura y cierre, y ponerle con cualquier sección que deseara. Esto confirmó el obsesivo interés del ladrón por los animales, pero nada más.

Junto a uno de los números telefónicos había una extensión de dos números pero solo pudo descifrar el primer dígito porque el segundo estaba manchado. Llamó, cogió la centralita de una biblioteca pública, y preguntó por la derivación tres.

—¿Tres qué? —le preguntaron.

—¿Cuántas extensiones que empiecen con tres tienen ustedes?

—Nueve.

Boyle colgó y fue al archivo, donde encontró en el acto un paquete de cigarrillos a medio abrir. Extrajo uno, lo contempló consternado, y luego se lo puso cuidadosamente entre los labios. En el archivo había también una carterita de cerillas, que relucían como un estuche de joyas abierto. Cogió las cerillas de un manotazo, encendió rápidamente el cigarrillo, dio una calada hasta que los ojos se le humedecieron, y regresó al teléfono. El próximo número le puso en contacto con la Asociación de Veteranos, pero sin una extensión no supo por quién pedir, de modo que colgó. Por lo menos sabía que el ladrón era probablemente un veterano.

Marcó el último número, que estaba junto al nombre de Julie, y habló con un servicio de recepción de mensajes. La telefonista le pidió que dejase su número y la señorita Saunders le llamaría.

—Dígale a la señorita Saunders que es urgente —dijo Boyle, y

luego se recostó en la silla y chupó con tiento el cigarrillo, que ya le había irritado la garganta.

Así que la vieja y familiar espera había empezado. Había pasado la mayor parte de su vida esperando la señal que le sacudiese para ponerlo en acción. ¿Por qué no podía dejar en paz el pasado y disfrutar de la recién hallada tranquilidad de sus últimos años? De nuevo vivía en el mundo de pesadilla de su juventud, y lo que ahora parecía irreal, algo del pasado, era este despacho, con sus cuadros y esculturas.

Sonó el teléfono. Oyó la voz de una chica decir a toda prisa, en el tono seco e impaciente de alguien atareado, que era Julie Saunders, devolviéndole la llamada.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Soy un marchante de arte y querría que me prestara su ayuda.

—¿La mía? ¿Quién es usted?

—Alexander Boyle, de la Galería Boyle. La llamo para pedirle cierta información. Su nombre estaba en la libreta de un hombre al que estoy tratando de localizar.

Se produjo una pausa en la línea, luego llegó la voz de la chica, áspera de irritación.

—¿Me está usted engañando? Le he preguntado quién le ha dado mi número, eso es todo. No le dé tanta importancia a la cosa.

—Mire, todo esto es bastante complicado, pero hablo en serio. ¿Sería mucho pedir que nos viéramos para que se lo explique?

Oyó a la chica resoplar con exasperación.

—Si es así como quiere llevarlo —repuso—. ¿Dónde?

—En cualquier sitio que a usted le resulte apropiado. ¿Qué le parece en el centro de la ciudad?

—Claro —accedió ella sin pensarlo dos veces.

—Sé de un bar en California. —Le dio las señas, aliviado porque no le pusiera obstáculos. Hasta el momento esta era su única pista.

—¿Sirven comida? Estoy muerta de hambre.

—Sí que la sirven. ¿Dentro de media hora?

—¿Por qué no?

—¿Cómo la conoceré?

—Oh, me conocerá muy bien. Soy una rubia impresionante.

Y, en efecto, lo era, dirigiéndose a su compartimiento con pantalones a la usanza oriental, y una blusa rojo-China; entonces él

le hizo una seña. Llevaba una carpeta y un gran bolso de lona colgado del hombro. Supongo que Julie Saunders era modelo, suposición que ella confirmó con prontitud. Tras deslizarse fatigadamente al interior del compartimiento y sacar un espejito de su bolso, empezó a describirle su desalentador día como si fueran viejos amigos: una larga espera para una frustrada entrevista, de vuelta a su estúpido representante, y después una sesión barata con un sádico fotógrafo.

—A cualquiera que se meta en la profesión de modelo tendrían que examinarle la cabeza. Da muy poco dinero, y te pasas la mayor parte del tiempo en paro —Julie Saunders se detuvo, levantando por fin la vista de su espejito y lápiz de labios—. Es usted lo que esperaba —le dijo a Boyle con una sonrisa.

—¿De veras?

—Trato de imaginarme a la gente por su voz. Normalmente me llevo una desilusión, pero no esta vez —Hizo a un lado el bolso de lona y separó sus húmedos y rojos labios—. Usted está a tono con su voz: el traje oscuro, la... cara enérgica. Bueno —hizo un ademán con la mano—, todo encaja.

—¿Y el escaso pelo?

—Claro. Usted daba la impresión de ser un hombre tranquilo, culto, de unos cincuenta años.

—Un poco viejo, me temo.

—¿Lo ve? Por su voz imaginé que no se andaría con disimulos. Me irrita la manera en que algunas personas tratan de disfrazar su edad. De todos modos, me agrada una cierta madurez en un hombre.

El camarero llevó los menús.

Julie le concedió una sonrisa burlona.

—Se lo advierto con franqueza: estoy hambrienta y voy a costarle cara.

Boyle pidió una cerveza para él, y, a su petición, un cóctel de champaña para ella. Esta eligió el solomillo de tamaño extra, «poco hecho, por favor», y todas las guarniciones, en tanto que Boyle solicitaba la ensalada César.

—¿Conque cuida su línea, eh? —dijo Julie con regocijo.

—No, es solo que no tengo mucho apetito, señorita Saunders.

—Julie.

—En cuanto a esa libreta...

Ella ladeó la cabeza, como perpleja.

—Ah sí, la libreta. Me había olvidado de su juego.

—¿Cómo?

—No importa. Diga lo que iba a decir. —Apoyó la cabeza en las manos, con coquetería, y sus fríos ojos azules le invitaron a empezar.

Boyle le explicó que la pasada noche, cuando se disponía a abandonar su galería, dos hombres le habían atacado. Le habrían robado y golpeado de no haber acudido un transeúnte en su ayuda. Entre los dos rechazaron a los asaltantes; luego el transeúnte se había ido sin decir palabra, y, en cuanto Boyle se hubo recuperado, su defensor ya no estaba a la vista. No obstante, Boyle había encontrado una libreta que el hombre había perdido durante la pelea, y su intención era devolvérsela, junto con sus más efusivas gracias.

La chica frunció el ceño.

—¿Pero no podría pertenecer la libreta a uno de los asaltantes?

—Dudo de que ellos tuvieran su número.

—Gracias, señor, por el voto de confianza —Llegaron las bebidas y ella se bebió la mitad de la suya de un trago—. También estoy sedienta —dijo.

Boyle llamó al camarero para que trajera otro cóctel de champaña. A continuación le explicó que solo había averiguado una cosa a través de la libreta: que el transeúnte era un veterano.

—¿Conoces a algún veterano?

Julie se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Algunos hombres dicen que lo son. Me imagino que es un símbolo de prestigio. Pero cuando un hombre empieza a hablarme de su experiencia en la guerra, me desconecto. Nunca nadie me ha impresionado por el hecho de que haya matado gente.

—¿Conoces a alguien que esté interesado en los zoos?

—¿Los zoos? —Julie se echó a reír; entonces se detuvo bruscamente—. Vaya, es extraño, pero sí. Hará unas semanas fui al Fleishhacker porque no tenía trabajo y me aburría. Allí conocí a un joven —Hizo una pausa—. Pero no puede ser el que busca.

—¿Por qué no?

—Bueno, usted le habría recordado.

—Estaba oscuro, estuvimos peleando. No recuerdo ni un detalle de él.

La expresión de la chica se tornó recelosa.

—¿Me está engañando? Porque seguro que tendría que acordarse de él. Llevaba un extraño abrigo y una estrafalaria barba, como de Jesús.

—Quizá la otra noche no llevaba el abrigo.

—Apuesto a que sí. Me dijo que lo llevaba a todas horas. Cuando le conocí estábamos a dieciocho grados, pero él tenía puesto el abrigo. Nunca me dijo por qué.

—¿Te citaste con él?

—Le di mi número, pero nunca ha llamado —La chica se encogió de hombros—. De todas maneras, no habría salido con él.

—¿Por qué no?

—Estaba un poco tocado; completamente absorto en los animales. Dijo que tendrían que soltarlos. Dijo que eran los humanos a quienes habrían de enjaular, porque ellos matan por placer y venganza en vez de para vivir. Ahora que, pensándolo bien, eso no es tan estrafalario. En realidad, era un chico simpático, ¡pero ese abrigo! —se rio alegremente.

Boyle la escudriñó, preguntándose si su relato era cierto. Era una chica perspicaz que podría haber percibido en su explicación sobre la libreta un intento de localizar al joven por un motivo del todo distinto al que él le diera. Se diría que, a su pesar, el joven le había gustado, y, quién sabe si lo había vuelto a ver y ahora le estaba protegiendo.

—¿Dijo algo más?

—Bueno, quería volver a verme. En concreto, quería volver a verme aquella noche. Pero no insistió mucho, era un poco tímido —Sus ojos se encontraron con los de Boyle, sin pestañear—. No concibo que se metiera en una pelea.

Boyle ignoró el comentario y le preguntó si el joven le había dicho algo más; ¿le había dicho, por ejemplo, dónde vivía?

—Sí mencionó algo de eso —Hizo una pausa, pensativa—. Dijo que tenía una habitación en un hotel de North Beach. Creo que se me estaba insinuando —añadió con un guiño.

Llegó la comida, y Boyle observó con envidia cómo ella daba

buen cuenta de aquel filete exquisitamente aderezado, las patatas fritas y los guisantes a la crema. La dejó arrastrarle a una conversación sobre arte, imaginando que ella pudiera estar poniendo a prueba sus conocimientos sobre el tema en un intento de autenticar su historia de la galería, los agresores y el transeúnte. Pero, además, pudiera simplemente estar dándole conversación. En este tipo de trabajo era fácil volverse paranoico. Mirándola comer, Boyle descubrió que prestaba mucha atención a su belleza, a su entusiasmo y espontaneidad. Desde que había muerto su esposa, raramente había salido con una mujer. Las veces que había hecho el amor durante los dos últimos años podían contarse con los dedos. Desde el momento en que había aparecido en el bar, Julie Saunders le había atraído, posiblemente porque ella también parecía sentirse atraída por él. ¿Era eso posible? ¿Una chica de esa edad?

Después de que ella terminara el filete, Boyle pidió que le trajeran tarta de fresas. ¡Qué estupendo era ser joven, comer de todo! Sacó un cigarrillo y lo encendió, observando cómo desaparecían las fresas. Cuando acabó, Julie Saunders le echó una súbita mirada de apreciación. Parecía estar esforzándose por tomar una decisión.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Boyle de improviso.

La chica frunció el ceño.

—En usted.

—¿Y qué piensas de mí?

—Escuche, no sé por qué, pero no quiero andarme con disimulos con usted.

«Ahí viene», pensó Boyle.

—Me gustaría que así fuese —dijo.

—¿De veras? Tal vez me estoy poniendo en ridículo, pero me da igual. Usted me gusta. Me gusta mucho. Quiero que sepa la verdad. Cuando llamó, pensé que estaba buscando a alguien.

—Bueno, lo estaba.

—No, no quiero decir buscando a ese muchacho. Pensé que buscaba una chica, y alguien le dijo que yo estaba disponible —Se mordió el labio y desvió la mirada hacia el bar, las mesas, la bulliciosa multitud—. Este es un sitio realmente agradable.

Boyle estaba empezando a ver claro: Julie Saunders había

accedido de buena gana a verse con él porque era una prostituta.

Los ojos de la chica se movieron hasta encontrar los suyos, sin pestañear.

—¿Te escandaliza?

—No, pero estoy sorprendido. Hay cierta diferencia.

—Te lo agradezco. Solo quería que lo supieras. ¿Lo entiendes?

—Su voz era queda, indecisa—. Me gustas.

—Me alegro —Boyle alargó la mano para coger la suya, pero ella la apartó.

—No seas condescendiente.

—No lo soy, me alegro de verdad.

Después de escudriñarle durante un momento, ella asintió con la cabeza.

—Perdona. Supongo que desconfío de la amabilidad. Tiene que ver con los hombres con quienes me cito. Tarde o temprano dejan de ser amables y se ponen moralistas. Se meterán a toda prisa en la cama y me pagarán por ello, y luego, de repente, querrán saber por qué lo hago. Y cuando les pregunto si hay una manera más rápida por la que una pobre chica gane el suficiente dinero para viajar por el mundo, me miran como si acabase de robar un banco.

Boyle no dijo palabra.

—Bueno, ¿también tú me estás juzgando?

Él negó con la cabeza y esta vez ella le dejó tomarla de la mano. Boyle deseó poder estar a tono con su honestidad. Le habría gustado tranquilizarla asegurándole que lo que estaba haciendo no era más que erróneamente práctico comparado con lo que él había visto del mundo, sus brutalidades y traiciones.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó ella de repente.

Boyle quería decirle que era encantadora, por cuanto un simple comentario de esa índole podría muy bien desencadenar una aventura sentimental. Sabía que, en cuestión de minutos, esa chica podría lograr que los años retrocediesen y reconquistar para él aquellos sentimientos que había tenido cuando cortejara a Cora con todo su corazón. Y eso le dejaría como un estúpido aún mayor del que había sido la otra mañana, cuando olvidó revisar el autocar. Así que no respondió a su pregunta, sino que se limitó a seguir allí inmóvil, solemnemente reservado, mientras ella, despacio, retiraba su mano de la suya.

—Bueno, perdona por comer y salir pitando —dijo Julie a la ligera, y recogió su bolso y carpeta. Por un momento su mirada se cruzó con la de Boyle, y, como él siguiera sin hablar, se levantó y salió del compartimiento—. Gracias por el filete —le dijo con sequedad—. Estaba muerta de hambre.

—Julie, ¿cómo se llamaba?

Ella se puso una mano en la cadera, con exasperación.

—No acabo de entenderte.

—En serio que quiero darle las gracias —insistió Boyle.

—Bueno... —Sus ojos miraron a lo lejos—. Se llamaba... déjame pensar..., Warren. Se llamaba Warren.

—¿Y su apellido?

—Por Dios, ¿cómo voy a saberlo? —contestó malhumorada.

Boyle le sonrió, sintiendo la sangre en las mejillas.

—Quizá volvamos a vernos, Julie.

—Lo dudo. Perdóname por ser una tonta, ¿quieres?

Férreamente controlado, Boyle miró su esbelta figura dirigirse hacia la entrada. No volvió la vista atrás. ¿Le había dicho la verdad con respecto al muchacho? Esperó a que se hubiera marchado antes de pedir la cuenta.

—Traígame un paquete de cigarrillos. De cualquier marca. — Luego, sacando una moneda, fue a la cabina telefónica.

—¿Hirschorn? Soy Boyle otra vez. He tenido suerte. ¿Podrías ayudarme a encontrar un hotel de North Beach?

—Alex, cuanta menos gente haya en esto, mejor. Podría ayudarte, pero primero he de conseguir la aprobación. ¿Crees que podrías hacerlo solo?

—Claro —convino Boyle, consciente de que todo el asunto podría irse al diablo.

—¿Dices que has tenido suerte? —dijo Hirschorn.

—Creo que el ladrón es un joven veterano de guerra.

—Bien, parece que has hecho progresos. ¿Qué hay de tu conductor?

—¿Qué pasa con él? —dijo Boyle.

—No te enfades. Solo te pregunto si vas a pagarle totalmente esta noche, como dijiste.

—Cuando digo que lo haré, lo haré.

—¿No tiene nada que ver con ese veterano de guerra, verdad?

—Está limpio.

Tras una prolongada pausa, Hirschorn dijo:

—Ya sé lo que opinas de eso.

—Ya —repuso Boyle, convencido, no obstante, de que nadie podía saber lo que era hallarse en semejante posición. No era que no pudiese justificar lo que iba a ocurrirle a Tony Aiello, un delincuente de segunda fila cuya muerte no merecería ni una línea en la última página. Pero, con los años, Boyle le había visto cambiar de un delgado, resuelto y controlado profesional, con cuya ciega obediencia se podía contar, a un charlatán con muchos kilos de más, un granuja rojo de cara al que le encantaba sentarse en un bar y contar sus recuerdos como un vendedor frustrado. Cuando ves las tendencias convertirse en rasgos malsanos perfectamente desarrollados y los frívolos amaneramientos reemplazar los sólidos trazos del carácter, sientes lástima por un hombre... eso es lo que sentía por Tony, y, sin embargo, de mala gana. Se lo imaginó tirado en una arrugada cama en Mamma

Wong's

, sobando a un zafio muchacho, inocentemente feliz—. Lamento muchísimo haber aceptado este trabajo —dijo Boyle irritado—. Desde el principio lo supe perfectamente.

—Sí, pero lo aceptaste —señaló Hirschorn con directa simplicidad—. Mira a tu conductor de otro modo. Podría írsele la lengua accidentalmente. No podemos correr ese riesgo. Aunque no hubiera otro motivo mejor, este bastaría.

Era cierto, naturalmente. Boyle imaginó de nuevo a Tony acostado, con una mano rolliza acariciando un muslo afeminado, mientras se jactaba de haber conducido un misterioso autocar lleno de pasajeros bastante raros. Ello ayudó a Boyle a pensar que el trabajo era demasiado importante para confiar en la discreción de Tony. Al envejecer, Tony se había vuelto poco digno de confianza.

—Otra cosa acerca de tu conductor —dijo Hirschorn—. Asegúrate de hacerlo del modo que Spitz sugirió.

—Sí, diablos. De otra manera no serviría de mucho.

—No te enojés, Alex. Buena suerte. En cuanto se haya resuelto este lío de la propiedad, te invitaré a un trago.

—Para mí, cerveza.

—Caramba, eso está muy bien. Estás llevando una vida decente.

Boyle tuvo otro golpe de suerte al encontrar el hotel de North Beach al tercer intento. A principios de siglo había sido la casa de un marinero, pero ahora era una pensión de mala muerte para vagabundos. Cuando Boyle entró en el miserable vestíbulo, el conserje le miró cautelosamente. Ante el vislumbre de la falsa placa de policía de Boyle, sonrió con desprecio.

—Estoy buscando —dijo Boyle— a un muchacho barbudo que viste un largo abrigo. ¿Se aloja aquí?

El conserje se encogió de hombros.

—No, que yo sepa. —Era un hombre flaco, hundido en un traje que hacía juego con el gris de su arrugada piel. Boyle conocía a ese tipo de individuos. Les gustaba ocultar información por ningún motivo particular. Algunos de ellos disfrutaban más negándose a colaborar que recibiendo una recompensa por lo que sabían. Pero este parecía hambriento. Boyle tiró un billete de veinte sobre el mostrador.

—El nombre del muchacho es Warren.

El conserje cogió rápidamente el dinero.

—Warren —dijo—. ¿Por qué no lo ha dicho antes? Claro, ha estado aquí cerca de un mes —Abrió el registro y volvió páginas—. Aquí. Warren Shore. Llevaba barba. Siempre tratando de curarse de un catarro.

—¿Un catarro?

—No es lo que usted piensa. Aquí no admitimos a drogatas. Este chico tiene un catarro normal. Se concentra en él. Cruza el vestíbulo sonándose la...

—¿Está en el hotel?

El conserje negó con la cabeza.

—¿Cuándo se marchó?

—Hacia el mediodía.

—¿Tiene alguna idea de cuándo podría volver?

—¿Cuántas preguntas he de contestar?

Boyle arrojó un billete de diez sobre el mostrador.

—Pagó y se fue.

—¿Al mediodía?

—Eso es. Bajó, pagó la cuenta y se metió en un bonito Chevy nuevo.

—¿Nuevo? ¿Tenía un coche nuevo?

—No tenía coche hasta hoy.

—Cuando se fue, ¿llevaba puesto el abrigo?

—Nunca he visto que no lo llevase.

—¿Dejó su nueva dirección?

El conserje se rio entre dientes.

—Claro, el Ritz.

Un joven con téjanos azules y una melena que le llegaba a media espalda entró con paso desgarrado por la puerta principal y se apoyó en el mostrador fatigadamente. Apenas podía tenerse en pie, mientras pedía su llave con voz apagada. El conserje se la dio y él se alejó, arrastrando los pies, cabizbajo, los brazos caídos. Boyle y el conserje le miraron subir despacio la escalera, como una vieja.

—Los chicos de hoy en día ya no tienen estilo —dijo el conserje—. Fíjese en ellos. Son todos un montón de cerdos. Se mean en los vestíbulos, tiran la comida por todas partes —sacudió la cabeza virtuosamente—. Me ponen enfermo.

—¿Puede decirme algo más de Warren Shore?

—¿Qué quiere que le cuente? Como digo, va de un lado para otro tratando de curarse el catarro. Por lo que vi, nunca hacía otra cosa.

Boyle tuvo otra vez un golpe de suerte. Encontró la agencia de alquiler de coches a unas manzanas del hotel. El encargado era un joven de mejillas encarnadas cuya reacción a la placa de Boyle fue inmediata y apasionada.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —Puso las manos sobre el mostrador, en un gesto de propietario, apretados los labios. Encontró rápidamente el contrato del alquiler de Warren Shore. Boyle anotó el registro y el número del motor.

—Tenemos el destino que indicara —dijo el agente—. En el área de North Beach tratamos de averiguar lo que harán con los coches. Muchos nos mienten, naturalmente, pero se sorprendería de cuántos de ellos huyen con un coche y nosotros les seguimos la pista hasta la ciudad a la que dicen dirigirse.

—¿Que en este caso es...?

—San Diego.

Boyle había sido afortunado. Ahora ya sabía algo del aspecto del ladrón, sus costumbres y destino... lo suficiente para encontrarle. Si también mañana y, posiblemente, pasado, todo seguía yendo sobre

ruedas, Boyle recuperaría esos efectos robados y todo el mundo podría olvidarse del asunto. Había estado muy orgulloso del trabajo, resuelto en un plazo cortísimo; pero una vulgar manguera de conducción del combustible le había acarreado este problema extra. Eso es lo que ocurre a veces; tienes un buen plan y entonces un detallito insignificante surge de la nada y lo estropea.

Tomó un autobús hacia el distrito de Portola, donde disponía de un apartamento en una casita de tres pisos, perteneciente a una familia italiana que tenía una magnífica bodega y le invitaba a cenar una vez al mes. Llegó a casa al anochecer; a la luz de la calle, los dos hijos de su patrona estaban en el garaje, lanzando pelotas a un aro. Les saludó con la mano y luego entró en la casa y subió las escaleras hasta su apartamento. Una vez en él, encendió una lámpara de la sala de estar y se echó en el sofá. Estaba cansado y hambriento; la ensalada César que se había comido con Julie Saunders, en tanto que ella despachaba un filete de casi un kilo, no le había satisfecho. Pero todo lo que conservaba en el apartamento era, expresamente, sopa vegetariana. Se quitó de un tirón los zapatos y apoyó los pies sobre la mesilla del café. En los viejos tiempos Cora solía sentarse a su lado en el sofá y aliviar con suaves masajes el dolor de sus músculos. Echó un vistazo a su fotografía de sobre el escritorio, bajo un grabado de un artista mexicano. Cora le devolvió la mirada, luminosos sus ojos oscuros, sus labios divididos en una sonrisa escéptica.

Boyle abrió el nuevo paquete de cigarrillos y encendió uno. En un año no había flotado el olor del humo por este apartamento. Se incorporó y fue a la cocina, revolvió en el armario del fondo en busca del *whisky* escocés, oculto tras el aceite de azafrán. Guardaba el *whisky* para los artistas y clientes que le visitaban de paso y tomaban un pisolabis. Pero ¡qué diablos!, se merecía un trago, en vista del horrible trabajo al que debería de enfrentarse dentro de unas horas. Se sirvió exactamente un culito, le añadió un poco de agua y regresó a la sala de estar. Cogió el teléfono y llamó al señor Vertrees.

El teléfono sonaba y sonaba, pero Boyle sabía lo bastante para no colgar. Vertrees por fin respondió, su voz queda, jadeante, ilusionada, un tanto coqueta. Pero en cuanto oyó a Boyle, su voz se tranquilizó. Boyle le explicó que tendría que ausentarse de la ciudad

durante unos días a causa del negocio. Le comentó varios problemas: un cliente al que llamar, un grabado de madera para enmarcar, las pruebas de un folleto que corregir.

—No sé cuánto tiempo estaré fuera —dijo Boyle—. No, tendré que llamarle. No estoy seguro de dónde me alojaré. No se olvide de guardar la reseña de la exposición de Diebenkorn, si todavía no he vuelto por entonces. Llame a Kawabata y presiónale un poco. Si no tiene diez cuadros terminados para finales de mes, voy a retirarle. Sí, dígaselo. Solo hay una manera de tratar con ese japonés alcohólico, y es asustándole.

Después de la llamada, Boyle volvió a la cocina, rebuscó detrás del aceite de azafrán y se preparó otro trago, esta vez sin medirlo. Necesitaba algo que le calmase, porque estaba nervioso como un gato previendo el resto de la noche. Entró en el dormitorio, se tendió en la cama, colocó la alarma del despertador para medianoche y se bebió el *whisky* a sorbitos hasta caer dormido.

Cuando se disparó la alarma, salió rápidamente de la cama y en el cuarto de baño se lavó la cara con agua fría. Luego preparó un poco de Sanka y se lo bebió mezclado con leche desnatada. No era necesario darse prisa, pero se sentía inquieto, exaltado, como si fuera a entrar en combate. Después de veinticinco años aún podía recordar lo que se experimentaba antes de salir de patrulla. Del último cajón de una cómoda sacó su Webley & Scott 450 con cañón de 2-1/4 pulgadas, su arma favorita durante años. En su opinión, las balas de una pistola con alta velocidad de cañón penetraban con excesiva limpieza, y dejaban solo pequeñas perforaciones en el tejido en su trayectoria a través del mismo, mientras que las balas de su W & S no malgastaban su efecto en decorativas marcas al otro lado del blanco, sino que abrían huecos por impacto. No era una pistola ostentosa o elegante; cumplía con su cometido como un viejo profesional. Le acopló un silenciador y la enfundó en una pistolera de cinturón. De otro cajón extrajo un par de guantes de goma; luego acarreó un bidón de queroseno de veinte litros al exterior de la silenciosa casa y lo depositó en el asiento delantero del Plymouth que había alquilado aquella tarde bajo el nombre de S. R. Finley. Su propio coche estaba aparcado en un garaje de Bayshore, a kilómetros de distancia.

A continuación condujo hacia el área del puerto y aparcó en una

zona despejada, oyendo, en lo alto, el constante rumor de los coches. Era más de la una. A través de la ventanilla abierta se filtraba el aire del puerto, perfumado con especias, con el jengibre y el café amontonados en los almacenes. Tenía ganas de fumar, pero reprimió ese condenado impulso y apoyó la cabeza en el respaldo, como quien se dispone a echar un sueño. Pero no perdió de vista la entrada de un viejo edificio entablado, encajado entre almacenes, al otro lado de la calle. Pasó el tiempo; el aire se enfriaba, de modo que subió la ventanilla. En lo alto, el ruido sordo de las ruedas se hizo intermitente, luego discontinuo, a intervalos de medio minuto. Empezó a soplar un fuerte viento, procedente de la bahía, y durante media hora la lluvia golpeó el parabrisas; después el aire amainó. Al fin, por el reluciente cristal de la ventanilla vio salir a un hombre del edificio entablado.

En la entrada de Mamma

Wong's

el hombre se detuvo para encender un cigarrillo. La brillante media luna de la cerilla iluminó la gruesa cara de Tony Aiello. Sonreía. Acto seguido enfiló la oscura calle, sus lentas pisadas sonando huecas en el valle que discurría entre las hileras de negros almacenes. Silbaba. Sin encender los faros, Boyle arrancó el coche y se dirigió hacia él. Cuando estuvo a su lado, llamó a Tony por su nombre y salió aprisa del coche. Tony titubeó, metió furtivamente la mano dentro del abrigo, pero al ver una cara familiar en la penumbra, la retiró.

—Oh, es usted —dijo con un suspiro de alivio.

Con un movimiento, Alexander Boyle, el Hombre de Sanidad^[1] tuvo la Webley & Scott frente a su pecho, la mano izquierda sosteniendo la derecha, con la que empuñaba el arma. Debido a la escasa iluminación se decidió primero por un tiro en las tripas, que arrojó a Tony de la acera, mandándolo contra una pared de ladrillos. El Hombre de Sanidad escudriñó el cuerpo tumbado, y esta vez apuntó minuciosamente, desviando el cañón de un punto situado ligeramente por encima de la cabeza hasta el centro del rostro. Con el sonido de un portazo le metió otra bala a Tony, destrozándole la cara y dejando un desgarrado boquete en donde poco antes hubiera una sonrisa satisfecha.

Arrastró apresuradamente el cuerpo hasta el coche, lo puso de

mala manera en el asiento posterior y volvió a entrar en el coche, cuyo motor seguía encendido. Se alejó deprisa.

No había tráfico en la autopista, así que llegó a la vía férrea de Wayshore en cuestión de minutos. Aparcó en una calle flanqueada de almacenes, solares vacíos y bares cerrados, expuesto a los patios de maniobras y a los vagones de mercancías, lóbregamente visibles como hieráticos búfalos en una oscura pradera. Permaneció sentado durante un minuto, mirando por el retrovisor el cuerpo desplomado que había a su espalda. Luego desenroscó la cápsula del bidón de veinte litros, y, apoyándolo sobre el respaldo, vertió queroseno sobre Tony Aiello. Cuando el líquido le hubo empapado completamente la ropa, vertió un poco en la tapicería. Repitió el proceso; después vació el que quedaba en el asiento delantero. Arrojó los guantes de goma, que había llevado desde que abandonara el apartamento, dentro del coche, luego de salir de él. Cogió un trozo de papel del bolsillo, hizo una mecha, la encendió y la tiró por la ventanilla abierta. La llama prendió con estruendo, con sonido de fogata, y, cuando volvió la vista atrás desde la esquina que estaba doblando a paso ligero, el enorme incendio le trajo a la memoria las fotografías de budistas autoinmolándose. Así que este era el fin de Tony Aiello... Tony, quien nunca había querido mucho más que unos cuantos muchachos en un cuarto trasero de Mamma

Wong's

y una sólida reputación entre la gente que podía utilizar su talento.

Era esto lo que Boyle seguía pensando —en la miserable pero extrañamente plena vida de Tony— cuando llegó quince minutos después al garaje donde había estado aparcado su coche desde las últimas horas de la tarde. Mientras esperaba a que el soñoliento empleado se lo llevara, Boyle se examinó a la luz del garaje. Había salido limpio del asunto, sin una gota de sangre sobre él, salvo una única mancha oscura del tamaño de una moneda de veinticinco centavos en su manga izquierda. Amanecía cuando llegó a casa, pero antes de acostarse tomó una ducha caliente y se limpió la mancha con quitamanchas. Desde su juventud había sido meticuloso en su apariencia e higiene personales. Uno de sus peores recuerdos era el fango de Normandía, durante la Segunda Guerra Mundial, el fango y el olor de su propio cuerpo y una imagen

especialmente nítida de la sangre de una herida calando su uniforme, secándose ahí como algo que se le hubiera derramado al comer.

La luz difusa brillaba en la persiana bajada cuando se echó fatigadamente en la cama. Volvió a pensar en Tony, convencido al fin de que, puesto que había tenido que escoger a alguien de conductor condenado, había hecho la elección correcta. Tony Aiello era un hombre que había perdido el estilo. Con la seguridad de tal conocimiento, Boyle se durmió sin sueños.

3

WARREN PERMANECÍA en la franja de la playa blanca denominada Silver Strand, que une la ciudad de Coronado con los barrios del sur de San Diego. El día apenas comenzaba a despuntar, pero se había obligado a levantarse de la cama con el fin de ver amanecer y observar a las ballenas. Sin embargo, un cielo encapotado se cernía sobre él, y la superficie del Pacífico había sido blanqueada por una espesa niebla hasta adquirir un pardo color de polvo. Las olas, pausadas pero abundantes, estaban creciendo, sus crestas rompían lentamente, dispersando indolentes serpentinadas de espuma. Juntó las solapas del abrigo para protegerse del aire frío de la mañana y oteó el gris horizonte en busca de ballenas. Había leído en algún sitio que podían verse emigrar a lo largo de la costa meridional de California, dirigiéndose a aguas mexicanas para reproducirse. Esta era la estación adecuada. Se esforzaba por vislumbrar, durante un emocionante segundo, sus inmensos flancos pavonados, pero la niebla seguía avanzando, cubriendo la costa como una ameba gigante. Warren se acucilló en la arena, echando esporádicos vistazos a la hierba que una ráfaga de viento matutino impulsaba contra las dunas. En la playa, no lejos de él, vio una grande y torpe gaviota que miraba el océano como si esperase también avistar las ballenas. La blanca pechuga de la gaviota se hinchó agresivamente, su pico amarillo se curvó como una hoz, su cabeza se inclinó en un gesto maligno y se volvió de improviso, clavando un amenazador ojo rojo en Warren. Desafiante, Warren le devolvió la mirada, pero el pájaro ni tan solo se movió. Warren se puso en pie, pero el pájaro

siguió impasible. Warren silbó, pero el pájaro se limitó a girar un poco la cabeza y a contemplar de nuevo el océano.

En Vietnam, Warren había soñado a menudo con pájaros. Un sueño se repetía. Estaba tendido en un suelo desnudo, en un cuarto vacío, y alrededor de él volaban incontables pájaros de todas las especies, aleteando y graznando, golpeándose contra las paredes en su enloquecido vuelo. Quería levantarse y escapar del cuarto, pero no podía moverse, ni siquiera cuando algunos de los pájaros, pequeños y veloces como gorriones, se posaban en su pecho, y ni siquiera cuando saltaban sobre su cara, inclinándose para picotearle los ojos. Siempre despertaba en este punto del sueño, el corazón latiéndole con violencia. Los pájaros eran los únicos animales que no admiraba. Con sus parloteos, sus movimientos mecánicos y fría expresión, le recordaban a los humanos.

Cogió un pedazo de madera arrastrado por la marea y lo arrojó con fuerza a la gaviota. Esta no se movió. Warren le tiró otro pedazo, esta vez falló por muy poco, y la gaviota alzó el vuelo y aleteó en la dirección del Hotel del Coronado, elevándose como una aguja púrpura por encima de las dunas de arena hacia el norte. «Ese maldito hotel», pensó Warren. La noche anterior había tratado de conseguir una habitación, pero se habían negado a admitirle, ni siquiera cuando les había asegurado que tenía dinero. Así que había ido a un desvencijado motel de Imperial Beach. Cuando llamó a su tía, la pasada noche (ella se lo había hecho prometer), Warren, incapaz de contenerse, no pudo sino estallar en una furiosa diatriba contra los estadounidenses, quienes veneraban el dinero y juzgaban según las apariencias. Le dijo que llevarse el dinero y los efectos personales de los pasajeros del autocar fue la primera cosa inteligente que había hecho desde que saliera del hospital. A gritos, Warren había acallado sus protestas. Pobre tía Victoria, con él nunca había vivido en paz, ni mientras crecía, ni, desde luego, tampoco ahora que podía combatir su ingenua moralidad mediante su conocimiento del mundo, amargamente adquirido.

De pronto se sintió cansado. Nunca había recuperado su energía después de salir del hospital. Su cuerpo le hacía malas pasadas. En un momento se encontraba bien, y al siguiente, sin avisar, las piernas casi se le doblaban, le palpitaba la cabeza y su resfriado empeoraba. Tras un último vistazo decepcionado al gris océano,

caminó con dificultad por las dunas hasta su coche, y regresó al motel para descabezar un sueño. Dando vueltas en la cama deseó una vez más que la rubia le hubiera acompañado. La imaginó a su lado. Tendidos ahí, juntos, daría lo mismo que ella fuese más alta. De haber estado con él, en la playa, ondeando su pelo en el viento de la mañana, no habría sentido cansancio. Y ahora, estirado en la cama, en el silencio, podría haberse movido un poco y tocado su tibia cadera. Aunque el mundo fuera cruel, podría haberle dicho, existía en él un lugar para el amor. Y luego haberla tomado en sus brazos.

Cuando despertó, el sol había disuelto la niebla y el cielo era de un límpido azul.

Alexander Boyle llegó al zoo de San Diego al mediodía, esperando que no fuera demasiado tarde. Se detuvo a la entrada para estudiar el mejor sitio donde situarse. A la derecha había un restaurante y a la izquierda una tienda de *souvenirs*, en la que compró unas gafas de sol y una gorra con visera, y se mezcló entre la multitud que empezaba a salir en tropel por la puerta, llevando cámaras y demás chismes, igual que un grupo de nómadas en cansina migración. Boyle vaciló junto a la casilla de información, mirando más allá, hacia los arbolados cañones y las secciones del zoo. El aire suave estaba perfumado con flores tropicales y lleno de gritos de los monos. Fue hasta una tienda de fotografía y allí alquiló unos prismáticos. Anduvo despacio de un lado a otro, manteniendo el paso pero sin perder de vista la multitud que entraba a raudales. De vez en cuando vislumbraba, por el rabillo del ojo, los flamencos que se reflejaban en su laguna. Transcurrió una hora, pero la barba apropiada no llegó a cruzar la puerta. Vio barbas recortadas, perillas, barbas de chivo, pero ninguna barba descuidada, «de Jesús», como Julie Saunders la describiera. Al fin vio una, pero el joven era alto y vestía una abierta camisa deportiva, sin abrigo. Los visitantes del interminable grupo comenzaron a parecerle idénticos. No resultaba fácil concentrarse en tantas caras, rodeado por todo ese ruido y color. El día se tornaba caluroso, tenía sed y hambre, y empezó a girarse con frecuencia para echar fugaces vistazos a un puesto de *frankfurts*, donde una multitud de chavales, padres aburridos y madres desquiciadas estaba apiñada, portando globos y animales disecados, alargando la mano para hacerse con *frankfurts*

untados de mostaza y fríos botellines de
Coca-Cola

Hacia las dos Boyle estaba nervioso, aunque no desanimado todavía. Quizá Shore hubiera ido a primera hora, o fuese al día siguiente o cabía la posibilidad de que jamás fuese. Boyle había confiado en su presentimiento. Según probaban aquellos obsesivos dibujos de la libreta y después de su charla con Julie Saunders, Boyle habría apostado a que el muchacho iría directo al mayor zoo del mundo si se encontraba en alguna parte próxima a San Diego. ¿Pudiera haber ido a algún otro lugar? Pero ¿por qué mentirle al agente de la agencia de automóviles? No podía saber que le estaban siguiendo.

Boyle estaba dando vueltas a tales pensamientos a medida que se encaminaba despacio al puesto de *frankfurts*. Entonces, de pronto, estuvo allí, enfrentándose al olor de crepitantes salchichas, codo a codo con la gente que se llevaba comida caliente y refrescos. Un simple *frankfurt* no le haría subir el colesterol, aunque estuviera cargado de grasa saturada. Debía conservar las fuerzas para una tarea como esta. Con un ojo clavado en la entrada, Boyle arrojó al mostrador el importe de un *frankfurt* y una

Coca-Cola

. El panecillo le calentó la mano. Tomó un trago de

Coca-Cola

helada, luego dio un mordisco al *frankfurt*, percibiendo el sabor de la picante mostaza amarilla justo cuando su mirada recayó sobre el joven, bajo y con barba negra, con una trinchera que le llegaba a los tobillos, que avanzaba rápidamente a través de la multitud que iba entrando.

Se desvió a la derecha en la plazoleta de entrada, dejó atrás el restaurante y se dirigió hacia la Sección E con una rápida ojeada a los pingüinos y kiwis. Había llegado tarde, así que hoy no podía esperar ver mucho del zoo. Podía, desde luego, recorrerlo en el autobús, pero esa no era manera de ver un zoo; no este zoo, ciertamente, y, de todos modos siempre quedaba mañana y pasado mañana y el día siguiente hasta que supiera de memoria dónde estaba todo, hasta que hubiera saboreado los panoramas y ruidos, los olores y movimientos de este mundo entero. Su entusiasmo era

excesivo para ver muchas cosas al principio. Anduvo a toda prisa por los senderos, absorbiendo el color y la magnificencia, caminó por debajo de imponentes árboles, pasó por recintos repletos de la maleza y hierba de una estepa africana, atravesó el enmarañado follaje de un bosque tropical. Cruzó apresuradamente sendas bordeadas de jazmines y lechos de exóticas flores cerosas, y ascendió por escaleras mecánicas a mesetas desde las que pudo entrever las piezas expuestas abajo, en arbolados cañones.

De pronto se sintió cansado, le acometió una oleada tal de fatiga que tuvo que detenerse a descansar un rato en un banco. Ahí sentado examinó con desprecio al gentío que pasaba, todos chillando más estúpidamente que monos. Esas personas se movían como robots, y, sin contar a los niños, demostraban poca curiosidad; para ellos era como estar en la gloria, un olor de azucarada mimosa, un grito de reconocimiento a la vista de un animal generalmente conocido. Ninguno compartía su propio sentido de la belleza, su admiración, ni siquiera su anhelo de liberarse por completo de hipocresías y rencorosa crueldad. Y, no obstante, todos ellos debían de burlarse de su barba y su abrigo, reírse con disimulo a sus espaldas mientras tiraban de las cuerdas de sus globos y se hinchaban los carrillos con trozos de hamburguesa. Bueno, que lo hicieran; le daba igual. Aquel hombre con gafas de sol le había estado mirando, estaba seguro. A veces la gente le miraba de soslayo, ignorando que sus ojos eran penetrantes, entrenados para captar detalles, incluso la oscilación de una hoja, para advertir la forma de la muerte, como el contorno de un disco metálico enterrado justo bajo la superficie de un arrozal. Que fueran y le echaran solapados vistazos. Le daba igual. Pero en ocasiones se preguntaba si pensaban que su abrigo ocultaba algo peculiar. De vez en cuando tenía la extraña sensación de estar desnudo bajo el mismo, y que ojos entrometidos podían entrever la cicatriz en zigzag, la repugnante fealdad.

Warren observó desdeñosamente cómo el hombre con gafas de sol y gorra de visera pasaba frente a él, con paso tranquilo, unos prismáticos colgados del cuello, su costoso traje absurdo para un zoo, y, en cierto modo, insolente. «Tendría que levantarme —pensó Warren—, y preguntarle a ese hombre por qué ha venido al zoo: ¿Ha venido para ver los animales, señor? Pues mire en torno suyo.

Esos son verdaderos animales, los que caminan a su lado».

La escena imaginada le dio a Warren nuevas energías, así que se levantó del banco y continuó su recorrido, dirigiéndose esta vez al Cañón K, donde se hallaban los grandes felinos. Descendió hasta un majestuoso enclave de eucaliptos, y, durante largo rato, permaneció ante los peludos tigres siberianos y los sinuosos leopardos chinos. Los recintos simulaban hábitats naturales y estaban separados del público solamente por fosos, situación que le negaba a Warren su fantasía de liberar a los felinos de sus jaulas de barrotes. Pero eso le parecía bien. Era más que suficiente verlos entornar sus ojos amarillentos, enseñar sus blancos colmillos cuando bostezaban. Estaba convencido de que soñaban con un mundo más hermoso de lo que sus espectadores podrían nunca imaginar. Warren volvió a sentirse fatigado. Aquel médico del hospital militar que le había dicho que la fatiga solía ser psicósomática era un maldito embustero. Su cuerpo era una completa ruina, pero el ejército no quería admitirlo. Había visto a los médicos bromear con parapléjicos, como si la parálisis de cintura para abajo no fuera más que un fuerte catarro. Nunca olvidaría a uno de los médicos diciéndole a un parapléjico que se resistía a mover su silla de ruedas: «Vamos, cabo, que está tirado».

Warren sacó un *kleenex*; se sonó con tanta furia que se le taponaron los oídos. Su maldito catarro estaba de nuevo en acción. Lo único que le ayudaba cuando se ponía tan mal era un trago, así que se dirigió hacia la puerta principal. En la plazoleta de entrada se detuvo en la tienda de *souvenirs* para hojear un folleto del zoo. Con aquel sentido especial desarrollado en su patrullar por la jungla, Warren supo que alguien le estaba observando. Pero siguió volviendo páginas durante un rato, y, cuando al fin se puso en marcha, se giró de improviso, viendo por un instante al hombre con gafas de sol y gorra de visera. Estaba seguro de que le había estado mirando fijamente, si bien cuando Warren se volvió, el hombre parecía estar comprando algo en el puesto de *frankfurts*. «Bueno, que mire», pensó Warren. Aunque el zoo le encantaba, Warren estaba contento de estar fuera de él en estos momentos. Si tan solo pudiera estar aquí cuando todo el mundo se hubiese marchado. Sería estupendo caminar por los vacíos senderos en la oscuridad y oír a ambos lados los estridentes gritos de la jungla.

Durante unas seis horas Boyle había permanecido en su coche, en el otro lado de la calle enfrente de la taberna. Una de sus mugrientas ventanas estaba ocupada por un rojo signo de neón que anunciaba una cerveza y la otra le ofrecía una vista de la espalda de Warren Shore, encorvado sobre la barra. De cuando en cuando el muchacho giraba la cabeza, como si hablase con alguien, y levantaba una jarra de cerveza, como si brindara. Boyle no sabía si el muchacho estaba comiendo en tanto que bebía. Boyle se creía con motivos para haber llevado consigo dos *frankfurts* cuando siguiera a Shore, al salir este del zoo, hasta el aparcamiento. En un trabajo así era imposible seguir una dieta. Desde el otro lado de la calle oía el estrépito de la música rock, un sonido juvenil que no le atraía. Probablemente a Shore le atrajese, pero también pudiera ser que no. Era un chico raro; envuelto en un abrigo más apropiado para Maine que para California, había permanecido ante los animales como si se comunicara con ellos. Pero era despabilado, posiblemente astuto. En la puerta principal, ¿se había girado de pronto por alguna razón? «¿Me habrá visto? —se preguntó Boyle—. ¿Le seguí demasiado de cerca? ¿Cometí un error al llevar las gafas de sol y la gorra?».

Probablemente no hubiera de qué preocuparse; si el muchacho hubiese albergado sospechas, seguramente habría tratado de librarse de su perseguidor en vez de meterse en la primera taberna que vio. Boyle se incorporó. Ahí estaba por fin, el abrigo abrochado hasta arriba y ondeando alrededor de sus tobillos. A la luz de la calle, Boyle vio que el muchacho mostraba un gesto de enojo a través de su negra barba. Andaba como si quisiera alejarse deprisa de la taberna. ¿Se había enzarzado en una discusión? Si bien Julie Saunders afirmara que el muchacho no era de temperamento agresivo, Boyle se figuraba que tenía mal genio. Al menos era lo bastante nervioso para fastidiar a los que bebían. El muchacho tuvo dificultades para abrir el coche. Después de entrar en él cerró la portezuela coléricamente y arrancó, alejándose haciendo eses, a exagerada velocidad. Boyle fue tras él, esperando que los polis no parasen al muchacho. Le detendrían por conducir borracho, una complicación a la que Boyle no quería enfrentarse. Pero afortunadamente Shore atravesó la ciudad sin incidentes, cruzó las altas arcadas del puente de Coronado y se detuvo ante el Hotel del

Coronado.

Boyle vio el ondeante abrigo desaparecer dentro del majestuoso edificio, luego lo siguió. Encontró al muchacho inclinado sobre la barra en el salón del Casino. Rápidamente, Boyle tomó asiento en una silla delante de una mesa en penumbras, junto a la entrada. No había más de una docena de personas sentadas en la acogedora sala de alto techo y dorada iluminación. Sus voces zumbaban con una atemporal elegancia veraniega. Un camarero de chaleco rojo se acercó para atender a Boyle. Tras una momentánea vacilación, pidió un *whisky* con hielo, luego se recostó para vigilar a Shore, que estaba sentado con el cuerpo doblado a mitad de la barra, con taburetes vacíos a sus costados. Le llevaron el *whisky* y Boyle lo había mirado, alargando la mano para coger el vaso grueso y helado, cuando de pronto la elegante atmósfera fue rota por una aguda, quejumbrosa voz.

—¿No me ha oído? ¡Yo he pedido una bebida!

El barman, que lucía una chaqueta blanca y había permanecido al otro extremo de la barra, se aproximó con desgana al muchacho, cuyo malhumorado perfil estaba vuelto hacia Boyle. Se inclinó hacia Shore y le susurró algo. El joven arrojó de inmediato dinero sobre la barra.

—¿Le convence esto? —repuso bruscamente, y por toda la sala volvieron a girarse cabezas. El barman titubeó, luego comenzó a preparar una bebida. Shore giró sobre el taburete y miró con expresión retadora. Durante un momento Boyle pensó que el muchacho le estaba escudriñando, pero entonces el barman depositó una bebida en la barra y Shore la cogió apresuradamente, echó la cabeza atrás y se la bebió de un trago. A continuación soltó un prolongado y retumbante eructo que resonó obscenamente por la sala. Este fue seguido de una risita nerviosa, la cual hizo que el camarero se le acercara de nuevo precipitadamente. Esta vez Boyle pudo oírlo:

—¡Tendrá que irse, señor!

—Quiero otro.

—Señor, le ruego no se busque complicaciones. —Boyle vio la mano del barman desaparecer bajo la barra, probablemente buscando un timbre.

Durante un momento, Shore se quedó inmóvil, luego desmontó

con un salto del taburete y con un atronador «al diablo con él», se encaminó hacia la entrada del salón.

Boyle bajó la vista y miró su bebida, percibiendo, sin embargo, que el muchacho se había parado a pocos metros.

—¿No le he visto antes?

Boyle levantó los ojos con lentitud, encontrándose con los de Shore, que brillaban tenuemente bajo la luz dorada.

—¿Está hablando conmigo? —dijo con calma.

—A usted le he visto antes —afirmó Shore, señalándole con el índice.

Boyle se encogió de hombros y volvió a mirar con detenimiento su bebida.

Shore se acercó, la cara fruncida por la concentración.

—Hoy le vi en el zoo.

—¿El zoo? —Boyle sonrió burlón, luego le hizo un gesto al camarero que se aproximaba para que no interviniese. Lo último que deseaba era una escena—. ¿Qué zoo?

—Recuerdo este traje. Recuerdo su cara, solo que usted llevaba gafas de sol y una estúpida gorra.

—Lo siento, pero no le he visto en mi vida.

—Tenía unos prismáticos.

Boyle sostuvo firmemente su mirada pero no contestó.

—¡Oh, al diablo con ello! —Con una fulminante mirada de despedida, Shore abandonó el salón.

Boyle tomó un rápido sorbo de su bebida, decidiendo qué hacer. Si se ponía a seguir al muchacho, podía producirse una escena, pero si dejaba que se le adelantase, podía perder su pista. De manera que hubo de correr el riesgo. Tirando un billete de cinco sobre la mesa, Boyle se levantó y entró en el vestíbulo, viendo fugazmente la cimbreada figura de Shore desaparecer por la entrada principal. Le concedió un minuto, luego fue tras él, saliendo a la noche, donde esperaba ver arrancar y alejarse el coche de Shore.

Pero el coche seguía allí.

¿Adónde había ido el muchacho? Boyle giró a la derecha, rodeando el hotel hacia el lado del océano. Enfrente había la playa y el Club de Tennis; su chapitel le confería una brillante y completa iluminación. Boyle comenzó a trotar, al ver una tambaleante figura a la derecha del edificio. Cuando llegó a la altura del club pudo ver

al muchacho, cabizbajo, andando a grandes zancadas más allá de la Piscina Turquesa y las casetas de baño, en dirección al océano. Boyle se detuvo a la sombra de las casetas, permitiéndole a Shore descender a solas la larga franja de playa hasta el agua. Esperó, mientras el muchacho se acuclillaba al borde del océano y contemplaba el horizonte iluminado por la luna. «Podría cogerle ahora —pensó Boyle—, pero luego no encontraría los efectos personales».

—¿Quiénes se creen que son? —dijo Warren en voz alta, lanzando un guijarro al agua rencorosamente. En la taberna alguien se había reído de él por defender a los *Boy-Scouts*. Bueno, ¿y por qué no tendría que hacerlo? Lo único que había logrado realmente en su vida era llegar a ser un Águila. No era fácil llegar a ser un Águila. Ya nadie creía en nada, si no, un Águila Exploradora seguiría siendo digna de respeto. La tía le respetaba por ser un Águila. Había estado orgullosa de todas las insignias al mérito que había ganado, y cuando estuvo delante del director de Distrito para que le impusiera su medalla, la tía había llorado.

Los sucios bastardos que se reían de él en la taberna tenían el aspecto de cerdos en un abrevadero, bebiendo litros de su maldita cerveza. No sabían cuánto se parecían a animales. Uno de ellos tenía las largas y puntiagudas orejas y los ojos almendrados del chacal. Otro, la cabeza amarillenta y la cruel boca torcida de una tortuga. Y otro tenía las poderosas fauces y la piel lustrosa y abolsada de un hipopótamo. Los conocía a todos por lo que eran: falsificaciones de los verdaderos, honestos animales. Y luego esa pandilla del Hotel del Coronado, estúpidos como focas, mezuquinos como perros de caza africanos. ¿Y verdad que había visto otra vez a aquel hombre del zoo? Sin gafas de sol parecía un búho, con ojos grandes y fríos y una boca pequeña y apretada. ¿Qué era? ¿Un marica tratando de ligar a alguien?

Al diablo con todos. Ahora se alegraba de que Julie no le hubiera acompañado, porque ella sería tan farsante como los demás. Mirando el océano, que relucía como nieve bajo la luna, intentó representarse a Julie, solo que la imagen de su mente era la de un leopardo, ágil y de aspecto delicado, lanzándose a una carrera mortal. Warren se puso de pie y tiró otro guijarro a la inmensa extensión de agua. Después regresó al hotel y condujo a lo largo de

la playa hasta Imperial Beach. Ahora le alegraba no haber gastado su dinero en el Del Coronado; el pequeño motel era mejor, más honesto, como los animales del zoo que soñaban con selvas. En su habitación Warren tiró el abrigo y descolgó el teléfono. Puso una llamada a San Francisco.

—¿Tía? Soy Warren. ¿Cómo estás? Claro que estoy bien. Solo se me ocurrió llamarte. No, no estoy solo. Qué diablos, hoy he ido al zoo. ¿Qué? Ha sido estupendo. Fantástico. Puedo quedarme aquí mucho tiempo —Warren soltó una risilla sofocada—. He encontrado un hogar en el zoo de San Diego. Oh, vamos, tía, solo me he tomado unas cuantas cervezas. ¿No quieres que me relacione? Aquí he conocido a algunas personas encantadoras. Yo... no, no estoy siendo sarcástico. He hecho una conquista. ¿Qué? He dicho una «conquista». En el zoo un tipo me ha estado siguiendo. Seguro. No, no estoy bromeando. Lo sé, lo sé, pero no hay de qué preocuparse. No hice más que pararme y enfrentarme con él. Claro que estoy seguro de que estaba tratando de ligarme. No, nada tiene que ver con eso. No te preocupes por mí. Claro que lo haré. Llamaré mañana. Sí, ya lo sé. Tendré cuidado. Adiós.

Warren se alegraba de haberla llamado, aun cuando ella le mimaba con exceso y se preocupaba por nada. Las personas como su tía eran pocas y muy dispersas. Eran demasiado buenas para el mundo humano... pertenecían al zoo. Se rio en voz alta, sorprendido y encantado por el buen sentido de la idea, mientras se quitaba la camisa y los pantalones. En el cuarto de baño se enjuagó la boca, luego dio una tímida ojeada a su cuerpo desnudo. «Al diablo con él», murmuró, y con paso cansino salió del cuarto de baño y se echó en la cama. Todo un día de patrulla no podría haberle dejado más exhausto. Era obvio, lo que le afligía era su cuerpo y no su mente, que los médicos del ejército dijeran lo que se les antojara. ¿Qué sabrían ellos, fumando en pipas detrás de escritorios en habitaciones con aire acondicionado? Tendrían que salir un rato a los arrozales hasta que el clima de aquel país les inundara la sangre, antes de explicarle a alguien lo nervioso que estaba. Quizás había contraído una extraña enfermedad tropical, la cual explicaría los terribles catarros y repentinos ataques de fatiga.

Cuando apagó la lámpara de la mesilla de noche, la luz de la luna cayó sobre su cuerpo. Miró hacia abajo, a la oscura e irregular

cuchillada que le iba de la ingle a las costillas, y súbitamente pensó en Julie. ¿Qué diría si estuviera con él ahora? Probablemente no diría nada, pero su cicatriz le repugnaría en secreto. Así es como siempre reacciona la gente ante las imperfecciones. En este mundo te juzgan según las apariencias, y no por lo que realmente eres.

Warren sorbió por la nariz, a modo de prueba, luego inspiró a fondo. Le sorprendió la suavidad de su respiración. Sus fosas nasales estaban tan despejadas esta noche que no necesitaría Privine. Hasta podría dormir bien, aunque el exceso de bebida solía provocarle pesadillas. Por lo que hoy había visto de la gente, podía soñar con su fealdad... o con pájaros. O tal vez, si había suerte, soñaría con Julie yendo hacia él a través de la luz de la luna, y su cuerpo intacto y sano se encontraría con el de ella, con el delicioso abandono de dos perros en la calle. Sonrió, cerró los ojos, y se durmió casi enseguida.

Warren soñaba con pájaros cuando se abrió la puerta.

El segundo disparo a quemarropa del Hombre de Sanidad había destrozado el corazón, salpicándolo todo de sangre. En el cuarto de baño, todavía con los guantes, descubrió varias manchas en su abrigo. Tras frotarlas con un paño húmedo, se convenció de que estaba lo bastante limpio para continuar con el trabajo. Volviendo a la otra habitación, encendió la luz y miró hacia abajo, al muchacho, desnudo, tumbado entre la cama y la puerta. Su agilidad había sorprendido a Boyle, pero, pensándolo mejor, era razonable que un hombre habituado a combatir conservase el instinto para la acción. El leve chasquido de la puerta del motel al abrirse y cerrarse había despertado inmediatamente al muchacho, que había saltado rodando de la cama haciéndole fallar ampliamente el primer disparo. El segundo le había alcanzado de lleno en el pecho cuando corría irreflexivamente en la oscuridad hacia la puerta.

Boyle permaneció junto a él, mirando la enorme herida y luego la cicatriz en zigzag que había debajo. Era una cicatriz de respetable tamaño, si bien más pequeña que la que Boyle había llevado en el muslo derecho después de la segunda guerra mundial. Más tarde había adquirido la dimensión de un platillo, con la textura de una alfombra cortada, pero con el tiempo se había reducido al tamaño de medio dólar, lisa como una marca de nacimiento.

Boyle se apartó del cuerpo, estremeciéndose un momento por

esta ironía: Warren Shore había sobrevivido al combate en Vietnam solo para morir, sin tiempo siquiera para el miedo, desnudo y desarmado, en el cuarto de un motel de California. El momento pasó, y Boyle emprendió un sistemático registro, hallando solamente una pequeña bolsa que contenía algunas prendas y medicinas suficientes para abastecer una farmacia, y en los pantalones del muchacho más de novecientos dólares en efectivo. Eso era todo. Encontró la llave del coche sobre la cómoda, salió a la noche despejada e inspeccionó el Chevy alquilado. Al regresar a la habitación se sentó fatigosamente en la cama y se preguntó dónde diablos habría ocultado el muchacho los efectos robados. Al fin se levantó lentamente y deslizó un paquetito de heroína bajo la almohada. Eso satisfaría a los polis.

Con un último vistazo al cuerpo, que en la muerte parecía incluso más pequeño, Boyle lo evitó con cuidado y abandonó la habitación. En su coche encendió un cigarrillo y lo chupó reflexivamente. Luego arrancó el motor y partió, a la moderada velocidad de un hombre exhausto a causa de una misión. El muchacho no se había llevado los efectos personales a San Diego, pero a Boyle se le había ocurrido una idea acerca de quién los tenía.

En el aeropuerto de San Francisco, Boyle hizo tres llamadas telefónicas, la primera a Hirschorn. Tras explicarle lo que había ocurrido en San Diego, le aseguró que tenía una pista sobre los efectos desaparecidos.

—Pero necesito una cosa —dijo—. Consígueme unas gotas noqueadoras, algo insípido, y envíamelas por mensajero a mi galería. No, Allen, no de ese tipo. Solo un soporífero.

A continuación llamó a la galería.

—¿Señor Vertrees? Ya he vuelto a la ciudad. Sí, fue más rápido de lo que esperaba. ¿Llamó a Kawabata? ¿Cómo? ¿Qué no pudo entenderle? Vamos, su esposa habla mejor el inglés que nosotros. Kawabata está borracho, ella solo le está protegiendo. No, olvídelo. Le visitaré personalmente. ¿Alguna novedad? ¿Phillips compró? ¿El rojo, de cuatro por seis? Bien. Le veré dentro de una hora.

Luego telefoneó a Julie Saunders, cuyo servicio de recepción de mensajes le dijo que ella le llamaría más tarde.

En cuanto Boyle llegó a la galería, su ayudante estaba enseñándole pinturas a la aguada a una corpulenta mujer que

llevaba un sombrero floreado. Saludándoles afablemente con una inclinación de cabeza, Boyle entró en su despacho y cerró la puerta. Se dejó caer pesadamente en su silla giratoria. La sala, con sus pinturas y esculturas, le parecía extraña, después de la habitación salpicada de sangre en la que había matado a un hombre justo la noche anterior. En su juventud, los repentinos cambios de escenario no habían importado, pero ahora le cansaban y solían desconcertarle. Cora le había advertido que esto ocurriría.

Sonó el teléfono, lo cogió rápidamente esperando a Julie Saunders. Pero era el señor Phillips, que quería cambiar la pintura roja que había adquirido por la de predominantes tonos anaranjados. Esta costaba doscientos dólares más, de modo que tuvieron una breve pero animada discusión acerca del precio hasta que Phillips, infructuosos sus esfuerzos por regatear, decidió quedarse con la roja. Luego entró Vertrees, ceñudo a causa de una prolongada e inútil sesión con la corpulenta dama. Era esta una buena excusa para dejarle generosamente el resto del día libre... Boyle no lo quería en el despacho cuando llamase Julie Saunders. Vertrees estaba en exceso preocupado para darle las gracias a su jefe, pero se marchó a toda prisa, como el acosado amante que era. Mirándole, Boyle sintió una punzada de envidia.

Cogió el *Art News*, y estaba hojeándolo cuando nuevamente sonó el teléfono. Esta vez era Julie Saunders, su voz baja y cautelosa. ¿Volver a verle? ¿Sobre el tipo del zoo? ¿No? Su voz adoptó un tono alegre y relajado. Claro que le vería, pero habría de ser más tarde, ya que tenía un trabajo nocturno en Palo Alto.

—No es lo que piensas —añadió con rapidez—. Quieren sacarme unas fotos nocturnas delante de la universidad. ¿Podría llamarte cuando haya vuelto a la ciudad?

Así quedó decidido. Boyle se recostó en la silla, los pies sobre el escritorio, y se durmió profundamente; le despertó el timbre de la puerta principal. Era el mensajero de Hirschorn.

Camino de casa, Boyle se detuvo en el estudio de Kawabata. La señora Kawabata abrió la puerta, su cara sonriente y redonda como un plato. Haciendo una profunda reverencia, le invitó a pasar con un gesto, murmurando:

—Ah, sí, señor Boyle.

Boyle echó un rápido vistazo alrededor del amplio taller,

brillantemente iluminado por los fluorescentes del techo. Había enormes lienzos amontonados contra las paredes, vacíos todos ellos a excepción de uno, sobre el cual láminas de amarillo de cromo y albaricoque, oscurecidas por sienita, vibraban tumultuosamente. Era una pintura abstracta de asombroso poder cinético, pensó Boyle, pero la había visto un mes antes, apoyada exactamente en la misma posición, junto a todos aquellos lienzos vacíos. La señora Kawabata le estaba conduciendo hacia una mesa baja laqueada rodeada de almohadones.

Boyle se detuvo.

—¿Dónde está, señora Kawabata?

La mujer frunció el ceño, como si oyera un lenguaje que no comprendiese.

—¿Dónde está Kenzo? —Boyle miró ferozmente hacia un biombo en el otro extremo de la sala, que ocultaba un rincón en donde él sabía que un hombrecillo frágil y arrugado estaba acurrucado con un vaso de *whisky* en la mano.

—Kenzo marchado —dijo ella con una amplia sonrisa, inclinando un poco la cabeza, como un pájaro bebiendo.

—¿Dónde está, señora Kawabata?

La mujer era mofletuda y rechoncha, y en téjanos parecía incómoda. Boyle siempre la había visto en quimono, y ahora se preguntó si, al igual que su marido, no estaría sucumbiendo a los engatusamientos de la vida californiana.

—¿Dónde? —repitió.

—Él marchado con buen amigo —su inglés era mucho mejor que esto, pero Boyle comprendió con impotencia que todo lo que hoy sacaría de ella serían unas pocas frases de exasperante imprecisión.

—Preparo té —dijo con una sonrisa, y se volvió para alejarse apresuradamente.

—Espere —dijo Boyle—, díglele —levantó la voz en provecho del hombre agazapado tras el biombo— que quiero esas pinturas para final de mes, o si no voy a echarle. Díglele que tenemos un contrato y me propongo hacer que lo cumpla. Díglele que tiene la responsabilidad moral de practicar su arte. Díglele... —Consternado, Boyle vio con frustración que la mujer sonreía expansivamente. Boyle sabía que la mujer sabía y el hombre de detrás del biombo sabía que las pinturas no estarían terminadas para final de mes,

posiblemente ni empezadas siquiera, pero a Kenzo Kawabata no le echarían de la galería Boyle y, tarde o temprano, con *whisky* o sin él, una hilera de geniales pinturas colgarían de extasiadas críticas—. Dígale —musitó Boyle al tiempo que daba media vuelta y comenzaba a dirigirse hacia la puerta—, que «se acostumbre a trabajar».

Afuera, en la calle, Boyle se pasó la mano nerviosamente por el escaso pelo. Se le ocurrió una idea amargamente divertida: tal vez era más fácil matar a un ladrón que persuadir a un artista.

Se detuvo en una licorería para comprar una botella de champaña, luego compró una *pizza* de anchoas y salchicha, y, percibiendo su calidez junto a él en el asiento del coche, condujo en dirección a casa. Antes de comer, llamó al servicio de recepción de mensajes de Julie Saunders y dejó el número telefónico de su casa. Luego, poniendo una lata de Tab (esta era su concesión a la dieta) sobre la mesa de la cocina, abrió la caja de cartón y la emprendió con la *pizza*. Eran solo las ocho cuando acabó, de manera que tomó una larga y quemante ducha, y se afeitó meticulosamente. Se puso un traje color canela, con una camisa a rayas marrones, y dedicó un tiempo desmesurado a seleccionar una corbata que hiciera juego. Para entonces era penosamente obvio que quería impresionar a Julie Saunders, y no solo porque su trabajo lo requiriese, sino también porque era una chica atractiva. Su poco profesional actitud le disgustaba. Ya no le resultaba fácil separar un papel del otro. En los viejos tiempos había sido un amante esposo en un instante, y, en el siguiente, un profesional desprovisto de emociones. Cora le había advertido que esto ocurriría si se empeñaba en llevar una doble vida. En su lecho de muerte, ella le había mirado fijamente con sus grandes ojos oscuros y, con su mano temblando en la suya, le había dicho que debía escoger. «Eres demasiado viejo, Alex, para tantos cambios». Había tenido razón, por supuesto, pero ahora que tenía al alcance una vida de tranquilos logros, a la primera tentación la dejaba de lado y retornaba de golpe a las viejas costumbres. Sentado en el sofá, examinó severamente la sala repleta de pinturas y esculturas que sus artistas le habían regalado. Era esto lo que siempre había deseado, una vida de modestas adquisiciones y de pacífico disfrute de las más nobles inspiraciones de la humanidad, y, con todo, en menos de dos días había matado a dos hombres. De

pronto, en un momento de clara determinación, estrelló el puño contra la palma de la mano y juró solemnemente que este era el último trabajo.

Sonó el teléfono. Lo descolgó precipitadamente.

—Estaré ahí dentro de media hora —dijo.

Ella vivía cerca del Presidio, en la calle Laurel, en un moderno edificio. Su piso rebosaba de muebles sobrecargados, cojines de encaje y gruesas colgaduras, predominando los tonos azul pálido, iluminados por una única lámpara de Tiffany. Ello confería un apagado cariz levantino a la estancia, como si fuera un lugar ubicado en la oscura callejuela de un arrabal prostibulario. El efecto era ligeramente sórdido pero excitante, un estímulo a la intimidad. Julie semejó intuir la impresión que le produjo su piso a Boyle, ya que agitó la mano y comentó con aplomo: «A ellos les gusta». Era su uso del «ellos» lo que le interesaba. Julie sentía la necesidad de confesarse, de ostentar su modo de vida y poner a prueba sus reacciones, su tolerancia. Por mucho que pudiese racionalizar completamente su conducta, por muy insolentemente que se entregase por dinero, en algún lugar de su interior seguía habitando la chiquilla que desobedecía a sus padres pero quería su beneplácito. A pesar del dulzón incienso que impregnaba la estancia, a pesar de su seductor vestido japonés, bajo el cual iba evidentemente desnuda, Julie Saunders era una rubia estadounidense de ojos azules, poco apta para el espíritu práctico del Medio Este.

Salió un momento para poner en la nevera el champaña que Boyle había llevado. Otra cosa acerca del uso del «ellos»... este le situaba aparte de sus clientes y sutilmente le informaba de que allí él ocupaba una categoría distinta. Regresó de la cocina con dos vasos de *whisky* y, en cuanto Boyle se hubo sentado en un sofá, ella se tendió frente a él sobre un cojín rojo, que ofrecía un marcado contraste con el color canario de su vestido. Boyle se sentía halagado por su indudable deseo de impresionarle.

Julie llevó la conversación, mientras la luz mortecina caía sobre su cara de pómulos bastante altos, otorgándole suaves sombras, una seductora calidez que debía de haber alterado la sangre de muchos hombres de negocios cuarentones. Ella hablaba con entusiasmo de sitios que querría visitar: Tokio,

Hong-Kong

, Calcuta, Casablanca. Había leído los libros de viajes con la ilusión e ingenuidad de un profesor jubilado emprendiendo su primer viaje al extranjero. Se sentía conmovido por sus ensueños de chiquilla, y, en contra de su voluntad, se encontraba cada vez más cautivado por su presencia. Fue Julie quien abordó el tema que él tendría que haber estado esperando con impaciencia que surgiese.

—¿Qué hay de aquel chico? —preguntó de improviso, mirándole con ceño.

—Oh, lo dejé correr. No pude localizarle, así que esperaré a ver si llama él.

—Eso es lo que yo haría —Agitó el hielo de su vaso, un hábito nervioso que a Boyle ya le resultaba familiar—. ¿Así que es verdad que no has venido para hablar de él?

—Claro que no. —Este era el momento de insistir, pero no pudo más que seguir ahí sentado, absorto en la apariencia de la muchacha bajo aquella luz tenue y apaciguadora.

—¿Pues por qué has venido?

—Ya te lo he dicho. Para verte.

—Sí, lo creo —repuso ella seriamente—. Solo que... no sé.

Boyle fue incapaz de reaccionar, aunque su comentario estaba sin duda calculado para obtener una respuesta más concreta.

—¿Nos bebemos tu champaña?

—Dejémoslo enfriar un rato.

—Me da la impresión de que no estás aquí solo para verme.

—Es raro. ¿Por qué?

—A estas alturas conozco un poco a los hombres —dijo con una risa triste.

—¿Para qué crees que he venido?

—No lo sé, pero la última vez que te vi no me dio la impresión de que quisieras volver a verme —Tras una reflexiva pausa, añadió—: Parecías más interesado en aquel chico del zoo.

Esta era una oportunidad que no podía permitirse perder. Ella había sacado a colación el tema que haría natural su interés en Warren Shore.

—A decir verdad —dijo—, me interesé más por él cuanto más estaba contigo.

—No te entiendo.

—Me puse celoso.

Cuando ella se rio, Boyle dijo:

—Hablo en serio. ¿Tan ridículo parece?

—¡Y tanto! ¿Celoso de qué?

—De él. Estaba seguro de que vuestra relación fue más íntima de lo que me dijiste.

Durante un momento ella le escudriñó seriamente, luego esbozó una alegre sonrisa.

—Es cursi tener celos de alguien, pero, de algún modo, en ti me gusta.

—¿Y bien? ¿Tenía motivos?

—Debes de estar burlándote de mí. Ya te lo dije, le encontré en el zoo y eso fue todo.

Por lo menos parecía convincente, y no debía despertar sus sospechas siguiendo este tipo de argumentos. Con un repentino acceso de cólera deseó que Julie Saunders le estuviera diciendo la verdad, porque, en caso contrario, tendría que matarla.

—Ven aquí —murmuró ella.

Al poco estaba arrodillado junto al cojín, la cara de Julie tibia entre sus manos, e intentó, sin conseguirlo del todo, olvidar su trabajo.

Yacían, uno al lado del otro, sobre la espesa alfombra, la mano de Julie reposando sobre el pecho de Boyle.

—Es extraño —dijo él.

—No te preocupes. A veces ocurre.

Ella puso la cara entre el hombro y el cuello de Boyle, ocultando sus ojos. Era muy propio de Julie, pensó él, evitar el mirarle de frente.

—Últimamente he estado fatigado —dijo.

—No hables de ello —susurró la chica.

Ella tenía razón, él lo sabía, y era probable que esto le ocurriera a menudo con sus clientes, y, debido a su experiencia sexual, probablemente no le importase mucho. Se dio cuenta, con una mezcla de placer, sorpresa y consternación de que la muchacha le gustaba de veras. ¿Por qué había desfallecido? La había deseado, pero entre el deseo y el acto se habían alzado los espectros de dos hombres recientemente asesinados, y luego la imagen pesadillesca de «ella» tumbada sobre un charco de su propia sangre. ¡Se estaba

volviendo chapucero, como hombre y como profesional! En su juventud, había pasado de los más sórdidos encargos a las camas de las mujeres. En los días de su matrimonio había vuelto de los trabajos más repulsivos a Cora sin el menor escrúpulo. Ahora era como un seminarista soportando una primera experiencia.

—¿Y el champaña, qué? —preguntó ella, meneándose un poco.

—¡Estupenda idea!

Se levantó desnudo, preguntándose si ella encontraría poco atrayente su cuerpo de cuarentón, al tiempo que se preguntaba si ahora debería hacer lo que había venido a hacer. Recogió los pantalones y se los puso, lo cual hizo que ella soltara una risilla.

—¿Eres uno de esos hombres que detestan que les miren?

Él no contestó, sino que se dirigió a la cocina, oyéndole decir con voz clara y jovial:

—¡Pues a mí me gusta tu aspecto!

En la cocina retiró el champaña de la nevera, sacó dos copas de un armario, las puso sobre la mesa, y de la ampolla que llevaba en el bolsillo de los pantalones echó cuatro o cinco gotas de líquido transparente en una de ellas. Luego descorchó el champaña. La oyó gritar desde la otra habitación:

—¡Oh, creía que lo harías aquí! —Boyle llenó las copas y las llevó hasta la estancia en penumbra, se arrodilló junto a ella, y le ofreció la bebida.

Ella tocó su copa en un brindis, pero se limitó a tomar un sorbo de champaña.

—Bébetelo todo.

—Muy bien, pero tú no bebas demasiado. No queremos volver a tener problemas.

La miró vaciar la copa y desperezarse satisfecha, preguntándole con los ojos si estaba dispuesto. Boyle alzó su copa y tomó un sorbo, como si no lo notara. Empezó a hablar de los lugares que había visitado, lugres que, para verlos, ella había estado vendiendo su cuerpo: Chartres, con su catedral provista de chapitel dominando las tierras de labranza, Hampton Court y su estanque repleto de nenúfares, Berlín, el bazar de Túnez, Atenas, Roma. Hablaba en tono quedo, expresamente hipnótico, mientras esperaba que la droga actuase, y, en efecto, su cara empezaba a relajarse, sus párpados se cerraban.

—Oye —dijo con voz apagada—, creo que soy yo la que está cansada.

Al cabo de un minuto estaba sumida en un profundo sueño narcótico. Boyle emprendió su búsqueda con meticulosa precisión, ya que, si no hallaba los efectos robados, no quería dejar el más mínimo rastro de lo que había hecho. Durante tres horas revisó todo lo que contenía el apartamento, sus dedos moviéndose con rápida destreza a medida que revolvían y luego dejaban nuevamente en su sitio las prendas dobladas, a medida que inspeccionaban ágilmente cajones y armarios, registrando y retirándose, sondeando como radares. Era una tarea difícil porque las habitaciones estaban atestadas de chucherías, acopiadas sin duda en los tenderetes de North Beach, que eran como cuevas de

Alí-Babá

de las bagatelas. Cualquier cosa que le hubiera salido al paso, la muchacha la había guardado, como si pretendiese quedarse aquí para siempre. Ello resultaba extraño para una chica que soñaba con viajar, y, no obstante, puede que semejante acumulación definiese a la verdadera Julie Saunders, quien, ignorándolo incluso ella misma, deseara un hogar seguro, un marido e hijos, una vida tranquila con un magnífico recuerdo tan solo de su rebelde pasado, de su secreta aventura. Cuando por fin dio por terminada la búsqueda, Boyle se sentó en el sofá para cavilar. Miró embobado a la durmiente, resistiéndose a creer que hubiera sido incapaz de hacer el amor con ella. ¿Constituía esto un baremo de su compromiso emocional? Quizá sí, de entrada, hubiera suprimido sus sentimientos, no habría recelado de ella. Ahora podía dar por sentado que Warren Shore no la había conocido en absoluto, aparte su encuentro casual en el zoo. Ciertamente, el muchacho no había llegado a conocerla a fondo para confiarle los efectos personales, aunque seguía siendo posible que ella los hubiese ocultado en otra parte. Seguía siendo posible. Dadas las circunstancias, no podía descartar la posibilidad de que incluso ahora le hubiese engañado. Analizó la velada como un perro que se aferra a su hueso. ¿Había la muchacha tratado de seducirle con el fin de desarmarle? Seguía siendo posible, y existían hombres a quienes respetaba que lo juzgarían probable. El sexo podía hacer perder la cabeza al mejor profesional. Boyle se preguntó entonces si la habría liquidado de haber hallado los efectos en su apartamento.

Era el tipo de pregunta que en su juventud no se habría planteado, pero seguía siendo lo bastante profesional para responderla afirmativamente. Gracias a Dios, en estos momentos no era más que una pregunta teórica.

Con un suspiro se puso de pie y se vistió, pues había llevado a cabo el registro solo en pantalones. Se anudó la corbata ante el espejo del cuarto de baño, mirando de paso, con una sensación de afecto y placer, los cosméticos alineados en los estantes, las cositas personales que la chica tocaba todos los días y que sugerían los rituales que la preparaban para su cita con el mundo. Se estaba poniendo terriblemente sentimental y lo sabía, pero, con todo, no podía evitar el deseo de proteger a la muchacha.

Regresó a la sala de estar y la observó dormir. Una cadera desnuda bajo la luz mortecina. Su cabello desparramado. Sus labios ligeramente separados.

Un arrebató de ternura le hizo inclinarse sobre ella, tocar su delgado brazo desnudo. Pero eso fue todo. Se incorporó, decidido a no dejarle una nota, aunque mentalmente la compuso: «Creo que los dos estamos cansados. Amor. Alex». No quería no podía dejar semejante nota, la cual mantendría la puerta abierta para una posterior relación. No podía permitir que ella le complicara la vida, y especialmente ahora, cuando era necesaria toda su energía para, posiblemente, el trabajo más difícil de su vida.

Boyle se dirigió hacia la puerta, luego se volvió, y su último vislumbre de Julie le perturbó de una manera solo equiparable a como lo hiciera el cuerpo desnudo de Cora. La contempló con la reverencial intensidad de un joven, luego cerró la puerta tras él, sin hacer ruido, y se alejó deprisa. Afuera, en la calle, con la primera luz de un nuevo día rezumando sobre los tejados de la ciudad, dejó a su espalda el hechizo de su pegajoso pero singularmente encantador apartamento. Con un esfuerzo consciente, expulsó de su cabeza la imagen de Julie y se convirtió de nuevo en el Hombre de Sanidad.

Lo importante era que su encuentro con Julie Saunders no había hecho más que eliminarla como sospechosa... o, mejor dicho, como sospechosa principal. Seguía siendo posible que le hubiese engañado, y no debía olvidarlo pese a las consecuencias de sus sentimientos de ternura. Boyle se encaminó a buen paso hacia su

coche, otra vez él mismo. Ahora que debía empezar de nuevo, tenía que considerar el próximo movimiento.

4

A LA MAÑANA SIGUIENTE a su última llamada desde Imperial Beach, Victoria, la tía de Warren, telefoneó a la habitación de este repetidas veces, asistida por el lúgubre convencimiento de que habitualmente una resaca le tenía en la cama hasta mediodía. La ansiedad la incitaba a ponerse en contacto con el motel, y, pensando aún en la llamada telefónica de su sobrino la noche anterior, exigió que el director revisase la habitación. El director no le devolvió la llamada, de modo que ella, con creciente temor, siguió telefoneando. Cuando un hombre contestó por fin, este insistió en que le diese su nombre y dirección antes de informarla de la muerte de Warren Shore.

Ella se desplomó en una silla como si la hubieran golpeado en la nuca. Aún no había asimilado esta noticia cuando llamaron a la puerta, lo cual la desvió de un torbellino de imágenes —Warren en la playa, Warren sonándose la nariz, Warren pálido y ojeroso en la cama del hospital para veteranos, Warren de niño acunado en sus brazos, Warren hundiendo la cabeza en su regazo ante la noticia de la muerte de sus padres, Warren sonriendo frente a la espléndida vista del puente Golden Gate—, y centró su atención en el haz de rayos de sol del atardecer que cruzaba la puerta. El que llamaba era un detective del cuerpo de San Francisco, actuando en nombre de la policía de San Diego. Por él se enteró de que se había encontrado un paquete de heroína bajo la almohada de Warren. El interrogatorio a que la sometió fue rudo, brutal, una insistente tentativa de sacarle cualquier tipo de información que confirmase la

teoría policial de un asesinato asociado con la droga. Una y otra vez retornaba él al hecho de que Warren había sido un veterano de guerra.

—¿Mi sobrino y heroína? ¡Jamás! —afirmó ella, y sostuvo la penetrante mirada de los fríos ojos azules del detective con una de sus más inquebrantables miradas. Era evidente que la policía estaba convencida, y, según el machacón pero mecánico interrogatorio, era evidente que consideraban este como otro crimen rutinario de los que Victoria oía por las noches informar en televisión.

—No mi sobrino —le repitió ya en la puerta, tan enojada por el aire de ciega arrogancia del hombre, que no le indicó siquiera lo que era evidente para «ella:» alguien podía haber colocado la heroína en la habitación del motel tan solo con este fin: embaucar a la policía. De haber sido el hombre un poco simpático, probablemente le hubiese hablado del autocar que Warren robara, pero a solas entre las sombras de la tarde, se alegraba de haber guardado silencio. El estúpido acto de Warren habría simplemente confirmado la sospecha del detective: un joven veterano de guerra, enviciado con las drogas en Vietnam, cometía robos para costear su hábito. Ese detective de cuadrada mandíbula, corte de pelo al rape y gélidos ojos azules habría pasado por alto su disparatada declaración de que Warren Shore había robado un autocar lleno de muertos. Con la ayuda de cómplices, posiblemente hubiera robado a los pasajeros y luego despeñado el autocar en la Carretera de la Costa, ya que esto era lógico, un hecho innegable que el duro detective y los de su calaña podrían aceptar.

Victoria Welch permaneció sentada en la tarde que declinaba; sus sospechas de que Warren había estado condenado a muerte desde el momento en que robara el autocar iban en aumento. Solo tres días antes, cuando había ido a su apartamento acarreando una bolsa de lavandería repleta de efectos robados y rogándole que se lo guardase, ella le había advertido que podía meterse en líos, no únicamente porque había cometido un crimen, sino porque las circunstancias eran de lo más extrañas. Warren se había reído de sus temores, que le parecían fundados en la superstición —robar a los muertos, ese tipo de cosas—, y había argüido que, posiblemente, nadie pudiera localizarle. Se encogió de hombros cuando ella sugirió que los pasajeros habían sido arrojados por el acantilado

para dar la impresión de que sus muertes habían sido accidentales. Cuando se encogió de hombros, Warren soñaba sin duda en el zoo que iría a visitar. ¿Pero cómo les habían matado?, insistió ella. Él le dio una pronta pero desinteresada respuesta: mediante los gases de un motor defectuoso. Incluso era posible, añadió con una cierta ligereza, que el conductor del autocar les hubiera lanzado por el acantilado con el fin de ahorrar dificultades a la compañía. A lo que ella contestó preguntando por qué no habían asfixiado también al conductor, o, si se había librado de ello, ¿por qué se hallaba en el autocar siniestrado junto con los pasajeros? Warren volvió a encogerse de hombros, mirando por la ventana, ya sin el mínimo interés en el asunto. No era que careciese de imaginación; simplemente, la suya estaba ocupada en otra parte: en el mundo de fantasía al que había huido desde el preciso instante en que volviera de Vietnam. Tres días antes solo había deseado una cosa: ver los animales del zoo de San Diego.

Pobre Warren, nunca había tenido suerte: perder sus padres a los doce años, ir a una guerra en la que no creía, sufrir una terrible herida y soportar una larga rehabilitación. Nunca había tenido la oportunidad de encontrarse a sí mismo. Era desleal. Era injusto. Era vergonzoso que este infortunado joven, que tanto se había sacrificado por su país, tuviera que ir, deshonrado, a una tumba prematura.

Warren, muerto. Su sobrino. Alguien le había asesinado.

Este hecho la llevó al borde de la silla.

Alguien le había asesinado a causa del autocar.

Juntó las manos, formando un furioso campanario de concentración, al recordar que Warren dijera que un hombre le había estado siguiendo. Se puso de pie y empezó a pasearse, ajustándose malhumorada las gafas sobre la nariz.

Alguien había asesinado a Warren a causa del autocar.

Las sombras se alargaron, la suave luz se oscureció hasta adquirir un tono lavanda, y luego se extinguió, pero ella siguió paseando sin encender lámpara alguna. En la oscuridad, su mente se concentraba en una única idea: Warren había sido asesinado porque había robado aquel autocar.

Si tan solo viviera su marido; él solucionaría las cosas, defendería el nombre de Warren. ¿Warren un drogadicto? ¡Jamás!

Era desleal, injusto, vergonzoso que la policía le considerase un drogadicto simplemente porque había luchado por su país. ¿Su sobrino otra cifra en las estadísticas de crímenes? ¡Jamás!

Victoria se detuvo y se quitó las gafas de un manotazo, como si fuera un hombre disponiéndose a enzarzarse en una pelea callejera. Henry ya no estaba allí para reflexionar, para hacerse cargo, pero eso no cambiaba las cosas, el asesino de Warren debía ser llevado ante la justicia. De modo que ella se encargaría. Con el último hálito de su cuerpo lucharía hasta limpiar el nombre de su sobrino. ¿Qué le diría Henry que hiciese? Exactamente eso. Lo que había admirado especialmente en su marido era su rancio sentido del honor. Como pareja, habían sido una isla en un mar de cinismo, y ahora, ella como individuo, tenía que dar fe de la autenticidad de las verdades en las que ambos habían creído. ¡Sí!

Encendiendo las luces, Victoria entró en la cocina para preparar té. Le temblaban las manos. Sus antepasados se remontaban hasta los pioneros que lucharon y murieron en los caminos del Oeste. En aquellos días la gente cuidaba de sí misma, y eso era justo, y hoy en día, en un mundo de policías hastiados para quienes la justicia es una tarea mecánica, era justo que ella, el único familiar de Warren, debiera defender su reputación. Dios es testigo, pocas personas le habían hecho caso en su corta vida. Miró ascender las primeras burbujas a la superficie del agua que se calentaba.

En un momento de insensato impulso se había apoderado de los efectos personales de muertos, lo cual era algo lamentable, pero Warren había estado en una terrible guerra y, si bien su cuerpo se había recuperado, su mente había seguido padeciendo las consecuencias. ¿Pero un drogadicto? ¡Jamás! Si en el mundo existía algo que detestase, era la adicción a las drogas. Cuando oía tales palabras, ciertas imágenes destellaban en su mente: escolares que regresaban tranquilamente a casa desde la escuela, abordados por un hombre repulsivo y sonriente; oscuras callejuelas y centellear de agujas; una chica drogodependiente atada a la cama de un hospital. ¿Su Warren un adicto a las drogas? ¡Jamás!

En un cazo puso cuatro cucharadas de Ching Wo, un té negro chino especial, y luego, con un tajante encogimiento de hombros, fue a grandes zancadas hasta la otra habitación y llamó a la vieja Sackman. Con voz átona, explicó rápidamente que su sobrino había

muerto en San Diego, que debía desplazarse allí durante unos días para arreglar los asuntos. La noticia fue tan inesperada, tan escueta, que la jefa de bibliotecarios se quedó demasiado aturrullada —o puede que fuese demasiado lerda, pensó Victoria—, para formularle preguntas embarazosas. La llamada concluyó en un par de minutos y Victoria volvió a ocuparse del té. Después de la sequedad con que tratara a la vieja Sackman, el aroma del Ching Wo le pareció especialmente sutil.

Mientras lo tomaba a pequeños sorbos, Victoria se dijo una vez más que iba a encontrar al asesino de su sobrino. Era una resolución que la estremecía y la ponía nerviosa a la vez. Pero no había tiempo de explayarse en la patente bravuconería de semejante idea... tenía que ponerla en práctica, y ponerla en práctica lógicamente, paso a paso, como los detectives en los relatos de misterio. Debía empezar con lo que tenía... los mismos efectos personales. Por lo tanto, Victoria se puso de pie y acarreó la bolsa de lavandería fuera del armario... experimentando un momentáneo aturdimiento al caer en la cuenta de que el detective podría haberla descubierto fácilmente. Pudo imaginar los posteriores acontecimientos: ella calificada de cómplice de su sobrino drogadicto; el juicio; su encarcelamiento; la Sackman de fondo, cacareando jubilosa.

Victoria volcó la bolsa y lo vació todo en el suelo. Esparcido alrededor de ella, en cuanto se arrodilló con dificultad, había un surtido de las cosas comunes que lleva la gente. Pero tales cosas eran de algún modo especiales, porque alguien había asesinado a su sobrino por su causa. Si su investigación (¡«su» investigación!), se ceñía a las normas estándares de la detección que había encontrado en las novelas policíacas, estos objetos deberían proporcionarle pistas. La vieja Sackman siempre se había mofado de su entusiasmo por los relatos detectivescos, y desde luego era cierto que ella disfrutaba con un buen misterio, las trampas y argucias, los falsos comienzos, la pista enterrada, la inesperada y clarificadora solución. El desdén de la jefa de bibliotecarios nunca la había molestado, y ahora menos que menos. Que se riese la vieja arpía. Victoria suponía que años de ese tipo de lecturas le habían aportado pizcas de conocimiento que ahora podría aplicar a un auténtico caso, en el cual las verdades de la justicia y el honor estaban efectivamente en juego. Mirando las carteras y joyas desparramadas ante ella, como

las numerosas piezas de la clase de crucigrama en el que trabajaba todos los domingos, Victoria resolvió analizarlos utilizando las tradiciones de la lógica e intuición, que tan buenos servicios habían prestado a Holmes y Dupin. O, al menos, iba a intentarlo.

Nacida bajo el signo de Acuario, el mismo de Darwin y Galileo, estaba decidida a emprender su investigación de manera científica, sin precipitarse en las conclusiones. Por consiguiente, empezó con un análisis de los efectos robados. ¿Revelaba algo su naturaleza? ¿Había algo en alguno o todos los objetos esparcidos enfrente de ella que poseyera un significado particular? Puso los relojes en una pila, las joyas en otra, las carteras en una tercera, y los objetos diversos en una cuarta. Tras un atento examen de cada artículo, Victoria decidió que lo más notable de todos esos efectos era su carácter corriente. Ningún valioso diamante, ninguna pieza de oro macizo o platino; este era un material que pertenecía a la clase media trabajadora: funcional, vulgar, lucido o llevado encima con protector orgullo.

A continuación, de los nombres en las carteras y grabados en las joyas, hizo una lista alfabética, que iba de Allen a Weller. Estudió los nombres en busca de una pauta que los interrelacionara, familiar o racialmente. Más que nada esperaba encontrar un predominio de italianos; a causa de libros recientes y películas, su mente los asociaba de inmediato con la violencia. Pero preponderaban los nombres ingleses, con abundante presencia de alemanes y chinos, así como italianos, junto con varios centroeuropeos y un latino.

El aspecto más importante de la investigación comenzaría ahora. Antes de ponerse a ello, Victoria se tomó otra taza de Ching Wo y se desperezó para aliviar el dolor de espalda que le había cogido al permanecer encorvada tanto rato. Había ido en bata y con sus raídas zapatillas favoritas todo el día. Este era su atuendo dominical, que llevaba cuando disponía de tiempo para disfrutar de buen té y buenos libros y de un programa especial en televisión, y para permanecer en la ventana y contemplar con nostalgia a las parejas que paseaban hacia el Muelle del Pescador.

Reunió todos los carnets de identidad, tarjetas de crédito y fotografías de las carteras y los amontonó sobre el escritorio. En una gran hoja de papel pautado escribió a los pasajeros a lo largo del

lado izquierdo, y en la parte superior apuntó cuatro encabezamientos: Edad, Dirección, Profesión, Organizaciones. Con el quisquilloso esmero de una experta bibliotecaria, examinó cada documento y apuntó la información apropiada bajo la categoría correspondiente. Una vez lo hubo hecho, analizó los datos. Estaba claro que muchos de los pasajeros eran mayores, su promedio de edad era de cincuenta y tres años, si bien media docena de ellos estaba por debajo de los treinta. Casi todos procedían de San Diego y comunidades cercanas: La Mesa, Lemon Grove, National City, Paradise Hills. La variedad de profesiones la desalentó; estas iban de enfermera e ingeniero a mecánico de aviones y barbero. Supuso que aquellos que carecían de identificación profesional eran amas de casa y jubilados. Había depositado todas sus esperanzas en las organizaciones, pero en este punto también se llevó una decepción. Lo que descubrió fue varias afiliaciones de salud y de créditos, los datos impersonales de un mundo computerizado. Finalmente, su detenido examen de las fotografías confirmó su presunción de que esas personas habían llevado vidas vulgares, ordenadas y decentes. La mayoría de las fotos mostraban a niños pequeños o madres jóvenes con bebés en los brazos, o guapas muchachas posando en jardines o playas o canosas parejas de pie frente a casas modestas.

Victoria apartó los documentos de un manotazo y apoyó los codos sobre el escritorio, oyendo a intervalos los estridentes chillidos de las gaviotas del puerto. Entonces cogió un recorte de periódico del cajón del escritorio y lo releyó. Era una noticia sobre el accidente, no más de quince líneas, que informaba de que un autocar de San Diego, de regreso de un viaje por los estados occidentales, se había despeñado en la Carretera de la Costa. Comprendió con tristeza que sus laberínticas pesquisas no habían descubierto más que eso. Su gran esfuerzo había simplemente confirmado lo que decía el artículo: el autocar procedía de San Diego y llevaba a turistas. Y la noticia incluía una información que la pila de objetos no facilitaba: el nombre de la compañía del autocar.

Ella y Edna Sutton habían sido amigas desde la infancia. Edna era una Libra con su luna en Leo, y de acuerdo con semejante combinación astrológica, era alta y delgada y poseía los etéreos rasgos de alguien dedicado a la vida espiritual. Era una Libra

artística, cuya luna alentaba su generosidad, pero ambos signos se combinaban también para hacerla un tanto simplona y una presa fácil de la adulación. Ella y Victoria habían enviudado el mismo año, y una vez habían emprendido juntas un agradable viaje a México. De la docena de personas que Victoria conocía en San Diego, eligió llamar a su vieja amiga para solicitar su ayuda.

Apenas había Edna contestado al teléfono, cuando Victoria le explicó sin rodeos la muerte de Warren, le habló de la heroína en la habitación del motel, de las injustas suposiciones hechas por la policía. Victoria no mencionó, con todo, el robo del autocar... las estrellas le habían concedido la virtud de un carácter más prudente que el de Edna.

Al final de este rápido relato, Edna empezó a sollozar y lamentarse, «oh, Vicky, oh, Vicky», y Victoria pudo imaginar la cara delgada, de pómulos altos, los grandes ojos saltones, los lívidos y temblorosos labios. Victoria esperó que el sincero arranque se calmara, luego, con la voz seca que reservaba para conferenciar con los investigadores en la biblioteca, anunció que al día siguiente haría un viaje en autocar.

—¿Qué, Vicky? ¿Un... viaje en autocar? —Los lamentos fueron repentinamente sustituidos por atónita incredulidad—. Vicky, ¿qué has dicho?

—Mañana voy a coger el autocar de San Diego. La línea Western Tour.

—¿Así que mañana estarás aquí? ¿Para el funeral?

—Deja que me explique, Edna. No iré a San Diego para el funeral. Iré para coger un autocar a propósito del asesinato de Warren. ¿Lo entiendes?

—Oh, Vicky —la voz tembló a causa del desconcierto, la aflicción; Edna había conocido a Warren, y no había tenido dificultad alguna en quererlo como quería a su amiga.

—Edna, quiero que hagas algo por mí.

—¡Lo que sea!

Victoria iba a perturbar aún más a la pobre Edna con esta petición: quería que Edna efectuara las gestiones para la incineración de Warren, y no solo esto, sino también para un «entierro en avión». Poco después de abandonar el hospital, Warren había llegado una noche al piso de Victoria, borracho, murmurando

acerca de la muerte. Se había sentado en el sofá, bebiéndose el *whisky* que ella guardaba para las visitas y para Navidad, declarando que cuando muriese quería ser incinerado y que sus cenizas fuesen esparcidas desde un avión sobre el Pacífico. ¡Cuán propio de él era eso! Y Victoria había jurado solemnemente, ante su insistencia aquella noche, hacer los arreglos para su disposición exactamente de este modo en caso de que muriese antes que ella. Había aceptado, tal vez, porque nunca soñó que le sobreviviría. Ahora su promesa debía ser cumplida. Se lo explicó a Edna, cuya respuesta fue una rápida inspiración, un susurrado «Vicky».

—¿Querrás efectuar estas gestiones, Edna?

—Claro que sí —repuso su amiga al instante—. ¿Pero tú no estarás allí siquiera?

—Es «vital» que coja el autocar mañana. No hay otro durante tres días. Debo hacerlo, Edna.

—Si debes, debes. Claro que arreglaré las cosas. Pero no comprendo...

—Algún día, cuando haya tiempo, te lo explicaré todo. —Victoria echó un vistazo a su reloj, un Longines, que era el último regalo que su marido le hiciera, con la inscripción en el dorso: «Para mi querida esposa».

—Edna, tengo que prepararme ahora. Hacer la maleta, las reservas, y mañana antes de marcharme, tengo que pasar por el banco —De nuevo apareció la imagen en su mente: la cara delgada, los ojos luminosos, los labios pálidos de tensión—. Querida amiga —dijo Victoria suavemente—, no me juzgues por lo que hago, por favor.

—No lo haré. Nunca lo he hecho. Haz lo que debas, y yo haré lo que me corresponde.

Y Edna lo haría; Victoria podía contar con ello. La leal Edna realizaría las gestiones para el extraño funeral, tan desagradable a sus propias creencias, como si el esparcir unas cenizas sobre el océano fuera el modo más puro de reunirse con Dios, como si Warren fuera su propia carne y sangre y sus opiniones fueran las suyas. Victoria se dejó caer en una silla después de su llamada telefónica, entregándose a viejos recuerdos de Warren, luego de Edna en México, el rostro beatífico ante la primera visión del Popocatepetl... ¡qué vulnerable era una mujer de sesenta años a las

imágenes del pasado! Se incorporó, y llamó en primer lugar a una línea aérea, acto seguido a la compañía de autocares Western Tour, en San Diego. Había muchas cosas que hacer antes de irse a la cama, no quedaba tiempo para el lujo del dolor. Toda su vida Victoria Welch se había enfrentado a la calamidad y al infortunio de esta enérgica manera, con tenaz autocontrol. Incluso cuando había ocurrido lo peor —su marido desplomándose una tarde a causa de un fallo cardíaco—, su reacción había sido inmediata, práctica, y, en mejores circunstancias, podría haberle salvado la vida. En los segundos que duró su ataque, Victoria se había arrodillado para hacerle el boca a boca, golpeándole el pecho con un puño, tan resuelta como un hombre, en un esfuerzo por estimular la actividad cardíaca. Para ciertas personas, este dominio de sus sentimientos había sido una muestra de frialdad; se habían quedado perplejas y, en su fuero interno, ofendidas por la presencia de ánimo de una mujercita sumisa. No comprendían que, aunque alguien como la jefa de bibliotecarios Sackman pudiera pisotearla por nimiedades, si surgiese una crisis Victoria Welch estaba preparada para hacerle frente con su sol en Acuario y su luna en Aries, puesta su confianza en las ideas claras, la acción inmediata y una voluntad de hierro.

Una única pregunta asediaba a Alexander Boyle, sentado en su despacho con la puerta cerrada: ¿Dónde había ocultado el muchacho esos efectos personales? Ahora parecía probable que Shore los hubiera dejado a otra persona que a Julie Saunders, antes de dirigirse al sur, hacia el zoo. Shore tenía abundante dinero para el viaje, por lo tanto no existía motivo alguno para acarrear los efectos por todas partes. Pero si no se los había dejado a Julie, ¿entonces a alguien del sórdido hotel de North Beach? Esto era poco probable, porque los hoteles de ese tipo eran casi tan seguros como la calle Market a medianoche. Según probaba la libreta del muchacho y por lo que Boyle había visto de su conducta, había sido un paranoico a la vez que obsesivo, una combinación que daba a entender que solo se fiaría de alguien que hubiera merecido su plena confianza en el pasado. Pudiera ser una chica, un compañero del ejército, posiblemente un pariente. Debido a su irascible carácter, sin embargo, era dudoso que Shore hubiera hecho amistades fácilmente en el servicio o, después de su licenciatura, entablado una sólida relación con una chica. Pero ¿qué clase de

pariente aceptaría la custodia de una bolsa llena de relojes y joyas sin mostrarse receloso? Solo alguien poco honrado, estúpido o sumiso.

Y así Boyle retornó a la pregunta, persiguiéndola como una ardilla en una rueda de andar. Sacó la libreta, esperando que otra ojeada a la misma pudiera proporcionarle una nueva orientación, y, estaba volviendo las páginas lentamente, cuando sonó el teléfono. Se puso de pie, abrió la puerta, y llamó al señor Vertrees, que estaba sentado con una revista en la galería.

—Si es la señorita Saunders —le advirtió Boyle—, no estoy y no sabes cuándo volveré.

Con una sonrisa afectada, el flaco joven entró sin prisa en el despacho y contestó al teléfono.

—Galería Boyle. ¿Sí? ¿Quién es, por favor? Entiendo. Sí. Pues lo siento, pero ha salido. No, no sé cuándo. ¿Le importaría dejarme su número? Entiendo. De todas maneras, le diré que ha llamado. —El señor Vertrees colgó el teléfono, su mirada coincidió un instante con la de Boyle, y, sin una palabra, regresó a la galería, cerrando tras él la puerta de la oficina.

Expulsando el recuerdo de incienso, cojines rojos y suave piel blanca, Boyle recogió la libreta. Pasó páginas hasta llegar a los números telefónicos. ¡Claro!, había olvidado por completo el número de la biblioteca con su manchada extensión. ¿Por qué querría un chico inquieto y despistado como Warren Shore apuntar el número de una biblioteca? Decididamente, no era de los que se pasan el día estudiando en un escritorio o rondando por las estanterías de libros. Había tenido un sitio más vivo por el que rondar.

Era una escasa esperanza, pero Alexander Boyle estaba dispuesto a aferrarse a cualquier cosa. Abrió la puerta del despacho y le dijo a Vertrees que iba a salir.

Señorita Sackman, jefa de bibliotecarios. A ella correspondía la primera de las nueve extensiones que empezaban con el número tres.

Aguardó en un reducido pero immaculado despacho durante casi diez minutos antes de que una mujercita de cierta edad entrara con paso majestuoso, su boca moviéndose ya.

—Siento que haya tenido que esperar, señor, hoy estoy

terriblemente ocupada con todo el mundo fuera por alguna u otra razón y me toca hacer todo el trabajo, ¿en qué puedo servirle? —La mujercita, tal vez a mitad de los sesenta, vestía un arrugado vestido estampado, de un rojo chillón, demasiado juvenil para ella, y una trenza postiza de color castaño que no casaba con el gris esencial de su propio cabello. Sin esperar respuesta, continuó—: La gente cree que no tenemos más que hacer que sentarnos por ahí y leer libros. ¡Libros! ¡Ja! Parece que yo nunca tengo tiempo para ellos y, sin embargo, la gente me mira pasmada cuando digo que ni siquiera he abierto el último *best-seller*. ¿Señor?

Boyle abrió su cartera y le tendió un carnet de investigador privado. La señorita Sackman se puso las gafas que colgaban de su cuello de un cordón de piel. Examinó prudentemente la falsa credencial de Boyle.

—Cuando la señorita Claremont me dijo quién era usted, no pude creerlo; me dije a mí misma que qué podía querer un hombre así de mí, pero aquí está usted, ¿verdad? Por favor, siéntese —le invitó con entusiasmo, dejando caer a su vez su considerable volumen en una silla giratoria detrás de un escritorio sin una hoja de papel encima—. Aquí no vienen investigadores cada día, sabe usted. Es una vida estrictamente organizada la que llevamos, pero agotadora, puede estar seguro, aunque la gente cree que no tenemos nada mejor que hacer que leer, leer, leer. Pero yo evito las novelas por principio. ¿Usted no? —Se rio entre dientes e hizo un amplio gesto con la mano—. Pero es evidente que usted ha venido en busca de información, ¿verdad? ¿Se trata de uno de nuestros lectores de revistas?

Boyle estaba pensando en una contestación cuando ella añadió:

—Puede confiar en mí, señor. En lo tocante a las confidencias, soy una tumba —Se inclinó hacia delante, una expansiva sonrisa en su cara por el anticipado placer de la colaboración—. La gente cree que no sé lo que pasa en este sitio, me ven ir y venir y piensan, bueno, está demasiado atareada para darse cuenta. Pero nunca se me escapa nada de nada y entre usted y yo sospecho de más de uno de ellos. Hablo de esos lectores de revistas.

—Señorita Sackman...

—La manera en que salen de la calle y están todo el día sentados con una revista... Pienso: «Mírales, no tienen ni idea de leer, están

tramando alguna cosa. Conspirando o algo». Por supuesto que algunos no tienen adónde ir, pero he visto a muchos que despiertan mis sospechas. Están preparando algo en detrimento de otras personas o de esta comunidad. Lo están, si conozco yo la naturaleza humana. Tengo dos cosas a mi favor, señor... rigurosa atención al detalle y conocimiento de la naturaleza humana.

—Sí. Señorita Sackman, estoy buscando a un joven que puede estar relacionado de alguna manera con su biblioteca y...

—Si lo está, yo lo sabré.

—Y todo lo que tengo para seguir adelante es su nombre, así que le agradecería...

—¿No proceden siempre así ustedes los investigadores? Empiezan con casi nada y construyen. Nunca he sido una aficionada a los relatos de misterio como algunas personas que conozco —hizo un rápido movimiento despectivo con la mano—. Mi responsabilidad aquí no me deja tiempo para este tipo de frivolidad. Ni siquiera dispongo de tiempo para el periódico dominical. Los fines de semana hay tantísimo quehacer en mi piso, mis listas, por ejemplo —Le echó una confidencial mirada de soslayo—. ¿Hace usted listas, señor? Las encuentro indispensables. Yo hago una lista completa una vez por semana del contenido de mi nevera —declaró orgullosa—. Así es como conservo fresca mi comida, entiende, y permítame decirle que la gente que asegura ser capaz de recordar algo sin apuntarlo solo se engaña a sí misma. El orden depende de llevar un cuidadoso registro. Mi padre me lo enseñó. Pero le estoy diciendo algo que usted ya sabe porque como investigador está usted entrenado, ¿ha hecho una lista mental de todo lo que hay en mi despacho? ¿Lo ve? ¡Sé que lo ha hecho!

—Señorita Sackman —continuó Boyle apresuradamente, mientras ella hacía una pausa para recobrar el aliento—, se llama Shore.

—¿Shore? —La mujercita negó con la cabeza enfáticamente—. Aquí no hay nadie con ese nombre.

—Tal vez lo recordará por su aspecto. Lleva una barba negra y un largo abrigo.

—Y se pasa la mitad del tiempo sonándose la nariz. Es su extraño sobrino.

—¿Perdón?

—El extraño sobrino de Victoria Welch. Lo único que llegó a contarme de él es que fue un héroe de guerra, pero si me pide mi opinión, parece uno de esos soldados que mataban niños en Vietnam. Meditabundo y violento. Para mí que está drogado y la barba y ese abrigo...

—¿La señora Welch trabaja aquí?

—Señorita, aunque es viuda y creo que profana su memoria el usar señorita, pero ella opina que le da un aire de independencia. Murió simplemente así —la señorita Sackman chasqueó los dedos—. Estoy hablando de su marido. Pero a mi entender pesaba en exceso... ella no vigilaba su dieta —La mujercita miró con ojos de lechuza a Boyle—. Ustedes los hombres deben vigilar su dieta porque leí en una revista de medicina que es ante todo una enfermedad del varón. Siempre que tengo ocasión de leer concentro mi atención en las revistas de medicina porque es allí donde están los hechos, los hechos innegables. Victoria es mi ayudante en el área de préstamo, ya que me vi obligada a quitarla de Referencia por meter la nariz en un libro, a pesar de la fuerte oposición del personal, no me importa decírselo. El personal no tiene ni idea de los problemas administrativos. Pero luego muchos de ellos están de su lado porque ella estaba aquí antes que yo. Simplemente, la pobre nunca se ha adaptado al hecho de que a mí me contrataron con categoría superior a la suya porque en esta posición lo que se necesita es alguien con sentido del orden. Se lo digo porque usted está buscando hechos, pero ser una bibliotecaria no significa desaparecer entre las estanterías como algunas personas que conozco para leer un libro a solas. En el registro solamente ya tenemos tres personas que lo hacen. Cuando he dicho que...

—¿Está aquí ahora?

La pregunta, al interrumpir su hilo de pensamiento, pareció desconcertar momentáneamente a la señorita Sackman.

—¿Se refiere a Victoria Welch? No. No está.

—¿Ha ido a comer?

—En San Diego, donde su sobrino murió repentinamente justo anteanoche creo que fue, aunque con Victoria nunca se puede estar segura de los hechos. Le encontraron en un motel de no sé dónde, creo que dijo, y si esto no es sospechoso me gustaría saber qué lo es. Pero le di permiso para que fuese allí y pusiera las cosas en orden,

pobre muchacho, ¿qué es lo que hizo?

Boyle se había girado y, con un escueto gesto de despedida, se disponía a salir del despacho.

—¿Eso es todo?

—Gracias —dijo Boyle, abriendo la puerta.

—¿Qué hizo el muchacho? —La señorita Sackman comenzó a levantarse.

—No estoy investigando su muerte, señorita Sackman.

—Muy bien —contestó de mala gana—, pero dígle a Victoria Welch, y estoy segura de que lo hará durante su investigación sea esta cual fuere, que si ese muchacho murió en circunstancias sospechosas o se vio envuelto en un tiroteo con la policía o involucrado en drogas o violación o cualquier cosa, la ayudaré en la medida de mis posibilidades. Es mi trabajo entiende y yo...

Boyle cerró suavemente la puerta tras él y una chica de la mesa de registro le dijo dónde vivía Victoria Welch. Cuando salía de la biblioteca, entrevió por última vez a la corpulenta mujercita, las gafas montadas en su nariz, espiándole a través de un resquicio de la puerta de su despacho.

Eran casi las tres cuando llegó al edificio de pisos de Victoria Welch, ubicado junto al Muelle del Pescador. En el zaguán encontró el número de su piso y subió hasta el cuarto. El sombrío vestíbulo estaba alumbrado por bombillas de pocos vatios y el acre olor a pescado que flotaba en la atmósfera, procedente del muelle, impregnaba el pasillo como aire pantanoso. De algún modo no había esperado que una bibliotecaria viviese en un edificio tan sucio y destartado. Aguardó unos momentos en el rellano, atento a los sonidos que pudieran provenir del piso de enfrente al de Victoria Welch o del superior. El edificio estaba silencioso. Boyle sacó un trozo de tela de su bolsillo y lo desató, descubriendo media docena de piezas de aceitado metal azul con la forma de delgadas espátulas. Al tercer intento encontró una ganzúa que funcionaba, y aun cuando nunca se le había dado bien manipular cerraduras, con esta lo logró en menos de un minuto. Se puso guantes, entró en el piso, y en el transcurso de la siguiente hora registró sistemáticamente el dormitorio, la sala de estar y la cocina.

Los efectos personales no estaban allí.

Fatigado, Boyle se sentó en el sofá, asimilando la amarga

certidumbre de que, si bien nada había descubierto, la ocupante de este piso era, con Julie Saunders, el único vínculo con los efectos personales de que aún disponía. Esa charlatana de vieja bibliotecaria, la señorita Sackman, había acertado en una cosa: su investigación le conduciría, con el tiempo, a Victoria Welch. Aquí en su piso Boyle tenía la oportunidad de estudiarla antes de que se encontrasen. El mobiliario tenía mucho en común con el edificio, sucio y destartado. Esta era una mujer que prefería lo funcional a lo estético. Las paredes estaban desnudas salvo por librerías y un par de fotografías enmarcadas. Boyle se puso de pie y deambuló de aquí para allá, mirando los títulos de los libros: Shakespeare, una colección de Dickens, volúmenes de historia —lo que esperaba de una bibliotecaria— y todo un estante de libros de astrología, cosa que le sorprendió. Se detuvo para mirar largamente dos fotografías enmarcadas de una pareja de mediana edad en ceremoniosa pose. El hombre era calvo, su cara cetrina y nudosa, y las gafas con montura de acero le conferían una expresión gravemente juiciosa. La mujer era poco atractiva, sus ojos demasiado pequeños y su nariz demasiado grande, su pelo gris muy rizado y fuera de control, y, con todo, su ancha sonrisa y sus hoyuelos parecían dominar las dos fotos. Boyle recordó haber visto un álbum de fotografías en el escritorio, de modo que lo sacó y se sentó con él en el regazo, como un invitado dispuesto a hacer comentarios favorables acerca de la historia de la familia de alguien. Las fotos estaban ordenadas cronológicamente, por lo tanto se saltó las más antiguas, que mostraban a dos chiquillas gordezuelas en recintos de arena y columpios, y pasó a las de dos flacuchas adolescentes, posiblemente Victoria Welch y su hermana... ¿la madre de Warren Shore? Boyle volvió rápidamente páginas de grupos de chicas rientes y parejas jóvenes que posaban debajo de arcos de escuelas y en jardines, bebiendo cerveza, luego se detuvo en una de una joven pareja de pie ante una amplia extensión de playa. Esta había sido Victoria Welch en su juventud, una chica robusta, alegre y melenuda, en bañador de una pieza, muslos musculosos pero bien proporcionados, pechos grandes y firmes, evidentemente codiciada por el atlético joven cuyo poderoso brazo le ceñía los hombros. No guardaba el menor parecido con el hombre calvo con gafas que aparecía en una fotografía posterior, su pelo ya escaso, luciendo un

esmoquin, junto a Victoria Warren vestida de novia. Luego venían fotos de ellos con otras parejas en barcas o ganduleando en *campings*. Boyle reconoció de nuevo a la hermana, que se había convertido en una hermosa mujer y estaba acompañada por un hombre diferente en casi todas las fotos. Por último, un hombrecillo de aspecto bastante agotado y ojos intensos aparecía con frecuencia y al fin estaba junto a ella en una foto de boda, con Victoria y su propio marido colocados al otro lado. El resto del álbum estaba dedicado principalmente a fotografías de un bebé en los brazos de la hermana y luego a un chico flacucho con los ojos intensos de su padre. En cierto punto el marido de Victoria desaparecía de las fotos, y en otro, también la hermana y su marido. Una más rolliza y canosa Victoria Welch estaba siendo observada por un muchacho en una moto, un muchacho que jugaba al tenis en pantalones cortos demasiado grandes para él, un muchacho que asomaba de un coche, su boca inmóvil en una severa línea. En estas fotos Warren Shore empezaba a adquirir los rasgos que Boyle había visto por última vez abalanzándose hacia la puerta del motel. En la fotografía final del álbum, Victoria Welch cogía de la mano a un ceñudo joven soldado enfrente del edificio de pisos en el que Boyle entrase una hora antes.

El álbum contaba la historia con inconfundible claridad. Victoria Welch era una viuda sin hijos que había colmado de atenciones y afecto a su sobrino que se había quedado huérfano.

Boyle descolgó el teléfono, llamó a Hirschorn, y le pidió que consiguiera el nombre de la funeraria de San Diego a la que Warren Shore había sido trasladado desde el depósito de cadáveres a petición de su tía.

—Comunicámelo a la galería —dijo Boyle.

—¿Vas a volver a San Diego? —inquirió Hirschorn.

—Eso parece.

—Sin duda estás haciendo ejercicio. ¿Qué tal la dieta?

—Ja —gruñó Boyle, colgó, y abandonó el piso.

Boyle estaba solo en la galería, ordenando sus asuntos para el viaje del día siguiente. Habló por teléfono con su contable, un comprador, un crítico de una revista local, y una compañía de transporte especializada en distribución de arte. En cuanto sonó el teléfono, pensó que era Hirschorn que llamaba con la información.

Pero era Julie Saunders.

—Te he llamado tres veces —afirmó—, pero ese ayudante tuyo se negaba a decirme dónde estabas.

—No lo sabía.

—¿Es mono?

—Sospecho que opinarías que sí.

—No me gusta el tono de tu voz.

—¿Por qué no?

—Es frío. ¿Estás enfadado?

—Claro que no.

—No entiendo por qué me dormí de ese modo. ¿Qué diablos metiste en el champaña? Al menos podrías haberte quedado toda la noche. Al fin y al cabo, me habría despertado tarde o temprano —Su risa fue corta y radiante—. Quiero decir, ¿no tenemos un asunto pendiente?

—Desde luego que sí. Mira, Julie, no me eches la culpa. No estoy enfadado, solo estoy terriblemente ocupado.

—Eso es lo que dicen todos. —Comenzaba a parecer resentida. A continuación podía ponerse a llorar. Boyle se resistía a creer que una joven tan atractiva estuviera realmente interesada por él, y durante un momento se avivaron sus sospechas. ¿Se habría ya enterado del asesinato de Warren Shore y le relacionaba con él? Pero si lo creyera un asesino, ¿juzgaría conveniente tanto empeño en despertar su interés? ¿Tenía los efectos robados y estaba maquinando alguna ingeniosa artimaña para conseguir una buena recompensa por su devolución? Pero si estaban en su poder, ¿no sabía que no valían una intriga elaborada? A pesar de todo, parecía probable que su único motivo para desconfiar de Julie Saunders fuera su aparente interés por él. No haría falta un estudioso de la naturaleza humana mejor que la jefa de bibliotecarios Sackman para comprender que lo que realmente le incomodaba era la sinceridad de los sentimientos de la chica por un hombre maduro.

—¿Sigues ahí? —le preguntó ella, malhumorada.

—Estaba pensando... ¿podríamos vernos hacia finales de semana?

—¿Cuándo? —exigió ella.

—Bueno, ¿podría llamarte?

—Si lo quieres así.

—No lo quiero así, pero...

—Alex, basta ya de juegos. Si prefieres no volver a verme, entonces simplemente no lo hagas. Lo único que pasa es que en estos precisos instantes no hago más que pensar en ti y no puedo remediarlo. Me comporto como una tonta porque estoy enamorada o creo que lo estoy o lo que puñetas sea. No digas nada. Odio a las personas que fuerzan a los demás. Ahora voy a colgar.

—Llamaré.

—Buena suerte, Alex.

—Llamaré.

Oyó el clic del teléfono, y, en el silencio subsiguiente Alexander Boyle quedó convencido de la sinceridad de la chica. Encendió un cigarrillo, y, de muy buen humor, telefoneó a una cafetería para que le mandasen dos hamburguesas con queso completas y una ración de patatas fritas. Tenía que celebrarlo de alguna manera. No era que esperase volver a verla, pero, después de todo, no ocurre todos los días que un hombre de su edad atraiga a una hermosa joven. Así que ahí estaba él, confiando en ella. En su trabajo, era torpe y temerario creer en alguien. En más de una ocasión había visto en los viejos tiempos los resultados de la confianza: un cadáver flotando en la bahía era solo la más simple de las consecuencias.

Se sentía abatido cuando el repartidor llegó con su encargo, y durante un par de minutos dejó enfriarse la comida antes de probarla. Estaba a mitad de la segunda hamburguesa cuando volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Hirschorn con el nombre de la funeraria. Se habían efectuado gestiones para la incineración y el esparcimiento de las cenizas sobre el Pacífico.

—Hay otra cosa que deberías saber —dijo Hirschorn—. Las gestiones no fueron realizadas por la tía del muchacho, sino por una tal Edna Sutton.

—¿Quién es?

—El director de la funeraria dijo que una amiga de la familia.

—Sí, es algo que debería saber.

—Y otra cosa: Hopkins se está poniendo nervioso. No está satisfecho y no lo estará hasta que tengamos de nuevo los efectos personales.

—No hace falta que me leas la cartilla.

—Lo sé, pero él quiso que te lo recordara.

—Dile que todavía no estoy en un callejón sin salida.

—Ya sé que no lo estás. Puede que sea nuestra edad, Alex. Fíjate en mi negocio, por ejemplo. Cualquiera pensaría que en el campo de los bienes raíces no influye en lo más mínimo, pero no es así. Los clientes prefieren hacer sus compras a un joven, por lo tanto dispongo de dos para atender al público. Lo que hago yo es redactar los contratos. Alex, estamos llegando a la edad en que la gente pierde confianza en nosotros.

—Solo así no la perdemos en nosotros mismos.

—Di que sí, muchachote. ¿Qué le digo a Hopkins?

—Lo que te he dicho antes... que todavía no estoy en un callejón sin salida.

—Di que sí, muchachote.

Pero tras colgar el teléfono, Boyle no estaba tan seguro de sí mismo. Al principio había metido la pata al no revisar el autocar mientras Tony Aiello cambiaba la manguera del combustible, y justo desde entonces había estado dando tumbos en la oscuridad apenas con la luz necesaria para evitar perderse por completo. Contempló la hamburguesa a medio comer y la apartó con desdén. No tenía derecho a romper su dieta porque estuviera nervioso o descontento. ¿Porque estuviera contento? No había por qué estarlo. En cuanto a eso, Julie Saunders no estaba del todo libre de sospechas. ¿Y qué si Shore hubiera sido realmente su amante? ¿Vengaría ella personalmente su asesinato si pudiera? Julie tenía bastantes agallas, era apasionada. O, atendiendo a su deseo de conseguir dinero para viajar —después de todo, vendía su cuerpo por ello—, ¿veía en esos vulgares efectos personales una posible oportunidad para el chantaje? Las circunstancias bajo las que Warren Shore los había robado podían hacerle pensar que tenían un valor especial para alguien. Eso podía explicar por qué perdía el tiempo con un hombre lo bastante viejo para ser su padre. Inexorablemente, Boyle la imaginó inspeccionando su cuenta bancaria semana tras semana y mes tras mes, haciendo proyectos para el día que contara con los fondos necesarios para un viaje en reactor a

Hong-Kong

, un crucero a Calcuta. En cuanto consideró las posibilidades

fríamente, hubo de admitir que no estaba libre de sospechas en absoluto.

Con momentánea vacilación, Boyle recogió la hamburguesa fría y la engulló furiosamente. Luego encendió otro cigarrillo e inhaló a fondo, amargamente consciente de que su actual misión y la vida ascética no eran más compatibles que un hombre de su edad y una hermosa joven.

5

ASÍ, QUE INCREÍBLEMENTE, aquí estaba: sentada junto a la ventanilla, mirando, a través de verdes campos de regadío, las lejanas montañas envueltas en neblina azul, mientras a su lado roncaba una gorda. Victoria echó un vistazo a la durmiente Piscis, al arrugado vestido, a los carrillos que se inflaban como globos, los capilares que recorrían su cara rojiza y alcohólica. Esa era una auténtica Piscis, indulgente y destructiva, que, la noche anterior, se había emborrachado hasta perder el sentido en un restaurante de Yuma. Le había costado a Victoria menos de un día descubrir los signos astrológicos de los treinta y ocho pasajeros, y esta mujer gorda y desdichada era la única Piscis, lo cual la indujo a pensar en su pobre sobrino, quien había nacido también bajo ese malhadado signo. Que se riera la gente... los signos nunca mentían. Una vieja solterona apergaminada, enfrente de Victoria, le ofreció un trozo de chicle. Desde el preciso instante de su partida de San Diego, el pasado mediodía, la anciana señora había estado asediando a todo el mundo con caramelos y revistas y consejos para un viaje saludable... una Leo, generosa hasta el exceso, demasiado ocupada con ayudar para admitir su propia estupidez. Desde el centro del autocar Victoria miraba por encima de las cabezas de los pasajeros, emocionada y aturdida por la certidumbre de que solamente ella no era lo que aparentaba. Sin duda, esta sensación de resuelto alejamiento de las demás personas era secretamente apreciada por los detectives. De vez en cuando se sentía culpable por disfrutar de una emoción parecida, porque en cierto modo era a expensas de

Warren. Con todo, no podía evitar el sentir placer al poner en práctica sus poderes de observación, conforme examinaba las hileras de personas. Gente como esta debía de haber emprendido el mismo viaje, de manera idéntica en un autocar semejante hacía solo unos días: viejos la mayoría, unas cuantas parejas con niños pequeños, y todos ellos formales ciudadanos de clase media quienes, por razones de dinero o salud, habían elegido visitar los estados occidentales por medio de un recorrido en autocar con guía.

¿Qué habrían visto o hecho esas otras personas para que terminasen no solo como cadáveres rígidamente sentados, en una calle de San Francisco al amanecer, sino también despeñados, horas después, por un acantilado en un presunto accidente? Victoria se proponía duplicar aquellas fatales circunstancias por medio de efectuar un recorrido idéntico en la misma línea de autocares, y, si bien era improbable que se produjesen acontecimientos similares, podía ser capaz de reconstruir cuáles habían sido tales acontecimientos. Si su determinación requería un apoyo, a Victoria le bastaba con echar una ojeada a la Piscis que roncaba a su lado y la visión de su infortunado sobrino le venía en el acto a la memoria.

La gorda respiraba con ruido, incómoda en medio de su sueño alcohólico. Victoria estuvo a punto de acariciar su mano rolliza, que se tensaba espasmódicamente, con el fin de aquietar sus temores.

Tras navegar durante una hora por el lago Mead en una embarcación turística y dar un breve paseo a pie por la presa Hoover, regresaron al autocar. Al aproximarse al aparcamiento bajo una fresca bóveda de árboles de hoja perenne, Victoria se esforzó en mantenerse cerca del conductor, que hacía las veces de guía. Como había decidido comenzar su investigación con él, Victoria lo había estado «cultivando», por emplear un sinónimo de comportarse con simpatía que su madre le enseñara, junto con «leer» a la gente y evitar los compañeros «rápidos». Victoria «cultivó» al conductor por medio de describirle los mejores rasgos de su signo, Sagitario: curiosidad, energía, intenso sentido del humor. De vuelta al autocar, explotando su sagitariana tendencia de hablar demasiado, pronto se enteró de que hacía una década que trabajaba para la línea de autocares, era padre de tres niños, y le encantaba viajar.

—También puedo adivinar —le dijo Victoria al fornido hombrecillo—, que es usted un atleta.

El señor Carver esbozó una amplia sonrisa.

—Sí que lo fui, cuando era un chaval. Fíjese en esto. —Se remangó su chaqueta azul y se desabrochó el puño de la camisa, revelando una delgada cicatriz que le iba de la muñeca hasta el antebrazo.

—Tres sujetos me dieron un susto en el Parque Balboa el año pasado. Uno de ellos me cortó, pero en cuanto llegó la poli ya había tumbado a dos. Debían de tener quince años menos que yo.

Victoria examinó la cicatriz con apropiado respeto, pensando, sin embargo, en la herida muchísimo más terrible que había recibido su sobrino en Vietnam. Le dijo al señor Carver:

—Yo no soportaría tener la responsabilidad de proteger las vidas de tantas personas, como hace usted.

—A mí me gusta —repuso con orgullo el conductor.

—Pues puede ser peligroso de veras.

El señor Carver aminó el paso y le miró de soslayo.

—¿Y eso?

—¿No sufrió un autocar de su línea un terrible accidente hará solo unos días?

La cara del señor Carver se nubló, su boca se puso tensa.

—Un buen amigo mío conducía ese autocar.

—Qué horrible debió ser para usted.

—Es el primer accidente así que hemos tenido. Resulta difícil de creer, se lo digo yo. Nunca hubo un conductor mejor que Paul Reskin —Habían llegado al autocar cuando el señor Carver cogió a Victoria del brazo para ayudarla a subir la escalerilla—. Pero no se preocupe, señorita Welch. Ese accidente fue uno entre un millón.

—Oh, no lo haré, con usted al volante. —«Uno entre un millón», repitió para sus adentros.

En la última etapa del recorrido del día, Victoria estaba sentada a solas, ya que la Piscis se había trasladado a una fila vacía al fondo del pasillo. Eso era típico de un Piscis, típico también del pobre Warren, que siempre había sido un solitario. Pero con un poco de suerte y más tiempo, pudiera haber aplicado su melancólico temperamento a mejores usos.

Victoria estaba tan absorta en los pensamientos acerca de su sobrino que no vio a la arrugada vieja Leo ofrecerle una chocolatina. Las paredes de los cañones en lontananza estaban en

llamas por el ocaso, y el refulgente color semejaba acelerarle la sangre, elevar su propósito hacia nuevas cimas de seguridad. Cuando por fin reparó en la barra de chocolate, la cogió dándole tan pródiga y enfáticamente las gracias que la vieja se la quedó mirando embobada.

El autocar llegó a Las Vegas después del anochecer; las titilantes luces de la ciudad recordaban una nube de luciérnagas sobre el oscuro llano. El señor Carver anunció por el micro que los interesados en un recorrido de los casinos y *nigh-clubs* deberían reunirse a las nueve en punto delante del autocar. Quienes estuvieran agotados por la jornada o poco dispuestos a gastar dinero extra, que optaran por quedarse a cenar tranquilamente en el restaurante del motel, y luego acostarse o dar una vuelta. Victoria se quedó, pero por ninguna de esas razones. Resolvió conservar intactas sus fuerzas físicas, como un maestro del ajedrez la noche de un concurso, o Sherlock Holmes, quien, para el irritado asombro del doctor Watson, acumulaba su energía durante un caso echando siestecillas. De modo que Victoria se puso el pijama —no había lucido un traje de noche desde la muerte de su marido y había escandalizado a una organización local de asistencia social al contribuir con media docena de saltos de cama negros, rojos y rosados de la más pura seda, recoger una a una esas piezas de tela casi ingrátida con una mano cubierta de manchas, y sonreír ante ellas a causa de reminiscencias francamente eróticas—, se puso la bata y miró las noticias en la televisión. Después ahuecó las almohadas e inició su cuarta lectura de *Crimen y castigo*. Al término del primer capítulo, Victoria dejó el libro a un lado y puso una conferencia a San Diego. Para entonces Edna habría llegado ya de su club de *bridge* del sábado por la noche, un acontecimiento que nunca se perdía.

Se había producido una avería en el avión, por lo tanto los restos de Warren serían trasladados por la mañana.

—Voy en el avión —añadió Edna.

—No —dijo Victoria, enterada de que su amiga detestaba volar más que cualquier cosa en el mundo—. No lo hagas —suplicó—. No es necesario.

—Voy en el avión —dijo Edna.

Victoria sabía demasiado para insistir; la configuración

planetaria de Edna le otorgaba un carácter sorprendentemente testarudo en algunas situaciones.

—Vicky —dijo Edna—, hoy ha venido a verme un detective. Me ha hecho preguntas sobre Warren.

—¿Por qué se ha puesto en contacto contigo?

—Porque yo hice las... gestiones.

—Bueno, no es más que rutina.

—Supongo que significa que las autoridades no han cerrado el caso.

—Uh —se burló Victoria—. Visitan a unas cuantas personas para hacer que el informe tenga buen aspecto.

—¿De veras son tan cínicos, Vicky?

Victoria pensó en las películas y libros, en los polis que mantienen a dudosas amantes, aceptan sobornos, y están agobiados por tanto trabajo que solo disponen de tiempo para los casos fascinantes.

—Edna —dijo—, creen que Warren era un drogadicto, y si tratasen de investigar a fondo todos los casos de drogadictos asesinados a causa de las drogas, nunca resolverían nada. —Se le ocurrió a Victoria que su compromiso en el caso justificaba esta apreciación bastante indiscreta de la policía y sus métodos. Comprendía claramente que estaba celosa de su derecho de defender a su sobrino, pero el saberlo no la desalentaba; en todo caso, fortalecía su propósito.

—No, Edna, si alguien va a hacer algo por Warren, esa soy yo.

—Pero ¿qué estás haciendo, Vicky? Ni siquiera sé desde dónde llamas.

—Estoy en Las Vegas.

—¿Las Vegas? —Su voz se alzó ligeramente, consternada.

—No estoy aquí para jugar, Edna. No te preocupes, sé lo que hago.

Tras una pausa, Edna, leal pese a tanto misterio, dijo:

—Ya sé que sabes lo que haces. Te creo —Y añadió—: ¿Pero me mantendrás informada?

—Claro que sí, querida amiga.

Después de la llamada telefónica, Victoria reanudó la lectura, dejándose absorber completamente por la historia, y por ello se sobresaltó al abrirse la puerta de golpe. La compañera de cuarto que

le habían asignado entró en la habitación, la cara encendida, una mueca en sus labios. Era una mujer alta y delgada, de más de cuarenta años, que llevaba un vestido de lama dorado con un gran escote. Arrojó el bolso sobre la otra cama y espiró con fatiga.

—¡Vaya noche! —Sus labios excesivamente rojos se fruncieron. El maquillaje de sus ojos se había corrido, dándole el aspecto de alguien con cuatro ojos: dos verdes y dos negros—. No creo que pueda aguantar este maldito viaje hasta el final.

Victoria dejó el libro.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, eso es lo que ha pasado. Nos ha llevado de un sitio a otro como una manada de borregos. Estoy cansada solo de caminar —Soltó una risilla sofocada—. Pero esa mujer —no me acuerdo de su nombre—, es gordísima y lleva un montón de joyas enormes.

Era la Piscis.

—La señorita Liebenbaum —dijo Victoria.

—Eso; pues no sé cómo, con todo el ajetreo, ha cogido una borrachera de muerte. ¿Cómo se llama nuestro conductor?

—Señor Carver.

—Carver tuvo que sacarla a rastras del Crystal Palace. ¡Era digno de verse! Luego se quedó frita en el autocar e hicieron falta Carver y tres de nuestros viejetes para trasladarla de nuevo a su habitación.

—Pobre mujer —murmuró Victoria, mirando a su compañera desnudarse rápidamente.

—¿Pobre por qué? —exclamó esta—. Algunas de las piezas que lleva encima valen dinero.

Victoria la vio desaparecer en el cuarto de baño, desde donde la llamó en voz alta.

—¿Señorita Welch?

—Llámame Vicky.

—Vale, yo soy Karen. Escucha, ¿habías ido alguna vez en un viaje como este?

—Esta es la primera.

—También para mí... y la última. Una amiga me juró que en un viaje así conocería a hombres, y fíjate en lo que hay... chicos de tres y seis años, un recién casado y un autocar lleno de vejstorios. Jesús, se me ha corrido el maquillaje. Parezco un fantoche. —

Regresó a la habitación, en braga y sostén, exhibiendo un cuerpo atlético, conservado esbelto y musculoso mediante el ejercicio y la dieta. Victoria estaba convencida del método porque su hermana, Anne, había poseído el mismo tipo de cuerpo, mantenido por esta clase de régimen. Y Anne, como esta mujer, también había sido Aries: presumida, agresiva y un tanto fría.

—La gente me decía —continuó Karen desde el cuarto de baño, adonde había vuelto con un pequeño neceser—, que el mejor modo de ser una divorciada era haciendo viajes. Pero yo no tenía mucho dinero, así que aquí estoy. Te dan las cosas por las que pagas.

Victoria apenas oía las palabras, ya que estaba acordándose de su hermana y del marido de su hermana y la llamada telefónica a medianoche explicando el accidente de automóvil que les había matado a ambos diez años antes.

—Si tuviera dinero —dijo Karen, apareciendo con un camisón completamente negro y la cara cubierta de crema blanca—, me largaría de este viaje mañana mismo.

—No te culpo —dijo Victoria, mirando a la mujer encender impaciente un cigarrillo y dejándose caer pesadamente en la cama—. A tu edad, probablemente yo también lo haría.

—No me quejaría tanto, pero es que nunca pasa nada. Ese conductor pregonaba por el micro sobre el paisaje y una gorda se emborracha. Pero me imagino que no se supone que pase algo en uno de estos viajes —Suspiró—. ¿Dónde está la gracia?

—¿La gracia?

—Por la manera en que sonrías, debo de haber dicho algo gracioso.

—No, solo estaba pensando en un viaje del que oí hablar que fue bastante accidentado.

Karen se metió en la cama, chupó fatigadamente el cigarrillo, lo aplastó, y apagó la luz de la mesilla.

Victoria apagó la suya de inmediato.

—No hace falta que lo hagas —dijo Karen—, puedo dormir con la luz encendida.

—Yo también tengo sueño.

—Bueno, ¿y por qué fue tan accidentado? ¿Violaron a alguien? ¡Hay poquísimas posibilidades de que eso ocurra!

—Murieron muchas personas.

—Oh, ¿un accidente?

—Las asesinaron —dijo Victoria sin pensar.

—¿Cómo?

—Nadie lo sabe.

—Bueno, supongo que cualquier cosa, el asesinato inclusive, sería mejor que esto.

«Una perfecta reacción de Aries», pensó Victoria. Al cabo de un rato se dejó vencer por el sueño entre imágenes de las muertes de su familia: Harry apretándose el pecho aquella fatídica tarde; Anne y Bruce en sus ataúdes cerrados; y la esencia de Sackman llevada por las corrientes de aire por encima del Pacífico. Pero su último recuerdo vigil fue el del comentario del señor Carver sobre el reciente accidente: uno entre un millón...

A la mañana siguiente, mientras el señor Carver almacenaba equipaje en el compartimiento posterior, Victoria ocupó su asiento habitual y advirtió, entre los demás pasajeros que se aproximaban al autocar, a un hombre con una maleta al cual no había visto antes. Antes de que partieran, este entró en el autocar con el señor Carver, quien le indicó el pasillo con un gesto de la mano. El nuevo pasajero permaneció al frente, contemplando las filas. Era un hombre alto, de más de cincuenta años, impecablemente vestido, con escaso pelo castaño y una cara de facciones muy marcadas. Al otro lado del pasillo, la divorciada Karen comenzó a entusiasmarse, con expectación, y con un gesto inconsciente se llevó la mano al cabello.

Victoria también estaba ilusionada por Karen, y, por lo tanto, se quedó sorprendida y hasta decepcionada cuando el recién llegado recorrió despacio el pasillo y, sin una sola ojeada a Karen, que le sonreía intensamente, preguntó si el asiento junto a Victoria estaba ocupado y luego se sentó en donde el día anterior había roncado la gorda Piscis.

Por segunda vez en una semana Alexander Boyle había volado a San Diego. No tuvo la menor dificultad en encontrar la dirección de Edna Sutton, y en un coche alquilado se dirigió hacia su casita en el distrito de Hillcrest. Ante la pálida y majestuosa mujer se presentó como un detective de la policía y le mostró rápidamente una placa, que ella rechazó con un azorado movimiento de la mano. Edna Sutton le hizo pasar a un salón muy bien arreglado, con escasos

muebles, sumido en la penumbra por persianas bajadas y dos lámparas que difundían una luz mortecina, si bien afuera aún lucía el sol. Le sorprendió la cantidad de dibujos enmarcados en las paredes. Una rápida valoración sugería que todos eran del mismo artista, y los estaba mirando de cerca cuando la alta mujer le preguntó si le apetecería una taza de té.

—No, gracias. —Se sentó en el sobrecargado sofá que le indicó mientras que ella ocupaba una silla de mimbre de respaldo recto. Le dijo que estaba investigando la muerte de Warren Shore; como fuera la que se encargara de las gestiones para el funeral, había acudido a ella en busca de información.

Edna Sutton afirmó saber muy poco del muchacho, que era el sobrino de una amiga.

Boyle escudriñó a la mujer, cuyo rostro delgado y de pómulos altos daba la impresión de fuerza interior pero asimismo de un carácter bastante distraído, como si sus energías estuvieran concentradas en problemas que la mayoría de la gente pasa por alto o evita. Probablemente podía creer todo lo que dijera, pero probablemente diría poco si él se comportaba con torpeza.

Suavemente le preguntó si le sería posible ver a la tía del muchacho muerto.

Eso pareció poner nerviosa a la mujer, así que se apresuró a añadir:

—Se lo aseguro, trataré de no alterarla.

—Oh, ya lo creo. Solo que me temo que no está disponible. — Luego le explicó que la señorita Welch había emprendido un viaje turístico en autocar.

—¿Un viaje turístico en autocar?

—Ya sé que parece insensible en un momento como este —dijo la mujer con un hilo de voz—, pero ella lo consideraba necesario.

—Entiendo —repuso Boyle con cautela, y levantó la vista, mirando la hilera de dibujos de la pared enfrente de él.

—A propósito, estoy impresionado por estos cuadros.

—¿De veras? —La mujer comenzó a sonreír.

—Sí, el arte es mi *hobby*.

—Eso es un poco insólito para un policía, ¿no?

—Ya me lo dicen, ya. Me gustan de verdad. ¿Son todos del mismo artista?

Su sonrisa se ensanchó.

—Sí que lo son.

—Me gusta el trazo... económico, pero da una gran ilusión de profundidad. Y existe como un algo onírico en las formas. Me recuerdan un poco a Miró, pero con su propia presencia.

—Gracias.

—¿Así que son suyos?

—Sí. —Evitó sus ojos, pero sonrió para denotar la intensidad de su orgullo. Como la mayoría de los artistas, sucumbía con facilidad a las lisonjas.

—¿Expone usted? —preguntó, aprovechándose de la ventaja.

—Oh, no.

—Pues tendría que hacerlo.

—¿Usted cree?

—En mi opinión, sí. —Y hablaba realmente en serio; la obra poseía una inconfundible autoridad y viveza. Pero no estaba allí para descubrir a una artista, de modo que le preguntó bruscamente el nombre del autocar turístico que había cogido la tía de Shore.

Ilusionada todavía por la crítica de sus dibujos, Edna Shore se lo dijo de inmediato. Luego, la sorpresa ante su pregunta pareció extrañarla.

—¿Es eso importante? —inquirió.

—Bueno, pudiera serlo. En nuestras pesquisas tal vez necesitemos sin demora que ella nos proporcione cierta información. Si sabemos dónde se encuentra el autocar, podemos ponernos en contacto con ella enseguida.

—Oh, claro. ¿Querría ahora una taza de té?

Boyle se puso de pie para marcharse.

—Lo siento, pero debo irme. —Miró de nuevo los dibujos, luego se dirigió hacia la puerta. Allí se volvió y la cogió desprevenida una vez más.

—¿Dijo usted que el viaje era necesario?

—Eso es lo que ella me dijo. Sabe usted, ella cree que alguna clase de viaje en autocar tiene relación con la muerte de su sobrino.

—Es una interesante idea. ¿No está de acuerdo?

Edna Sutton se encogió de hombros, una distraída expresión instalándose de nuevo en sus ojos, ahora que el tema ya no era el arte.

—Yo nada sé de eso.

La creyó.

—Pero Vicky hará lo que crea conveniente —agregó la mujer—. Quería mucho a ese chico.

El autocar se dirigía al norte desde Las Vegas, cruzando el desierto. A través del cristal teñido de las ventanillas, los pasajeros veían la artemisa llevada por el viento y el ave lira saltando sobre la tierra dura. Victoria estaba ya hablando agradablemente con el hombre nuevo, aunque por encima de su hombro vislumbraba con frecuencia a Karen que les miraba furiosa. El señor Boyle había decidido unirse al viaje después de unos decepcionantes días en las mesas de dados de Las Vegas. Era un hombre educado, que le pedía permiso para fumar, si bien a Victoria le costaba adivinar lo que estaba pensando. Su rostro era impasible, fuera a propósito o por una natural compostura. Sus serenos ojos grises parecían bastante amables, y, con todo, en ciertos momentos se entornaban de una manera que le daba escalofríos. Resolvió que el hombre era fascinante, pero la gente reservada siempre la había atraído. Decidió adivinar su signo.

—No me diga el mes en que nació —le dijo—. Déjeme averiguarlo. En primer lugar, ¿qué tipo de actividades le gustan?

El señor Boyle se rio.

—Comer.

—¡Ajá!

—¿Es eso importante?

—Mucho. Siga.

—Bien, me gusta el arte. En realidad, soy marchante.

—¿Cómo es con el dinero?

—Supongo que bastante tacaño.

—¿Significan mucho las posesiones para usted?

—Me temo que sí. Soy un coleccionista nato.

—¿Y que tal el amor? —En respuesta a su maliciosa mirada, realmente su primera expresión concreta, agregó—: Hablo en serio. ¿Se considera sensual?

—Sí —Hizo una pensativa pausa—. Sí, en efecto.

—No me refiero solo al sexo. Quiero decir, ¿le emociona más la belleza que las ideas?

—Desde luego.

—¿Es usted leal?

—Excepcionalmente, según me han dicho.

—¿Goza de buena salud?

—Bueno, hasta ahora sí. Pero se supone que estoy a dieta.

—¿La respeta?

—El señor Boyle negó con la cabeza.

—¿Así que se considera un poco autoindulgente?

—Más que un poco, me temo —Sus ojos se entornaron de pronto, de una manera que daba escalofríos y la fascinaba—. ¿La están llevando a alguna parte estas preguntas?

—Creo que sí. Casi estoy a punto de averiguarlo. ¿Es usted especialmente aficionado a la vida familiar?

—Lo era.

Victoria suspiró enfáticamente.

—Una pregunta más. ¿Le gusta la música?

—Junto con el arte, es mi pasión.

—¿Nació en mayo?

Le encantó ver su cara torcerse con un gesto de perplejidad.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Usted posee todos los rasgos de un Tauro —Luego añadió casi sin pensar—: Salvo por su especial nerviosismo. Por lo general, el Tauro es más tranquilo. Pero eso podría deberse a su ascendente o su luna.

—¿Cuáles son?

—Me temo que no podría decírselo sin hacer una carta, y no he traído mis materiales. ¿Qué día de mayo?

—El tres.

—¿Qué interesante! Nació el mismo día que Nicolás Maquiavelo.

Los dos se rieron, pero Victoria pudo advertir que sus ojos eran sombríos, y ahora le resultó evidente que había algo patético en ese hombre, algo que la desafiaba y la repelía a un tiempo. No era que, como la mayoría de las personas, tuvieran una opinión desdeñosa de su creencia en la astrología. La perturbadora impresión que le producía era el resultado de una personalidad insondable. Aun cuando mucho de él fuera Tauro y agradable, en el interior de este hombre existía también una vida de secretos, regida probablemente por Saturno y Marte, por las tinieblas y la violencia, y, a través de este mundo de sombras, él caminaba con plena autoridad. ¡Cuán

adecuado era que, para un viaje así, hubiera encontrado a un compañero semejante!

Pero se reían de su afinidad con Maquiavelo, y el sonido afable de sus risas hacía que Karen, desconsolada, les fulminara con los ojos.

Cerca del seco y polvoriento pueblecito de Panaca, el autocar se detuvo y los pasajeros bajaron para admirar la Garganta de la Catedral, un inmenso abismo erosionado por el viento, espectacularmente iluminado, con arcos y agujas enhiestas. Boyle permaneció junto a la rechoncha mujercita cuyo rastro había estado siguiendo desde el preciso instante que abandonara el despacho de la señorita Sackman. A pesar de las patrañas sobre astrología, Victoria Welch no era, indudablemente, una estúpida. Sus ojillos azules parecían no perderse detalle mientras paseaba con ella en la cálida y despejada mañana hacia un punto estratégico desde el que contemplar la garganta. Era una investigadora extraña, un tanto cómica, con su falda llena de arrugas y su blusa floreada, pero, pretendía ser: una investigadora. ¡Realmente había emprendido este viaje para descubrir al asesino de su sobrino! Por supuesto, las posibilidades de que lo consiguiera eran matemáticamente nulas, y, con todo, su método era el correcto. Era evidente que su sobrino le había explicado lo del robo y por lo tanto ella «sabía» que habían muerto unas personas en un autocar durante un viaje parecido, mucho antes de que las encontraran muertas en un accidente. Tarde o temprano, Boyle tendría que eliminar a una persona con semejante información. Sin embargo, si lo hacía antes de descubrir los efectos personales, su propósito se vería frustrado. Nunca se había encontrado en una situación comparable. Posiblemente la única persona que podía ayudarle a recuperar los efectos personales se había propuesto inconscientemente demostrar que él era un asesino.

Todos tenían calor y sed después de regresar de la garganta y, aun cuando el señor Carver conectó el aire acondicionado, se oían quejas por todo el autocar. Anunció por el micro que, puesto que debían de atravesar casi ciento sesenta kilómetros de terreno árido hasta llegar a las Cuevas de Lehman, harían un alto a mitad de camino en una estación agrícola federal para comer algo y descansar. Se produjo un griterío alborozado.

Karen aprovechó la ocasión para preguntarle a Boyle:

—La estación de agricultura no figura en el folleto del viaje, ¿verdad?

Boyle se encogió de hombros, tratando de ocultar su asombro ante lo que el conductor acababa de anunciar.

—Realmente no lo sé.

—¿Pero el gobierno nos permitirá entrar en la estación? — insistió ella, esbozando una sonrisa que nada tenía que ver con su pregunta.

—Yo diría que no —repuso Boyle titubeante—. Yo imaginaba que nos harían desviar.

—Igual que yo.

—Perdone —dijo Victoria, y abandonó su asiento.

Boyle miró con curiosidad cómo recorría el pasillo tambaleándose y se inclinaba sobre el hombro del conductor.

—Pero, por otra parte —dijo Karen animada—, la organización del viaje podría haber hecho alguna clase de arreglo. Me parece que no nos hemos presentado formalmente. Soy Karen Hill.

Boyle se presentó sin entusiasmo, observando a la bibliotecaria, de pie al frente del autocar. La mujer del otro lado estaba diciendo algo más cuando Victoria regresó y se detuvo en su fila.

—Me he enterado —le dijo a Karen.

—¿Ah sí? —contestó Karen con indiferencia, su rostro expectante, y se volvió con prontitud hacia Boyle.

Este se puso de pie y dejó que la bibliotecaria ocupara su asiento junto a la ventanilla.

—El señor Carver dice que el guardián nos permitirá entrar en la estación porque es domingo. No es oficial, pero ya está hecho.

—¿De veras? —dijo Boyle.

—El señor Carver llamó esta mañana desde Las Vegas. El guardián tendrá bocadillos y todo a punto.

—Ojalá tenga los *martinis* a punto —interpuso Karen, con un guiño a Boyle.

Este se encorvó en el asiento y cerró los ojos, fingiendo dormir. Más tarde los abrió para encontrarse con la mirada inquisitiva de Victoria Welch.

—¿Algo va mal? —le preguntó ella tranquilamente.

—¿Mal? ¿Por qué? No. ¿Qué podría ir mal?

—Solo tenía la sensación... —Hizo un breve gesto con las dos manos—. Bueno, no sé.

—Solo tengo sed —explicó, forzando una sonrisa.

—Ah, ¡su naturaleza de Tauro!

Pero algo iba realmente mal, y ya era tarde para que Boyle hiciera algo para arreglarlo. Tristemente le preguntó al aire por qué esa gente cometería el mismo error una y otra vez.

6

ALGUNOS ANIMALES se movían bajo el implacable sol de Nevada. Una cabra caminaba perezosamente a lo largo de la cerca de alambre, un par de pollos picoteaban la tierra reseca de su corral, varias vacas se fustigaban los flancos con el rabo, pero, por lo demás, la estación estaba inmóvil bajo el calor del mediodía. Las volteadoras, segadoras y cosechadoras se hallaban tras el grupo de construcciones blancas, como bestias prehistóricas preparadas para saltar, su duro enchapado cubierto de una costra de mugre. Más allá de la estación, las ovejas de un rebaño que pastaba sobre una dehesa experimental levantaron sus caras negras al unísono ante el sonido de un motor. Al poco apareció el autocar en el horizonte, avanzando entre nubes de polvo por encima del llano y recto macadán. Antes de que el autocar traspasara el abierto portón principal y girarse hacia el aparcamiento, un delgado anciano vestido con un mono y un sombrero de *cowboy* de ala ancha estaba ya guardando en el exterior de la construcción de mayor tamaño. Permaneció ahí, sonriendo, en tanto que los pasajeros que iban descendiendo se adentraban perezosamente en el calor, guiñando los ojos por el brillo del sol. El señor Carver salió en último lugar, acompañado de Victoria Welch y Alexander Boyle.

—¿Cómo vamos, Henry? —dijo el viejo, tendiéndole la mano al señor Carver.

—Bien, ¿y tú, Ben?

—Estoy la mar de bien, tal y como van las cosas. —El guardián echó un vistazo a los pasajeros reunidos en grupitos que

deambulaban por el aparcamiento, mirando ociosamente las construcciones y los establos del ganado.

—Por aquí ha habido algunas actividades sospechosas.

—Ya, bueno, he de darte una mala noticia. Paul Reskin sufrió un accidente.

El viejo guardián levantó sus pobladas cejas.

—¿De veras?

—Se despeñó por un acantilado con un autocar lleno.

—¿En el último viaje que pasó por aquí?

—Eso es. —Los dos hombres comenzaron a caminar hacia el edificio de mayor tamaño, con Boyle, Victoria Welch y los demás siguiéndoles.

—Hace calor de verdad —comentó Victoria, y Boyle asintió silenciosamente.

Los dos hombres llevaron a los pasajeros al interior del edificio, que parecía especialmente fresco y oscuro en contraste con el calor y luminosidad de afuera. Bajaron por un largo pasillo, franqueado, a ambos lados, por departamentos para cultivos hidropónicos, rescate de terrenos, entomología, pruebas del suelo. Al final del pasillo había una cafetería con queso, jalea, y bocadillos de jamón apilados detrás del mostrador. El señor Carver ayudó al guardián a repartirlos, junto con Coca-Colas, tazas de té helado y café. Al final de la fila, Victoria preguntó a Boyle si quería que le consiguiera un vaso de agua.

—No, gracias —dijo él.

—Creía que estaba sediento.

—No de agua.

Se sentaron juntos a una mesa y vieron a los que llegaban tarde, que se habían quedado en las habitaciones de descanso, avanzar con bandejas por la fila. La sala se llenó del suave rumor de las voces. Karen, una de las últimas en hacerse con su tentempié, examinó las mesas y se acercó a la que ocupaban Boyle y la bibliotecaria.

—¿Todo esto es gratis? —preguntó alegremente.

—El viejo nos cobrará luego —dijo Boyle.

—Sí, y nos cobrará el doble —Karen se sentó sin decir palabra a Victoria—. Pero ¡qué diablos! —le dijo a Boyle—, ¿vale la pena, no? Este desierto es terrible, cuando estás dentro del autocar y todo.

¿Qué tiene ahí? —Señaló el montón de bocadillos en la bandeja de Boyle.

—Queso —repuso él, viendo que Victoria se levantaba bruscamente—. Jamón... —Siguió su avance entre las mesas, a través de la sala hasta donde el guardián y el señor Carver estaban sentados.

—Jalea...

—Usted es uno de esos afortunados que no tienen que cuidar su peso —parloteó—. Yo si comiera así pesaría una «tonelada». Pero los hombres se lo pasan muy bien. Toma, mi ex podía...

—Discúlpeme un momento —dijo Boyle, levantándose. Salió apresuradamente de la cafetería y fue corriendo hasta la cabina telefónica pública que había visto en el pasillo. Insertó una moneda de diez centavos y puso una conferencia a cobro revertido a San Francisco. Una muchacha le dijo a la telefonista que el señor Hirschorn no estaba en su escritorio en estos momentos.

—Localícele —interrumpió Boyle—. Esto es urgente.

La telefonista consintió en volverlo a intentar a los cinco minutos. Boyle paseó de un lado a otro frente a la cabina, oliendo en el aire frío una mezcla de desinfectante y pienso para ganado. Ante él, al otro lado del vestíbulo, la puerta de un despacho con el rótulo «

ANÁLISIS

DE CULTIVOS» estaba ligeramente entornada, de modo que entró allí y se sentó en un escritorio, disponiendo desde la ventana de una clara perspectiva del tanque de agua de la estación, un achatado cilindro gris, pavonado, que destellaba bajo el sol. Una agria sonrisa torció la boca de Boyle conforme miraba el tanque y esperaba y esperaba. Cuando el teléfono sonó, se puso de pie de un salto y atravesó corriendo el vestíbulo hasta la cabina.

La voz de Hirschorn adoptó inmediatamente el tono formal del corredor de fincas.

—Manda a tu secretaria fuera de la sala —le instó Boyle—. No puedo esperar otra llamada.

Oyó decir al corredor de fincas:

—Haz diez fotocopias del folleto informativo de Weingott, Jannete —Luego—: Esto la mantendrá ocupada, Alex, pero no me gusta hablar aquí.

—Estoy en la estación agrícola, pasado Baker.

—¿Qué? —gritó Hirschorn; a continuación, en voz más baja dijo

—: ¿Qué diablos estás haciendo allí?

—Ahora no puedo explicártelo. Pero dejan entrar a turistas en la estación.

—Resulta difícil de creer.

—Pues es lo que están haciendo.

—Debe de tratarse de un error...

—Un puñetero guardián les deja entrar en la estación.

—Creía que el guardián...

—Este es «otro» —le interrumpió Boyle enojado—. Nadie se molestó en detenerle. —Se volvió para ver si alguien bajaba por el pasillo.

—Tal vez pensaron que sería mejor seguir como antes. Ahora no puede pasar nada, de todas maneras.

—Sí, pero está pasando algo —Vio a los recién casados que se acercaban lentamente por el vestíbulo, cogidos de la mano, hacia él —. Oye, te llamaré más tarde. Esta noche.

Boyle colgó el teléfono, dedicó una tensa sonrisa a la pareja, y regresó rápidamente a la cafetería, en donde Carver y el guardián estaban pasando entre las mesas, cobrando los bocadillos.

Boyle examinó la sala, y encontró la cara sonriente y arrebatada de Karen Hill. Pero a Victoria Welch no se la veía por ninguna parte.

Unos minutos antes, cuando dejara al señor Boyle y a Karen para dirigirse a la mesa del guardián, Victoria había estado temblando de expectación. Así debían de sentirse los detectives cuando, accidentalmente, acertaban a oír la palabra oportuna, la frase desprevénida, el comentario inocente que les depara toda una nueva estructura de ideas. Por casualidad había oído al guardián hablar de «actividades sospechosas», y desde ese instante apenas había podido disimular su emoción. Durante todo el viaje había buscado en vano una señal de la reciente ruptura de la rutina, ya fuera en el autocar o en el camino, y quizás (esta era su irónica conclusión) solamente su inexperto entusiasmo la había guardado de perder la esperanza. Ahora, mientras cruzaba la sala hacia el guardián y el conductor del autocar, se sentía al borde de un descubrimiento... era una sensación familiar, la que tenía durante

la investigación en la biblioteca, cuando seguía la pista de una información complicada para un lector, la apasionante intuición de que este catálogo o aquel libro de referencia revelaría el hecho.

—¿Puedo sentarme? —preguntó afablemente a los dos hombres.

—No es cosa de cada día que una bella dama quisiera sentarse con este viejo —dijo galantemente el guardián, y se levantó para ayudarla con la silla.

—Estoy cansada de la misma charla de siempre —dijo Victoria, señalando con un ademán de cabeza las mesas de los turistas—. No pude evitar oír por casualidad que usted decía que últimamente hubo por aquí algunas actividades sospechosas. ¿Algo interesante?

—No sé cómo de interesante lo llamaría usted, señora, pero solo le decía a Henry que esta semana perdimos a gente.

—¿La perdieron?

—Sí, un grupo fue trasladado. Un día están aquí y al siguiente se han ido —Se volvió hacia Henry Carver—. Fred fue uno de ellos.

—¿En serio? —dijo el señor Carver, y le explicó a Victoria que Fred era el otro guardián.

—Sí, un día aquí, y al siguiente se han ido —dijo el guardián, haciendo chasquear las encías, una mancha de tabaco de mascar en la comisura de la boca—. Los trasladaron sin avisar, tengo entendido —Sacudió la cabeza tristemente—. Eso no es manera de tratar a la gente.

—Desde luego que no —convino Victoria—. ¿Qué hicieron para que los trasladasen?

—Eso es lo que estaba diciendo. Nada, tengo entendido. Los echaron sin más.

—¿También a sus familias?

El viejo se encogió de hombros.

—Por aquí nadie me cuenta nada —Se volvió hacia Carver—. Este era un buen sitio para trabajar, Henry, hasta que metieron a toda esa gente nueva.

El señor Carver asintió juiciosamente, agitando en el aire su pequeña mano achaparrada para dar énfasis.

—Es igual en todas partes. Ya nada tiene sentido.

—Yo soy bibliotecaria —les explicó Victoria, olvidándose por un instante de su nuevo papel y recordando a la vieja Sackman—. El año pasado metieron a una nueva jefa de bibliotecarios con

relaciones políticas. Lo hicieron a espaldas de todo el mundo.

—Exacto —suspiró el guardián—. Esa gente nueva del este no distingue una oveja de una cabra, pero se creen que son los amos del lugar.

—¿Veterinarios que no distinguen una oveja de una cabra? —se rio Victoria.

—Es la puñetera verdad, señora, se lo he oído decir a los antiguos veterinarios —Se volvió hacia Carver—. Esos laboratorios —señaló hacia el otro lado de la cafetería, a una puerta con el rótulo: «

LABORATORIOS.

SE

PROHÍBE LA ENTRADA»—, siempre fueron más o menos agradables. Entrabas y salías de ellos y pasabas una buena mañana con los veterinarios. Tal y como están ahora, nadie dice palabra. Te ven por ahí y ninguno de esos tipos nuevos te da ni los buenos días.

El señor Carver gruñó, meneando la cabeza furiosamente.

—Igual que en todas partes. Nada es lo que solía ser.

—¿Viven los veterinarios en la estación? —inquirió Victoria.

—La mayoría de ellos vive en Ely —respondió el guardián—. Ayer estaba hablando con el doctor Arms... —Miró a Victoria—. Uno de los antiguos aquí. Un tío macizo y guapo. Las señoras seguro que lo piensan. —Se volvió y le hizo un masculino guiño al señor Carver, que no se le escapó a Victoria, quien toda su vida había deseado ver a hombres hacer guiños a otros hombres en una callada admiración de las habilidades sexuales de terceros.

—Él solía charlar conmigo —dijo el guardián—, solo como amigos, pero ayer le tomé un poco el pelo y va y dice: «Ben, me estás molestando. Me estás molestando», dice.

—Nada es lo que era —convino el señor Carver con un suspiro.

Victoria les miró fijamente durante un momento, luego se disculpó y se dirigió despacio hacia la puerta del laboratorio, al otro lado de la sala. Esperando hasta que los dos hombres hubieron desviado su atención, tanteó la puerta y la abrió rápidamente. Entonces se encontró en un pasillo semejante al que habían entrado después de salir del autocar, con despachos a los lados. Sin embargo, la mayoría no ostentaba rótulo alguno. Obedeciendo a un impulso y luego de echar un culpable vistazo hacia atrás, probó una

de las puertas, pero estaba cerrada con llave. Miró de nuevo a sus espaldas, probó con otra y descubrió que estaba abierta. Lentamente la abrió de par en par y metió la cabeza en la sala. Se percibía un olor medicinal y acre a un tiempo, como el de una tienda de animales. A lo largo de las paredes había jaulas llenas de ratones, pollos y perros, y bancos dotados de sumideros, tubos de ensayo y vasos de precipitados del tipo que la habían hecho estremecerse al verlos en los carteles antivivisección. Un perro enjaulado empezó a ladrarle, así que cerró la puerta de golpe y recorrió el pasillo a toda prisa hasta llegar a una salida. Al poco se encontraba bajo la blanca y resplandeciente luz del sol, mirando con los ojos entornados un corral repleto de cerdos que gruñían.

—Oiga —la llamó Boyle cuando se disponía a subir al autocar—. La eché de menos en la cafetería.

—Sí, fui a dar una vuelta. Oh... —Abrió su gran bolso, revolviendo *kleenex* y cosas que hacían ruido—. ¿Pagó usted mi comida?

Boyle la contuvo poniéndole la mano en el brazo, sonriéndole tan afablemente como pudo, viendo su reflejo —distorsionado y vacilante— en sus gafas de sol. En ese preciso instante dos chiquillos que jugaban al tócame tú le rodearon alocadamente las piernas, cogidos de la mano de su distraída madre, y cuando levantó la vista vio que Victoria Welch se había acercado al viejo guardián. Los vio despedirse con un apretón de manos y luego la mujer subió al autocar con las mejillas encarnadas y la boca ligeramente abierta. Boyle estaba intrigado y nervioso.

Pronto el autocar se dirigía nuevamente al norte. Los parches de creosota y la maleza del desierto cedieron paso a los pastos para el ganado, la dehesa apareció salpicada de vacas y rebaños de ovejas, y las montañas se adelantaron en el paisaje. Al cabo de otra hora se hallaban en las Cuevas de Lehman, explorando las frescas galerías de cavernas erizadas de estalactitas y estalagmitas, entre las cuales habían reposado durante siglos los huesos de indios muertos. Boyle observaba a la rechoncha bibliotecaria deambular por los umbríos pasadizos, su cara ladeándose hacia todos los puntos interesantes, su ancha espalda encorvada por la concentración, como si no hubiera otra cosa en su mente que la tarea de asimilar como todo buen turista, las zonas de interés que pagaba para ver. No obstante,

en la estación se había comportado de un modo extraño. ¿Qué había querido averiguar hablando con el guardián? ¿Qué había despertado su curiosidad?

Después de una hora de viaje, el autocar repostó y atravesó el Paro de Connor, adentrándose en una atmósfera más fresca. Desde las montañas circundantes enebros, pinos y caobas enanas se proyectaban contra el cielo despejado, y cuando llegaron a Ely al anochecer, el señor Carver había desconectado el acondicionador de aire. Tenían habitaciones reservadas en un hotel con bar y casino. Boyle procuró comer con Victoria Welch, pero, por desgracia, ese pelmazo de divorciada también se apuntó. Boyle comió y bebió en exceso, preguntándose malhumorado qué hacer con la bibliotecaria. Si tan solo bebiese —eso le desataría la lengua—, pero se limitaba a tomar té, y luego, para su decepción, declaró que estaba cansada y subió a acostarse, dejándole en la mesa con Karen Hill, que se aferró a su manga y le rogó que la llevara al casino, porque una dama no podía ir sola. Con una sonrisa, haciéndose fuerte para pasar una o dos horas con la alegre divorciada, Alexander Boyle abrió su cartera para comprar fichas.

Victoria deslizó el índice a lo largo de media columna de nombres del listín telefónico de Ely antes de llegar a Arms, médico veterinario. Inspiró profundamente y descolgó el receptor.

La voz masculina que le contestó era bronca e impaciente.

—Al habla el doctor Arms. ¿Quién es?

—Me llamo Welch, estoy en un viaje organizado en autocar, y desearía hablar con usted.

—¿Acerca de qué?

—Preferiría decírselo personalmente.

—¿Un viaje organizado en autocar? —le oyó gruñir. ¿Se estaba riendo de ella? ¿Estaba enojado? ¿No se lo creía?

—Estoy en un viaje turístico en autocar y es acerca de eso por lo que quiero verle.

—¿Vende usted algo?

—Doctor, esto es importante. Le agradecería que me concediera unos minutos de su tiempo. De verdad que no vendo nada.

—Llámeme mañana a la Estación Agrícola de Baker.

—Aquí está el problema. El autocar se va por la mañana, ¿comprende? Tiene que ser esta noche.

Se produjo una prolongada pausa, luego Victoria oyó otra voz de fondo, y la impaciente respuesta del doctor Arms, medio en susurros:

—Le digo que no lo sé.

—Es importante de veras —insistió Victoria.

—Bien. ¿Podría venir enseguida?

—Inmediatamente. Tengo su dirección, puedo tomar un taxi.

—Entonces es importante de veras —dijo, sin ocultar su irritación.

Un par de minutos más tarde, mientras cruzaba a toda prisa el vestíbulo del hotel, Victoria vislumbró las anchas espaldas del señor Boyle junto a las más estrechas de Karen, ambas inclinadas sobre el verde esmeralda de la mesa del casino. Fue un breve trayecto en taxi hasta una casa de pequeñas dimensiones situada en una calle sin árboles. Un hombre alto y fornido, con botas, vaqueros y camisa a cuadros le abrió la puerta. Por la súbita relajación de su inquisitivo rostro, Victoria comprendió que su aspecto le suponía un alivio. Se acordó del guiño del guardián y se preguntó si el doctor Arms había esperado a una bonita chica que pudiera causarle problemas. Tal posibilidad cobró consistencia en cuanto Victoria le siguió al interior de la casa y vio la cara curiosa de una mujer que pasaba frente a una puerta abierta y se perdía en una habitación contigua. El hombretón la hizo pasar a un estudio dominado por la enorme vitrina que contenía una colección de armas. Astados ciervos y truchas miraban con ojos vidriosos desde las paredes. Un marcado olor a piel, heno y humo de puro confluía en el aire. Victoria se sentó al borde de una mullida silla que el veterinario le indicó.

—Bien, ¿de qué se trata? —dijo con sequedad, sentándose frente a ella. Una ojeada a su manera de cruzar las piernas y la expresión que adoptaron sus facciones atractivas pero antipáticas bastó para advertirla de que el hombre no tenía la intención de dejarse doblegar.

Victoria optó por una aproximación temeraria.

—Doctor, un pariente mío se mató hace poco en un accidente de autocar. Una de las paradas del viaje que estaba haciendo fue su estación agrícola.

El hombre negó con la cabeza, sus labios tirantes de rechazo.

—En la estación no admitimos visitantes.

—El autocar donde él iba se detuvo allí el domingo pasado para que los pasajeros tomaran un refrigerio, y hoy el nuestro ha hecho lo mismo.

El doctor Arms desestimó su afirmación con un escueto gesto de su manaza. Ahora que ella ya no le suponía el menor peligro —¿qué había esperado?, ¿a la ultrajada hermana de una chica a la que sedujera?—, ese John Wayne de hombre, con sus anchos hombros iba sin duda a tratarla como trataba a la mayoría de las mujeres, incluyendo su fantasmal esposa que circulaba ansiosamente por el fondo de su vida: con desdén.

Pero Victoria siguió fiel a su aproximación temeraria.

—Estoy convencida de que el accidente del autocar fue el resultado directo de algo que ocurrió durante el trayecto.

—¿Qué pretende usted, señorita Welch? —preguntó.

Ella contempló el zapato de su pierna cruzada; ese zapato era lo bastante descomunal para contener un kilo de té a granel. Según su gélido autodomínio, su impaciencia por todo excepto los hechos, adivinó que era un Virgo, posiblemente con ascendiente Aries, pero reprimió el deseo de preguntárselo y en cambio le explicó, con la clase de frialdad digna de un Virgo que ella admiraría, cómo el autocar se había despeñado por un acantilado de California (no mencionó a Warren ni el robo) bajo peculiares circunstancias, las cuales la indujeron a sospechar que una cadena de acontecimientos que se remontaban hasta el viaje había derivado en el accidente.

—Para mí no tiene sentido —dijo el doctor Arms cuando ella terminó. Volvió a cruzar las piernas, recordándole a Victoria dos enormes troncos cayendo lentamente uno encima del otro en un atasco de madera que había visto una vez en un río de Oregón durante una excursión a pie que hiciera, años atrás, con su querido esposo.

Este fugaz recuerdo de su marido derivó bruscamente en el de Warren arrastrando dentro de su piso aquella bolsa de lavandería repleta de efectos personales, y su aplomo se fortaleció, su voz se alzó en un tono de inflexible exigencia.

—Doctor —dijo—, ¿qué ocurrió exactamente en la estación la semana pasada? —Cuando el hombre puso mal gesto, agregó—: ¿Es verdad que varias personas fueron trasladadas?

—¿Qué es esto, un interrogatorio de tercer grado? —se burló, cogiendo un puro del humectador que había junto a su silla.

—¿Es verdad, doctor?

—Claro que es verdad. —Encendió el puro con la fuerte llama de un encendedor de gas y cerró la tapa enojado.

—¿Alguno de ellos era nuevo?

—¿Nuevo?

—Tengo entendido que ha habido un nuevo grupo de veterinarios en la estación.

—No sé de dónde saca su información, pero es totalmente falsa. No ha habido un nuevo empleado en la estación en todo un año. Ahora discúlpeme, pero esto no nos está llevando a ninguna parte. —Puso sus recias manos sobre los brazos de la silla, disponiéndose a levantarse.

—¿Así que todos ellos entraron hace cosa de un año? —se obstinó Victoria, y como respuesta él se puso de pie precipitadamente y desde lo alto la fulminó con la mirada.

Levantándose también, Victoria se alisó las arrugas de la falda y le miró cruzar la estancia hasta la puerta.

—Doctor —dijo ella.

Él se volvió y la miró con los ojos entornados a través del humo del puro.

—Esto no es lo importante —dijo ella, devolviéndole la mirada—. Creo que en la estación ocurrió algo que dio lugar a que ellos fueran trasladados. Y en el momento en que el autocar pasó por allí.

Como respuesta, el veterinario abrió la puerta del estudio y con un ademán le indicó que saliera.

Pero ella se mantuvo firme.

—Doctor —dijo—. ¿Eran veterinarios los nuevos?

—El Departamento de Agricultura no es asunto de su incumbencia, señora. Ahora ya he tenido la paciencia... —Elevó los hombros; fue un movimiento casi imperceptible, pero singularmente amenazador, y por ello Victoria le siguió a regañadientes hasta fuera de la estancia y de ahí al vestíbulo. Entonces Victoria se volvió hacia él, viendo, delante de su brazo izquierdo, a una delgada mujer que cruzaba el vestíbulo a hurtadillas y entraba en el estudio para esperar con optimismo una explicación que no creería.

—Doctor —dijo Victoria, mirando de frente su cara ceñuda—

esas personas nuevas, ¿distinguen una oveja de una cabra?

El hombre abrió la puerta principal de par en par.

—¿Qué le da derecho —siseó— a venir aquí a las diez de la noche y hacer un montón de preguntas estúpidas? El Departamento de Agricultura no es asunto de su incumbencia.

—Pues lo es —afirmó Victoria, virando su inquietud en cólera—. ¡Soy una ciudadana!

—Entonces escríbale a su diputado, coño —murmuró, al pasar ella por su lado e internarse en el helado aire nocturno.

Victoria anduvo rápidamente por la calle, sujetándose el cuello de su impermeable mientras el intenso frío de la noche de Nevada la azotaba. Durante el gélido kilómetro y medio que hubo de caminar para llegar al hotel, Victoria refunfuñaba amargamente: «¡Ese hombre, ese hombre!». La rudeza con que la tratara había minado su confianza. ¿Realmente habían sido tan estúpidas sus preguntas? Desde luego, se había aferrado insensatamente a todas las conjeturas que le pasaron por la cabeza. Pero la cosa era indudable: el doctor Arms se había mostrado más evasivo de lo que sus preguntas justificaban. Había reaccionado como un hombre temeroso de hacer importantes revelaciones, y esto significaba que al menos algunas de sus preguntas habían dado en el blanco. Verdaderamente, allí, entre los cerdos y los ratones enjaulados, había ocurrido algo.

Estaba aún cavilando sobre el contundente efecto de la entrevista, cuando abrió la puerta de su habitación y vio a Karen Hill incorporarse en la cama, con crema en la cara, una revista de cine abierta extendida sobre su vientre tapizado de negro.

—¿Dónde has estado? —preguntó Karen.

—Dando una vuelta.

—¿Con este tiempo? —Karen sacudió la cabeza y suspiró—. Primero sudamos, después tiritamos. Me largaría de este viaje si tuviera dinero.

—¿Perdiste en la ruleta? —le preguntó Victoria con una sonrisa.

—Gané cinco pavos, pero lo pasé fatal, gracias.

Victoria recogió su pijama y entró en el cuarto de baño para cambiarse. Desde allí le dijo:

—¿No te gusta el señor Boyle?

—Uh.

Victoria se cambió y con un pañuelo de papel se quitó el toqucito de carmín que llevaba, luego se cepilló los dientes y regresó a la habitación.

—Creía que te gustaba —dijo.

—No es nada del otro jueves.

—Bueno, parece bastante amable.

—Contigo. Contigo lo es. Con toda franqueza, creo que le interesas.

Victoria se rio.

—No bromeo. Todo el rato que pasé con él, que no fue mucho, no paraba de hablar de ti. Que si eras simpática y qué pensaba yo de ti y si nos habíamos hecho amigas.

Victoria volvió a reírse.

—Hablo en serio. Solo hay dos cosas que le desvelen: la comida y «tú».

Victoria se sentó en el borde de la cama, considerando reflexivamente lo que Karen había dicho.

—Supongo que debería sentirme halagada.

—Supongo que sí. Supongo que «yo» me sentiría halagada, pero solo porque él es el único hombre atractivo de todo este maldito viaje —Karen bufó enojada y encendió un cigarrillo—. ¡Nunca más! Antes de volver a despilfarrar el dinero en un viaje organizado, me haré de la Asociación de Jóvenes Cristianas o volveré con mi ex.

Victoria se metió en la cama y se giró hacia la pared.

—¿Te importa que tenga la luz encendida un rato? —preguntó Karen.

—En absoluto.

—Estoy nerviosa, no puedo dormir —dijo Karen inquieta—. Me pasé todo el día intentándolo con ese tío y no hubo manera de arrancarle ni una sonrisa. Me produce una extraña sensación. ¿Has notado que nunca habla de sí mismo? —Karen se sentó muy erguida y chupó enérgicamente el cigarrillo—. ¿Cómo puede un hombre así acudir a la clase de estúpido viaje en el que estamos? ¿Sabes? Pudiera estar huyendo. Puede que alguien vaya tras ese hombre. Hasta podría ser un presidiario. Quiero decir que come como si hubiera estado entre rejas —Los ojos de Karen brillaban—. La gente dice que me precipito en mis conclusiones, y mi ex siempre me decía que mi peor defecto era la imaginación. Pero no me importa.

Tengo fuertes intuiciones sobre las personas. Créeme, este hombre está huyendo —Karen parpadeó rápidamente como reacción a la audacia de sus propias ideas. Luego chupó nerviosamente el cigarrillo y lo apagó con un furioso giro de muñeca—. De todas maneras, mañana voy a pasar de él. Soy orgullosa. Todavía no he llegado al extremo de tener que perseguir a los hombres. ¡Mañana no le diré ni hola!

Victoria no oyó esta declaración; se había quedado dormida casi en el momento que su cuerpo exhausto había tocado la cama.

Tras haberse comido una lonja de *bacon* y tres huevos fritos —el peor desayuno posible para alguien con un alto nivel de colesterol—. Alexander Boyle entró en el vestíbulo. Se dirigía hacia el expositor de periódicos, cuando vio a Victoria Welch inmersa en una animada conversación con un pequeño botones. Boyle compró una revista y se volvió, encontrándose con la fugaz sonrisa de la bibliotecaria. «¡Es usted una dormilona!», le dijo con prontitud, y ella le obsequió con un tímido movimiento de mano.

Cuando ella hubo desaparecido dentro de la cafetería Boyle se acercó de inmediato al viejo botones, que estaba sentado en un banco junto a la ventana, su descolorido uniforme azul colgando de él con una voluminosa holgura que hizo que Boyle se acordara súbitamente de Warren Shore con su desproporcionado abrigo.

Boyle dijo:

—He visto que esa señora hablaba con usted.

—¿Ah sí? —El botones levantó la vista, mirándole burlón, con su cara atezada y la piel tirante en su pequeño cráneo.

—Quisiera saber lo que le ha preguntado —dijo Boyle.

—¿Ah sí?

Boyle abrió la cartera y puso una credencial del FBI ante la cara del botones, cuya expresión pasó rápidamente del provocador cachondeo al respeto.

—Sí, señor.

—Así pues, ¿qué me dice de la señora?

El botones descruzó las piernas y se irguió en el banco.

—Sí, señor. Quería saber de ese rumor.

—¿Qué rumor?

—Bueno, ha habido chismes sobre esa gente de la estación agrícola.

—Continúe.

—No son más que chismes, señor. Es solo que ocho o diez de ellos que vivían aquí se fueron de la ciudad a la vez. Usted y yo sabemos cómo es esa gente. Ocho, diez personas dejan de pronto la ciudad, tienen que hacerse chismes —Frunció los labios sobre unas encías casi desdentadas—. Eso es lo que le dije a esa señora. Son chismes. Nada quieren decir en absoluto.

—No le toca a usted decidirlo —repuso Boyle con severidad.

—Sí, señor.

—¿Qué dice la gente exactamente?

—Oí que algunos hablaban de esos científicos de allá abajo, decían que sus... sustra... robaron fondos de la estación, una verdadera fortuna, y se fueron corriendo.

—¿Entonces que ha dicho la señora?

—No ha dicho nada, señor. Lo juro... —Sin preguntarlo, el botones alzó la mano para prestar juramento.

—De acuerdo —dijo Boyle—. ¿Comprende usted que esto es competencia del gobierno?

—Sí, señor, lo comprendo.

—Baje la mano —le exigió Boyle.

—Sí, señor.

—No tiene que jurar nada. Lo único que debe hacer es mantener la boca cerrada acerca de nuestra conversación.

—Sí, señor, ya lo sé.

—O cargar con las consecuencias.

El botones dio un salto, su boca se movía nerviosamente.

—Sí, señor, puede contar conmigo, yo no diré nada. Durante estos veinte años, más o menos, he estado dentro del negocio hotelero y he aprendido a...

Boyle asintió taciturno y se giró, con esa voz aguda persiguiéndole.

—... Mantener el pico cerrado, lo he estado haciendo durante mucho, mucho...

Boyle echó un vistazo al interior de la cafetería, viendo a Victoria inclinada sobre una taza de café en el mostrador. Luego, pensativo, fue hasta el ascensor.

Cuando se encontraron sentados en el autocar, Victoria Welch estaba extraordinariamente alegre y habladora. No cesaba de

repetir lo hermoso que era el pueblecito de Ely, con las montañas elevándose por encima de él y sus pintorescas calles y la atmósfera de un antiguo pueblo minero del Oeste. Luego no pudo encontrar sus gafas de sol y siguió charlando sin parar mientras revolvía las entrañas de su gran bolso, extrayendo, en su búsqueda, diversos objetos, entre los que figuraban una pata de conejo en una cadena y un silbato de policía. Boyle estaba alarmado por el contraste entre esta madura bibliotecaria con sus supersticiones y Victoria Welch, cuya tenaz persistencia le recordaba la de un profesional. Observó su carnosa mano hundirse una y otra vez en el profundo bolso, saliendo por fin con las gafas de sol que, cuando estaban ajustadas sobre su notable nariz debajo de su pelo gris y un minúsculo sombrero rojo, contribuían a transmitir la imagen de una viuda solitaria que viajaba con escasos fondos. Cuando el autocar salió del pueblo, ella continuó su monólogo, como si las palabras, cualesquiera palabras, ocultasen sentimientos que debieran permanecer ocultos. Tanta charla no era propia de ella. «¿Está eufórica o nerviosa?», se preguntó Boyle.

—¿Qué estaba diciendo? —Inspiró profundamente y le echó un rápido vistazo de soslayo.

—Me estaba hablando de su trabajo.

—Claro. Hasta este año no habría cambiado mi trabajo por el de nadie, pero ahora no estoy tan segura. El problema es mi jefa. Es una Cáncer subdesarrollada, lo cual significa que posee todas las peores características de su signo, y ninguna de las mejores. Consiguió el empleo porque su cuñado es rico, un fideicomisario que hizo una importante donación a la biblioteca el año pasado. Lo que me frustra doblemente, sin embargo, es su capacidad. Por una parte, tiene una memoria de primera clase. Por otra, posee un fantástico sentido del orden. Tendría que ver su escritorio... nunca hay ni una hoja de papel encima. Lo que le falta, por supuesto, es el aprecio por los libros y la gente. Pero con todo, es más eficiente de lo que cualquiera de nosotros soñaba.

—Es raro, ¿no? —convino Boyle—. En una ocasión tuve un ayudante en la galería que era exactamente igual a su jefa, un charlatán empedernido y estúpido a primera vista, pero trabajaba muy bien, vendía más cuadros que yo. Me supo mal despedirle, a pesar del hecho de que no podía soportarle.

Tras haber efectuado estos locuaces comentarios, Boyle saboreó el recuerdo de aquel ayudante y luego del último apacible año, durante el cual había empleado toda su energía en la sala de arte... donde debía. ¿Qué diablos estaba haciendo en este autocar, siguiendo a una bibliotecaria que se había convertido en su adversaria en la complicadísima labor de su «otra carrera», una carrera que le había prometido a su esposa moribunda abandonar para siempre? Echó un vistazo a la bibliotecaria, y se llevó una sorpresa al cogerla mirándole fijamente. Durante un breve instante, los ojos de ambos coincidieron insondablemente detrás de gafas de sol, pero ello bastó para que Boyle tuviera la peculiar sensación de mirar a alguien que le miraba a él por primera vez.

Victoria apartó bruscamente la mirada, intentando, con una impotente sensación de fracaso, ocultar su estupefacción. ¿Qué acababa de decir el hombre? «Tuve un ayudante en una ocasión que era exactamente igual a su jefa, un charlatán empedernido». ¿Le había dicho algo ella de la verborrea de la vieja Sackman? ¡No! Ni se le habría ocurrido. Después de todo, su propia hermana había sido igual de habladora y, en el transcurso de los años, también muchos de sus amigos. Era su frustración por el mezquino carácter de la Sackman, «no» la verborrea incesante de esta, lo que le había explicado, y, con todo, ese señor Boyle ¡había reaccionado precisamente ante lo que no había dicho! ¿Conocía a la Sackman? Y, de ser así, ¿por qué? Victoria no tenía la mínima fe en las coincidencias, las estrellas eran estrictas en su trayectoria, y la trama del destino humano estaba urdida por los cálculos matemáticos de Dios, con una precisión que imposibilitaba tonterías tales como las coincidencias. La coincidencia nada tenía que ver con que el señor Boyle conociera a la vieja Sackman. Él había buscado a la jefa de bibliotecarios. Pero ¿por qué motivo? Solo podía existir uno: ¡la Sackman le llevaba hasta la tía de Warren Shore!

Victoria pudo sentir esta revelación atravesar torrencialmente su cuerpo, su cara se ruborizó y sus manos cerradas temblaron en su regazo. ¿Vería él lo agitada que estaba? Clavó su atención en el paisaje que se deslizaba al otro lado de la ventanilla, y cuando el autocar se detuvo en las afueras de Ely para que visitaran rápidamente la mina de cobre de Kennecott, se puso a trajinar con su bolso y esperó hasta que Boyle se puso de pie y se fue por el

pasillo antes de levantarse y dirigirse a la salida.

Trató de no pensar en lo que ahora ya sabía: el hombre la estaba siguiendo.

Los turistas permanecían en el borde de la mina y oteaban el enorme pozo color óxido, con estratos escalonados, cuyos círculos sinuosos, de un kilómetro y medio de diámetro a la altura de la boca, semejabán el corte transversal de un enorme tronco de árbol. El ventoso espectáculo suscitaba poco entusiasmo. La gente se estaba cansando de vastos horizontes y cielos despejados. Las nuevas relaciones habían agotado sus reservas de historia personal y estaban solos o en grupo, pero sin decir palabra. La gorda alcohólica estaba apoyada en el autocar, como aturdida, su blusa manchada de sudor, su rostro demudado por el *whisky* que había consumido la noche anterior en el casino. A la vieja Leo ya no la embargaba la euforia por repartir regalitos de chicle y caramelos. Boyle estaba solo, observando a la alegre divorciada caminar en silencio al lado de Victoria Welch, que se encorvaba ante el fuerte viento, sujetándose el sombrero con las manos.

Algo iba mal. Después de salir de Ely, la bibliotecaria había cambiado perceptiblemente hacia él. ¿Qué había ocurrido? Boyle había estado hablándole, ella había estado extraordinariamente animada, como si algo la complaciera o emocionara, y luego, bruscamente, se había encerrado en un frío, casi melancólico mutismo. Más tarde, cuando volvieron a subir al autocar, ella le otorgó una tensa sonrisilla y ocupó su asiento junto a él sin abrir la boca. ¿Cuál podría ser el significado de este misterioso retraimiento? Posiblemente, ninguno. El volverse sensible en exceso era un error corriente en este tipo de trabajo, y Boyle lo sabía por experiencia. Las pequeñas dosis de paranoia le mantenían a uno alerta, pero las dosis mayores conducían a conclusiones imprudentes. De modo que se recostó e intentó tranquilizarse contemplando las montañas y las valladas praderas flotar en un silencio nebuloso al otro lado de la ventanilla, hasta que su monotonía le provocó amodorramiento y dormitó hasta que el autocar entró en el pueblo fronterizo de Wendover.

El señor Carver anunció por el altavoz que se detendrían para tomar algo antes de cruzar a Utah. Cuando se detuvo el autocar y la gente comenzó a levantarse, Boyle siguió en su asiento. «Creo que

me quedaré», le dijo a Victoria con una sonrisa intensamente radiante, mientras ella manoseaba su bolso, preparándose para salir.

La mirada que ella le echó, una confusa mezcla de sonrisa y ceño, confirmó su sospecha: la mujer había cambiado hacia él. Apenas podía hablar y, en efecto, se escabulló de su lado y salió al pasillo con la presteza de alguien que trata de escapar. Boyle la dejó marcharse, decidiendo no alentar su inquietud, y, en tanto que los turistas estaban en el restaurante, permaneció en su asiento, nervioso, cada vez más convencido de que algo que hiciera o dijese le había traicionado. Le avergonzaba la posibilidad de que, sin darse cuenta, hubiese metido la pata como un aficionado. ¿Estaba tan viejo, cansado y era tan inexperto que no podía siquiera manejar a una bibliotecaria que llevaba una pata de conejo en el bolso y creía en las estrellas? Si le había calado, tenía pocas probabilidades de descubrir algo de ella. Y en cuanto a eso, no había descubierto absolutamente nada desde que se uniera al viaje. Ahora sabía lo que ya sabía entonces: la extraña mujer estaba reconstruyendo la trayectoria del autocar que su sobrino había desvalijado, y lo hacía por un deseo desaforadamente heroico de limpiar el nombre del muchacho o encontrar a su asesino o encargarse de que se hiciera justicia. Increíble. Le hacía acordarse de sí mismo en su juventud, cuando había ido a la guerra a fin de salvar el mundo para la democracia.

En cuanto el autocar volvió a llenarse, ella le concedió otra sonrisa insensata junto con un visaje oblicuo y se sentó con la cara vuelta resueltamente hacia la ventanilla. Al poco salieron de Nevada y se adentraron en un nuevo paisaje lleno de escamas de sábalo, vegetación impregnada de sal y madera sebosa. Hacia el norte, las montañas discurrieron paralelas a la carretera como un gigantesco seto vivo, aunque más adelante la tierra se allanó súbitamente y se convirtió en un desierto alcalino, que relucía como cristal bajo el sol. El señor Carver anunció por el altavoz que a la izquierda se extendía la autopista de Bonneville, doscientos cincuenta y ocho kilómetros cuadrados de llanura salina, sólida como cemento, en donde se probaban los coches más rápidos del mundo. El entusiasmo que se había enfriado a causa del largo viaje por la pradera se vio ahora renovado entre los pasajeros gracias a

este fantástico recorrido a través de un mundo blanco desprovisto de vida, el paisaje de un planeta muerto, la consecuencia de un holocausto atómico. Tan excitada estaba Karen Hill que fue hasta el principio del pasillo y exclamó que el panorama valía por todo el viaje. A Boyle se le ocurrió de pronto que estas eran las únicas palabras que ella le dijera en todo el día. ¿Le habría advertido la bibliotecaria que se mantuviese apartada de él? Respondiendo a su entusiasmo con la misma moneda, resolvió que tanta confianza era improbable. La bibliotecaria no se fiaría de una mujer capaz de insinuársele a cualquier hombre, aun cuando ello significara traicionar la fe que se hubiera depositado sobre ella. Los ojos de Boyle se entornaron mientras miraba la esbelta figura de Karen bajar por el pasillo hasta su asiento junto a la gorda alcohólica. Los acontecimientos le estaban poniendo a Boyle los nervios de punta, y él lo sabía. Sentía que su sangre estaba a punto de hervir, la anticipación de la acción, como si treinta años se hubieran esfumado y él fuera nuevamente un joven soldado en un camión, atravesando los huertos de Normandía, camino de su primera batalla. Desde entonces, cada vez que una tarea llegaba a su punto culminante, había experimentado la misma sensación de compromiso, el mismo pánico al fracaso, y estas emociones, revueltas e intensificadas, habían derivado en períodos de comer con exceso. En este trabajo sus nervios le habían forzado a comenzar el proceso desde el principio, y su sangre ya debía de estar atascada, completamente saturada de glóbulos de grasa que flotaban lentamente. Cuando el trabajo estuviera hecho, Boyle respetaría su dieta y se quedaría en casa, sin otra ocupación que pinchar a un genio borracho como Kawabata. El árido mundo pasaba rápidamente al otro lado de la ventanilla, seco y helado como la luna, trayéndole a la memoria los paisajes lunares de Yves Tanguy. Con su adversaria sombríamente silenciosa junto a él, Boyle dejó que su pensamiento vagara plácidamente por una galería de imágenes, por un museo mental en el que había almacenado los placeres de toda una vida: las rítmicas pinturas al temple de Tobey, los oníricos paneles de Redon, los elegantes bronce de Manzu, los succulentos óleos de Afro. En tales momentos su otra vida parecía haber sido vivida por alguien que él simplemente conociera pero no pudiese envidiar. Si bien compartían un sentido del compromiso, él

vivía en un mundo de paz y contemplación, desconocido para la otra persona que era.

Ante ellos se extendía ahora la plata inmóvil del gran Lago Salado, huertos de melones y bayas a ambos lados, y el este, elevándose por encima de la piedra y el acero de Salt Lake City, destacaban las lomas barrancosas de los montes Wasatch. Incluso cuando entraron en la capital mormona, apenas intercambió una palabra con la bibliotecaria, que mantenía los ojos fijos en el paisaje. Minuto a minuto, ella no hacía más que confirmar sus sospechas, acercándole a una resolución definitiva.

La agencia de viajes había reservado habitaciones en un modesto hotel próximo a la plaza del Templo. Boyle, que desde el principio había decidido pagar de más por una habitación individual, fue a la suya y puso una conferencia para hablar con Hirschorn.

—¿Qué has averiguado de la bibliotecaria? —le preguntó este enseguida.

—Nada de nada —dijo Boyle—. Y toda la culpa es de ese condenado guardián. Después de hablar con él, ella comenzó a recelar de mí. —En el mismo momento que hacía esta declaración, Boyle se sintió disgustado por la mentira. Los celos de Victoria Welch se habían despertado después de su partida de Ely y a causa de algo que él mismo había hecho. Las mentiras eran el refugio de un hombre torpe y envejecido que había perdido el talento. En los viejos tiempos Boyle habría admitido, y con orgullo, un error de criterio. Ahora le echaba la culpa de su propio fracaso a un viejo charlatán.

—No te preocupes por el guardián —dijo Hirschorn—. Allá en la estación han puesto un candado a la tapa.

—Lo cual es cerrar la puerta del establo después de que el caballo se haya escapado. La increíble estupidez de esa gente de Baker...

—Alex, pareces estar fatal. ¿Qué pasa?

—Ya te lo he dicho... esa mujer me ha calado.

—Me refiero a qué te pasa a ti.

—Pues bien: estoy cansado, disgustado, odio este trabajo, ya no tendría que haberlo aceptado de entrada. Entonces parecía imposible, ahora es imposible.

—Tranquilízate, Alex. Así que no has averiguado nada de nada y

la mujer te ha calado, ¿es eso?

—En resumidas cuentas: mi utilidad se ha acabado.

—Vale, pero es mejor que te quedes con ella hasta que se nos ocurra qué hacer.

Boyle esperó, consciente de que Hirschorn, como buen negociante que era, esperaba que él tomara la decisión natural.

—¿Alex?

—¿Sí?

—¿Qué opinas?

—Solo hay una manera de conseguir una nueva pista hacia los efectos personales —dijo Boyle de mala gana—, y es a través de esa mujer. Lleva un enorme bolso y ha traído una maleta consigo. Quizás haya algo en el uno o en la otra que nos la proporcione.

—Una magra posibilidad, Alex.

—¿Tienes tú alguna idea brillante?

—Ni una. Mañana por la noche, cuando el autocar se detenga en Elko, organizaremos un registro. Por supuesto, no queremos que tú estés en ello. Enviaremos a alguien para que lo haga. ¿Alex? —añadió e hizo una pausa—. ¿Y ella qué? ¿No deberíamos liquidarla?

—No tenéis que liquidarla para robarle —saltó Boyle.

—No, pero tú mismo dijiste que sospecha de ti.

—No me gusta —dijo Boyle lúgubrementemente, y por un instante tuvo una visión del sobrino de la mujer tendido en el suelo, obscenamente desnudo, con una herida en el pecho bastante grande para que cupiera un puño en ella—. Liquidé a mi conductor, liquidé al muchacho. Ya estoy hartos.

—Claro que lo estás. Solo que no me refería a que tuvieras que hacerlo tú. Sin embargo, el problema es que, ya que hemos ido tan lejos, más vale llegar al final.

Boyle lo sabía. Los años de disciplina y una vida de compromiso vencieron su repugnancia.

—Sí, tienes razón —convino suavemente.

—¿Cómo se tendría que hacer?

—Bueno, probablemente al mismo tiempo que su habitación sea registrada. Hay una compañera de cuarto, pero ya me encargaré yo de que esté ocupada. A eso de las once, la bibliotecaria tendría que estar leyendo. Lee mucho —agregó, sin que viniera a cuento, acordándose de las veces que la había visto ajustarse las gafas y

mirar con ojos miopes un libro que tenía sobre el regazo, el epítome de una mujer cuya vida se ha reducido a la página impresa.

—¿No traerá problemas antes de eso? —inquirió Hirschorn.

—No creo que sepa lo suficiente todavía. Aún está fisgoneando. De todos modos, no veo manera alguna de hacerlo antes sin meternos en más líos todavía.

Hirschorn se rio sombríamente.

—No necesitamos más. Estos dos últimos días media docena de parientes han estado reclamando la devolución de los efectos personales. Es curioso lo astuta que puede ser la gente cuando quiere algo... especialmente los recuerdos de sus difuntos. «Quiero el reloj de Johny, aunque esté destrozado. Se lo regalé en el cincuenta y cinco en su cumpleaños. ¿Por qué no me lo devuelven? ¿No se supone que ustedes están al servicio de la gente? ¿Qué ocurre en el FBI que no me pueden devolver el reloj de Johny?».

Boyle reconoció la verosimilitud de esta parodia con una breve risa.

—Y por eso Hopkins se está poniendo de veras nervioso —dijo Hirschorn—. Si tan solo el autocar se hubiera quemado, pero no fue así.

—La marea alta —dijo Boyle tristemente—. Nunca pensamos que se estrellaría contra las rocas con marea alta.

—Entonces no tenía importancia.

Se había vuelto importante, admitió Boyle con amargura para sus adentros, porque había olvidado revisar el autocar después de llevarle la manguera a Tony Aiello. Revisar el autocar y descubrir que había sido robado le habría permitido cambiar la última fase de la operación. Una simple llamada a Hirschorn en aquel momento pudiera haber resuelto el problema. Quemar el autocar, aun parcialmente, habría imposibilitado la recuperación de los efectos personales. Así las cosas, los objetos habían desaparecido sin motivo alguno. El sentimentalismo, no el valor, llevaría a los familiares irresistiblemente adelante: ¿dónde estaban esos objetos de valor privado? ¿Los tenía la policía? Si no, ¿entonces quién? ¿Pudiera el autocar haber sido desvalijado? ¿Cómo entró en él un ladrón si estaba medio sumergido? ¿Disponía de una grúa y de sopletes? ¿Se estaban dando pasos para capturarlo? ¿Por qué no se había informado del robo desde el principio? ¿Quién encubría este crimen

y por qué?

Hirschorn suspiró profundamente.

—Ahora nadie sabe durante cuánto tiempo podrá impedirse que esto salga a la luz —Entonces, carraspeando, como si cerrara un trato de propiedades, le preguntó a Boyle—: ¿Dónde te alojarás en Elko?

—Espera —Boyle sacó del bolsillo el itinerario del autocar y lo examinó—. En el Ranch Inn. ¿Ya sabes a quién enviaréis?

—He estado pensando en Stern. Lleva un cierto tiempo inactivo y es el apropiado para el trabajo.

Stern. Boyle había trabajado con él una vez, un hombretón que poseía una compañía maderera en Seattle. Tenía tres hijas preciosas, una de las cuales se había casado con un profesor de Harvard; y en Corea, con una unidad especial dedicada al sabotaje detrás de las líneas, había sido un experto en el manejo del cuchillo.

—¿Se pondrá en contacto conmigo? —preguntó Boyle.

—Claro. Antes de que salgas por el pueblo con la compañera de cuarto. Le registraremos como... —Hirschorn hizo una pausa—. Digamos como John Hamilton.

—Eres un fenómeno con los nombres —se rio Boyle—. Pues vale, quedamos así —Y añadió—: Después de este, he terminado.

—Ya, ya; los dos lo decimos después de cada trabajo.

—No; para mí este es el último.

—Comprendo cómo te sientes, Alex. Lo has pasado muy mal — Con un tono bruscamente burlón, una astucia emocional digna de un buen negociante, Hirschorn dijo—: ¿Estás siguiendo tu dieta?

—¿Tú qué crees?

—Ayer me dieron los resultados de una prueba de colesterol, y el mío también es elevado.

—Nos hacemos viejos. Bueno, hasta la vista.

—Hasta la vista. ¿Alex? Va a salir perfectamente.

—Claro. Y no lo olvides: estás comprando.

Boyle no colgó después de despedirse, sino que le pidió a la telefonista del hotel que llamara a la habitación de la señora Hill. La reacción de Karen, fría al principio, enseguida se transformó en una coquetería que Boyle detestaba, pero al final su pronta aceptación de su convite para cenar fue la garantía de que su actitud durante toda la jornada era la consecuencia del rechazo que

había demostrado hacia ella y no de alguna advertencia que le hiciera Victoria Welch. Lo que siguió para Alexander Boyle fueron demasiados cócteles, un descomunal filete en una vieja iglesia transformada en restaurante con una cascada en el comedor, después una sucesión de lóbregos bares de este pueblo mormón, y finalmente un beso borracho en el exterior del cuarto de Karen. No le era necesario hacer el amor con la alegre divorciada esta noche... eso vendría mañana, en Elko, mientras un hombre llamado Hamilton le cortaba el cuello a una bibliotecaria y le robaba el bolso. Cuando Karen abrió la puerta y le lanzó un beso de buenas noches, Boyle vislumbró a Victoria Welch sentada en la cama con un libro sobre su regazo y el ceño fruncido.

Aquella noche, tras cenar en el hotel con algunos de los otros turistas, Victoria había comprado un periódico y regresado a su habitación. Luego de ponerse el pijama, había ahuecado las almohadas, preparándose para unas horas de lectura, primero las noticias y después Dostoievski. En la tercera página del periódico nocturno reparó en una noticia tan asombrosa que salió de golpe de la cama y se sentó en el borde de la misma, inclinada sobre el diario como si atisbara por un microscopio. Leyó el suceso de un accidente de aviación en las montañas Bitterroot de Idaho. El piloto y nueve pasajeros, todos ellos integrantes de una expedición de campaña procedente de la Estación Agrícola Federal de Baker, Nevada, habían resultado muertos. No había supervivientes.

De modo que ahí estaba, un hecho que clarificaba su investigación. En una sola semana un autocar repleto de turistas y un avión lleno de veterinarios habían sufrido sendos accidentes y muerto sus ocupantes, y ambos grupos habían estado cerca del centro del desierto de Nevada. Eso no era una coincidencia. Confirmaba su teoría de un vínculo entre la estación y el autocar. No podía explicar el motivo, pero la destrucción de dos grupos de personas por lo demás dispares tenía allí su foco, entre cerdos y pollos, tal vez en aquellos laboratorios nuevos en donde los ratones corrían y los perros ladraban.

Durante unos minutos, las más descabelladas conjeturas se agolparon en su mente: pistolas de rayos y plantas homicidas, monstruos de tres cabezas y radiación atómica... los restos de unas lecturas que la vieja Sackman calificaba de basura. Aun así, ahora

estaba convencida de que su premisa original había sido cierta: el pobre Warren y los turistas habían sido asesinados por una razón específica. Y ahora podía añadir a sus muertes las de esos empleados del gobierno. ¡Cuánto echaba de menos su cocina en este preciso instante! Le gustaba dominar la alegría y la desesperación preparando una buena taza de té, preferiblemente negro y fuerte. Sin un té que la calmase, comenzaba a pasear de un lado a otro. No solo estaba contenta, sino también asustada, consciente de que había algo de qué asustarse. Aquella estación podía extender tentáculos.

El hombre que había estado ocupando el asiento de su lado se había incorporado al viaje únicamente para vigilarla. Tenía pruebas de ello. Quizás estaba decidiendo si también ella debería morir, y dónde. Después de todo, si conservar un secreto había merecido ya medio centenar de muertes, seguramente una más carecía de importancia. Sin duda solo seguía viva porque el hombre no conocía el paradero de los efectos robados. Sin embargo, no permitiría que viviese indefinidamente si él y sus cómplices sospechaban que estaba reuniendo pruebas en su contra. Había cometido un grave error al no conseguir ocultar sus sentimientos en el autocar. Los protagonistas de las novelas de misterio no habrían sido tan chapuceros como para arredrarse ante sus perseguidores, sino que habrían disimulado hasta el último momento. Eso la señalaba como lo que era: una mujer corriente, una viuda, una bibliotecaria que se había puesto a una tarea que superaba su talento para manejarla. Y, con todo, su propósito era más firme que nunca, por cuanto cada descubrimiento había fortalecido su intención de vindicar a Warren... y ahora a todos los muertos. Había nacido el 22 de enero, la misma fecha que lord Byron, y su signo Acuario incluía a hombres de acción y valor, como Lincoln y Lindbergh. Aún no se había rendido. Victoria Welch dejó de pasearse, descolgó el teléfono y llamó a San Francisco. Tenía un plan.

Padeciendo de resaca, Boyle salió del hotel y permaneció con los demás turistas esperando la señal del señor Carver para dirigirse hacia la plaza del Templo, a pocas manzanas de distancia. Todavía fatigada por el agotador viaje del día anterior, la gente salía sin prisa del hotel y deambulaba bajo el sol de la mañana. El señor

Carver se impacientó y sugirió que se pusieran en marcha; a los rezagados no les costaría alcanzarles. Boyle se puso las gafas de sol y empezó a caminar detrás de los recién casados. Victoria Welch no se les había unido todavía, pero Boyle había cambiado de parecer respecto a esperarla, porque ahora que su suerte había sido decidida, no quería que se pusiera nerviosa debido a un exceso de atención e hiciera algo impulsivo. Anduvo despacio, no obstante, mirando alrededor para ver si ya había aparecido. Vio a otros componentes del viaje, y, mientras ascendía la cuesta, visibles ya los lados de granito del templo y sus seis chapiteles dorados reluciendo en el día despejado, entrevió de soslayo a la alegre divorciada, sonriente y acercándose a toda prisa. La esperó. Durante un momento se apoderó de él una visión de Julie Saunders subiendo la cuesta hacia él, su pelo del color del junquillo bajo la luz, su cara radiante, anticipando su beso.

—Hola —dijo con falso entusiasmo.

Karen Hill jadeaba; tenía la piel pálida y los labios de un rojo antinatural.

—Dios mío, tengo resaca. ¿Cómo estás?

—Igual.

—No me enteré de que bebiéramos tanto. —Se colocó a su lado y empezaron a subir.

Boyle echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Buscando a tu novia? —preguntó Karen con una sonrisita irónica.

—¿Mi novia?

—Vicky Welch. Pues no la encontrarás. Se marchó esta mañana.

Boyle se detuvo.

—En efecto. Cuando me desperté, ya había hecho las maletas. Estaba harta de este viaje, y no la culpo. Hasta anoche... —Karen esbozó una radiante sonrisa— yo también quería largarme. Ahora ya no estoy tan segura.

—¿Se marchó? ¿Volvió a San Francisco?

—No lo dijo —Karen le cogió del brazo—. Oye, no soy una apasionada de los templos mormones. ¿Por qué no vamos a algún sitio? Eh, ¿qué pasa?

Boyle se había asido el pecho, sintiendo una sensación sofocante, como si de pronto una enorme roca se hubiera asentado

sobre su tórax. Inspiró a fondo unas cuantas veces y entonces la sensación cedió.

—¡Eh! —gritó Karen, cuando él se dio la vuelta y sin una palabra comenzó a correr cuesta abajo.

7

DOCE DÍAS ANTES de esta frenética carrera cuesta abajo en pos de una bibliotecaria aficionada a las estrellas que le había burlado, Alexander Boyle había estado trabajando en su galería en un catálogo para una nueva exposición de esculturas, previendo remilgadamente un almuerzo a base de atún y ensalada regado con Tab. Su ayudante había salido a tomar el café de media mañana, así que Boyle estaba solo cuando recibió la llamada de Hirschorn.

Hacía meses que no hablaban, pero la voz de Hirschorn era leve y relajada, lo cual significaba que telefoneaba desde fuera de su despacho.

Después de un afectuoso intercambio de saludos, Hirschorn comentó sin darle importancia que había surgido una situación que podría ser interesante.

—Es un trabajo breve pero agradable. ¿Podrías aceptarlo?

Boyle titubeó. Cuando Hirschorn empleaba su voz de vendedor modesto, la situación no era «agradable» sino enmarañada.

—Estoy ocupadísimo —le dijo Boyle.

—El trabajo no te robará mucho tiempo. Y te aseguro que es importante.

—Ya, todos lo son.

—Te necesitamos, Alex.

Si Boyle hubiera aceptado un encargo reciente, aún podría haber rehusado, pero había transcurrido casi un año desde que sintiera la vieja emoción del compromiso, del desafío, de ponerse a sí mismo en peligro.

—¿Dónde nos vemos? —dijo por fin.

—En el vestíbulo del Saint Francis dentro de una hora.

Cuando Boyle llegó al hotel, Hirschorn ya estaba allí y al verle cruzó rápidamente el vestíbulo sobre unas piernas cortas y gordinflonas, su mano extendida en un saludo prematuro, sus labios dibujando una adulatora sonrisa. Pero su arrogante apariencia desmentía una tenacidad que le había convertido tanto en un próspero corredor de fincas como en un agente de primera clase. En presencia de este hombre, Alexander Boyle experimentaba el entusiasmo y la seguridad que se desarrolla entre aquellos que han compartido el peligro.

—¿Cuál es la situación? —inquirió.

—Agárrate fuerte —Hirschorn hizo chasquear los nudillos entrelazando los dedos y separando las palmas, un hábito que a Boyle le resultaba familiar y le irritaba—. Varios turistas bebieron el agua de una estación agrícola federal y todos ellos van a morir —Hirschorn sonrió por encima del hombro de Boyle y saludó con la mano a un hombre que cruzaba el vestíbulo. «¡Hola!», llamó y se volvió de nuevo hacia Boyle—. Un tipo que conozco —le explicó enseguida—. Le vendí una casa en Forest Hill el año pasado. Es un hombre excelente pero testarudo. Hube de reducir mi comisión para hacer la venta. Pues resulta que un ratón se escapó de un laboratorio y envenenó el suministro de agua.

—¿Esto ocurrió en una estación agrícola? —preguntó Boyle con incredulidad.

—Supuse que te interesaría.

Así era. Comprendió, incluso por esta exigua explicación, el tipo de caso de que se trataba, puesto que había trabajado en ellos anteriormente. Con el transcurso de los años, de hecho, había devenido un especialista en casos que implicaran dificultades potenciales para el gobierno. Todos ellos tenían esto en común: lo que en principio parecía ser el patinazo de unos cuantos oficiales de poca monta, era, tras una detenida investigación, el resultado de profundos errores tácticos de las altas esferas. Otro agente había descrito en cierta ocasión un caso de tales características en términos de enfermedad: «Es como el hombre que se queja de un bultito en el pecho... lo abren y está plagado de cáncer». Alexander Boyle había observado más de una vez que un pequeño indicio en

las marismas conducía hasta la podredumbre en gran escala de Washington. Una infalible señal de complicaciones era la incongruencia dentro de un sistema de gobierno, y ¿qué podía ser más incongruente que un ratón mortífero apareciendo en una estación agrícola federal? Semejante toxicidad nada tenía que ver con el progreso de las vacas y ovejas. Esto no se parecía a la investigación agrícola; esto era guerra bacteriológica.

Hirschorn alargó la mano y apretó suavemente el brazo de Boyle.

—Ahora será mejor que subamos. Nos están esperando.

—¿A quién pertenecía el microbio? —inquirió Boyle mientras cruzaban el vestíbulo en dirección al ascensor.

—A Defensa.

—¿Oficina de la Guerra?

Hirschorn asintió con la cabeza, frunciendo los labios con exasperación.

De modo que Boyle supo que había dos departamentos del gobierno involucrados, factor este que subrayaba la dificultad e importancia del caso. Por supuesto, no era inaudito para las agencias el cooperar en proyectos especiales o para un departamento el prestarle a otro sus medios. Se obraba así con frecuencia a fin de hacer chanchullos con los fondos. Pero según la experiencia de Boyle, tal colaboración era intrínsecamente peligrosa y los problemas que conllevaba lastraban con mucho cualesquiera beneficios potenciales. Estos eran sus razonamientos: en el más básico nivel humano, un hombre se busca dificultades en cuanto entra en el territorio de otro hombre, incluso con permiso. Agrava este conflicto fundamental introduciendo la complejidad del gobierno moderno y el escenario de la catástrofe está montado. La autoridad comienza a difuminarse, la comunicación se estropea, la discreción impide la correcta ordenación de los hechos, la estudiada negligencia deforma el más simple procedimiento, y la demasiada o demasiado poca iniciativa, fruto tanto de la arrogancia como de la envidia, hace que un proyecto completo se desequilibre totalmente. La confusión se abre paso sin restricciones hasta que un ratoncito ha envenenado el suministro de agua de una granja de cerdos y condenado a muerte un autocar lleno de inocentes turistas.

—Es aquí —dijo Hirschorn, llamando a la puerta de una *suite* del

decimotercer piso.

Un joven delgado y pálido que vestía un traje de gabardina gris les franqueó la entrada. Se llamaba Hopkins, y cuando Hirschorn le presentó a Boyle, le estrechó la mano con mecánico vigor.

—He oído hablar mucho de usted —dijo, mirándole apreciativamente con sus agudos ojos. Boyle conocía a ese tipo de individuo: desapasionadamente eficaz, impaciente con los hombres de mayor edad, disgustado de tener que trabajar con agentes «C».

En cuanto estuvieron sentados en la habitación, Hirschorn sugirió una bebida y un bocadillo, a lo que Hopkins rehusó con un sentencioso gesto y, con manifiesta petulancia, se puso a revolver los papeles de su cartera cuando Hirschorn descolgó el teléfono.

—Yo tomaré una cerveza y un bocadillo de jamón y queso. ¿Y tú, Alex?

—Café.

—¿Nada más?

—Estoy a dieta. Colesterol alto.

—No me digas. Lo siento, Alex. Ya sé cuánto te gusta una buena comida.

—Miren —dijo Hopkins—. Mejor que empecemos —Esperó severamente hasta que Hirschorn hubo hecho el encargo pidiendo que lo sirvieran en la habitación, luego declaró—: Se trata de lo siguiente —y volvió a esperar hasta que los dos hombres le miraron atentamente. Luego se explicó.

Fue una explicación que, en líneas generales, Boyle ya había previsto. Era, al fin y al cabo, una vieja historia, compuesta de los errores humanos que había conjeturado en el ascensor. La situación se había visto determinada por la arrogancia y la envidia, impulsada por el connubio calamitoso de unos hombres cuya formación, principios y metas tenían poco en común. Durante más de un año, un experimento en guerra bacteriológica, copatrocinado por Defensa y el Departamento de Agricultura, había sido dirigido en un paraje seleccionado por su inaccesibilidad, en una granja federal de Nevada. En un principio el programa había marchado bien, justificando la colaboración de ambos organismos, y, de hecho, los científicos de fuera habían efectuado grandes progresos en el desarrollo de un nuevo tipo de armas.

Hopkins hizo una enfática pausa.

—Desgraciadamente, hubo algunos problemas personales.

El imaginar una única escena le bastó a Boyle para traducir los «problemas personales» en términos humanos: la cafetería al mediodía. Los veterinarios sentados a sus mesas, los virólogos a las suyas... discusiones sobre pienso en un lado de la sala, y sobre biomatemáticas en el otro, mientras el incesante viento de Nevada hostigaba a ambos grupos, aproximándolos a una confrontación no reconocida. Los odios que se engendraban y florecían en semejante atmósfera eran inmemoriales. Confinadas juntas en aquel desierto estaban la antipatía del campo por la ciudad, del hacedor por el pensador, del ingeniero práctico por el científico abstracto, y el correspondiente desdén que sentían los intelectuales urbanos hacia los hombres que se pasaban la vida entre pollos y ovejas.

—Un sinfín de cosas fueron mal —reveló Hopkins tristemente, como si la dinámica de tal situación le resultara inexplicable—, pero solo esta nos interesa: Agricultura se mostró reacia a poner agentes de seguridad en la estación, y si bien el Departamento se comprometió a declarar la estación zona vedada para el público en general, quienes tenían el mando en el lugar hacían la vista gorda cuando los guardianes dejaban detenerse allí a grupos de turistas los domingos. Según tengo entendido, era una práctica que existía desde mucho tiempo atrás. Los autocares se detenían y los guardianes sacaban algo de dinero extra vendiendo bocadillos en la cafetería.

Hirschorn soltó una risotada, pero Hopkins sacudió la cabeza disgustado.

—Ya me imagino a esos veterinarios —dijo Boyle—, riéndose ante la idea de que unos cuantos viejos engañaran a un grupo de científicos de élite de Washington.

—Puede que sí —afirmó Hopkins—, pero el domingo pasado el guardián preparó té y café con agua envenenada, y en la estación hay varios refrigeradores de agua, y hacía muchísimo calor, por lo cual el autobús se detuvo en primer lugar, y esos turistas entraron en tropel y con auténtico sentido común bebieron agua contaminada.

—¿Está usted seguro de que todos bebieron? —preguntó Hirschorn.

Hopkins se encogió de hombros.

—Eso suponemos. No podemos perder tiempo averiguando si uno o dos están a salvo.

Hirschorn se volvió hacia Boyle.

—¿Lo comprendes, Alex? Ellos siguen en el autocar, tan campantes. En este preciso instante, según el programa, deberían estar entrando en Timpie, Utah.

—¿Cómo fue descubierta —Boyle hizo una pausa y saboreó un tanto la palabra— el error?

Hopkins explicó que esa mañana un virólogo que iba a trabajar había encontrado abierta una de las jaulas. Hopkins hizo una mueca.

—Inicialmente, Defensa disponía de laboratorios separados, pero Agricultura se quejó pretextando que el proyecto exigía compartir las instalaciones y, puesto que los de Defensa necesitaban menos espacio que los veterinarios, los laboratorios debían estar disponibles para ambos equipos. De modo que ahora los virólogos pretenden que los veterinarios que compartían su laboratorio habían manipulado las jaulas, y los veterinarios juran que no lo hicieron.

—¿Y qué hay del ratón desaparecido? —preguntó Boyle, incapaz, pese a la gravedad del caso, de ahogar un gruñido de hilaridad.

—Se tardó una hora en encontrarlo. Estaba en el exterior, flotando en el tanque de agua que abastece toda la estación. No solo eso, sino que una prueba de coloración indicó un contenido levemente bajo para matar los microorganismos que portaba el ratón —Hopkins levantó las manos consternado—. Agricultura le echa la culpa de esto a Defensa porque el riesgo potencial de los experimentos hacía responsable al grupo de la Oficina de la Guerra de las medidas de seguridad.

—Pero supongo que Defensa pretende que Agricultura fue responsable porque las instalaciones son suyas.

Hopkins asintió abatido.

—¿También bebieron del agua los empleados? —inquirió Boyle.

—Unos diez lo hicieron antes de que el programa fuera descubierta. Eso incluye al guardián. Han sido separados de la estación hasta que sepamos qué hacer con ellos.

—¿Quién se ocupa de la investigación?

—El FBI local. Pero se lo están tomando con mucha calma, ya que tanto Agricultura como Defensa están de acuerdo en que sería un error despertar demasiado interés, digamos, en Ely y Baker. Nadie quiere una investigación a gran escala, ciertamente no antes de que nos ocupemos de los turistas.

—Pero ¿acaso los empleados no saben lo que ocurrió?

—No con certeza. Saben que algo salió mal; saben, cómo no, lo del ratón, pero los veterinarios al menos no comprenderían las ramificaciones de lo que ocurrió. Se les ha ordenado, por supuesto, no hablar de eso.

—¿Órdenes enérgicas?

—Eso tengo entendido.

—Lo pregunto porque es evidente que la estación está dirigida igual que un circo.

—Por lo menos los veterinarios ignoran la gravedad del asunto. Solo los de la Oficina de la Guerra lo saben, y no hablarán.

—¿Cómo puede ser más grave de lo que ya es, con un autocar lleno de moribundos?

Hopkins se puso de pie.

—Creo —dijo—, que sería mejor que se lo preguntara a Spitz. — Fue hasta una puerta de la *suite* y llamó con los nudillos.

Un hombre flaco, que parecía sufrir una extrema fatiga, entró en la habitación arrastrando los pies, frotándose los ojos y bostezando. Andaba con tiento, como temeroso de que se le rompiera algo, y su extraña palidez sugería una grave enfermedad.

—Perdón —murmuró—. El viaje desde Washington me ha dejado rendido. Hola, Hirschorn —dijo con una abatida sonrisa, y estrechó la mano del corredor de fincas.

Hirschorn le presentó a Boyle.

—Spitz y yo —le dijo—, trabajamos juntos una vez en Fort Detrick.

—Aquello fue una epidemia de fiebre de Chikungunya, ¿verdad? —dijo el hombre pálido—. Pensábamos que era sabotaje, pero ¿fue un accidente? Sí, eso fue. Ampollas de sacos vitelinos contaminados que rezumaban. —Se tendió en la cama y se despezó con un suspiro.

—Creo que sería mejor que empezáramos —dijo Hopkins.

—Pues empecemos —dijo Spitz fatigadamente.

—Lo que tenemos aquí —comenzó Hopkins con la mesurada voz de un conferenciante—, es un problema triple. Primero, ¿qué hacemos con todos esos turistas? Segundo, ¿cómo mantenemos la integridad gubernamental? Tercero, ¿cómo prevenimos una revelación de la seguridad nacional de trascendencia internacional?

—¿Están ustedes preparados? —preguntó Spitz con impaciencia.

En ese momento llamaron a la puerta y Hirschorn se levantó de un salto. Cogió una bandeja del botones y la entró en la habitación, sonriendo.

—¿Quiere algo? —le preguntó a Spitz—. ¿Un vaso de leche? —Spitz asintió con la cabeza y Hirschorn le dijo al botones que trajera leche—. Y un *bourbon* para mí —añadió.

Hopkins miró furiosamente al corredor de fincas, esperó como un maestro de escuela a que se hiciera silencio en la habitación.

—Quiero que Spitz les exponga los detalles, así comprenderán la situación por entero antes de que tomemos decisiones. Adelante, Spitz.

Spitz se puso la mano detrás del cuello, cruzó los pies y miró fijamente al techo. Con voz baja y trémula describió el desarrollo de una nueva arma bacteriológica denominada el Papagayo y el Cerdo. Era un agente mixto que producía un doble cuadro clínico, con la particularidad de que una afección benigna encubre la virulencia de la otra. El Componente Uno era un virus que provoca la fiebre del papagayo. Sus síntomas eran pulmoníacos, pero, a diferencia de la mayoría de las fiebres originadas por virus, reaccionaba favorablemente a la quimioterapia, especialmente la tetraciclina. El Componente Dos, llamado el Cerdo, provenía de un espectro de bacterias *Brucella* que atacan normalmente a los animales de granja, pero que bajo ciertas condiciones puede infectar al hombre y producir la fiebre ondulante. La fiebre ondulante o brucelosis era tan solo una enfermedad debilitante, aunque sin el tratamiento adecuado tendía a persistir durante mucho tiempo. Hacía poco, en la estación agrícola un virólogo desarrolló una nueva especie de *Brucella suis* cuyo huésped natural es el cerdo común. El mutante del virólogo era, sin exagerar, un espectacular ejemplo de la evolución en los microorganismos. Reaccionaba químicamente como el *Brucella suis*, pero creaba un cuadro clínico totalmente nuevo. En vez de producir la debilidad general de la fiebre

ondulante, esta especie de mutante invadía, lenta pero inexorablemente, los pulmones de los animales experimentales, de manera muy parecida a la fiebre del papagayo, solo que con un efecto mucho más amplio. Ni la tetraciclina ni cualquier otro antibiótico tenían el más mínimo efecto sobre el *Brucella suis* B. En la fase actual de la investigación no existía antídoto apropiado, y el componente Cerdo resultaba letal casi en un ciento por ciento.

—Es así con los animales —interrumpió Boyle—. ¿Qué pasa con las personas?

—Todos los virólogos —dijo Spitz— que han examinado las pruebas han quedado convencidos de que la mortalidad sería similar —Y agregó con una breve risa—: Este es un cerdo malvado.

—Lo bastante malvado para exterminar una nación —comentó Boyle en tono áspero.

—Pero no lo bastante aprisa —rectificó Spitz. Explicó que a diferencia de la peste, de la cual eran portadoras las ratas ambulantes y las pulgas, el Papagayo y el Cerdo era transferido por los animales de granja. Esto era la consecuencia de un estilo de vida, casi imposible de cambiar en los microorganismos. Cualquier epidemia causada por él avanzaría lentamente y los modernos métodos de cuarentena la detendrían con rapidez.

—Disponemos de agentes mucho mejores para una epidemia a gran escala —dijo Spitz.

—¿Y pues?

—El Papagayo y el Cerdo pueden utilizarse selectivamente. Permítanme explicarlo poniéndoles un caso hipotético —Spitz arregló las almohadas de debajo de su cabeza y empezó a hablar con la voz delgada, vacilante, de un enfermo. Postuló una situación clínica en la que un médico tiene un paciente con síntomas de pulmonía persistentes, pero que no revisten gravedad. Las pruebas indican fiebre del papagayo, por lo tanto el médico suministra tetraciclina al paciente con todas las esperanzas de una rápida recuperación, y, en efecto, él reacciona casi enseguida. Si ha sido hospitalizado, podrían mandarlo a casa durante dicha fase de recuperación. Luego los síntomas se reavivan, no peligrosamente, pero vuelven a manifestarse y esta reaparición deja perplejo al médico porque el virus debería estar bajo control. Por otra parte, el médico no se alarma. Algunas especies de un organismo son más

resistentes que otras, así como algunos miembros de la raza humana son más resistentes a la infección que otros. Probablemente considerará el retorno de los síntomas como poco más que una complicación, la cual requiere un módico trabajo extra. De manera que el médico experimenta con dosificaciones y combinaciones de apoyo de antibióticos, hasta que su falta de éxito le obliga a realizar pruebas adicionales, que revelan la presencia de fiebre ondulante. Esto confunde sin duda el cuadro clínico, ya que ahora el paciente sufre una enfermedad tanto de componentes virales como bacteriales—. Esta —dijo Spitz— es la belleza de un agente mixto... es desconcertante.

—Lo que está diciendo —exclamó Boyle— es que el segundo ataque del Papagayo se debe realmente al Cerdo.

—Exacto. La tetraciclina se ha ocupado del Papagayo; el Cerdo se estaba imponiendo cuando los síntomas se avivaron por segunda vez.

—Pero ¿por qué el Cerdo no había aparecido antes?

Spitz levantó la cabeza ligeramente para echar un vistazo a Boyle.

—Buena pregunta. Porque se incubaba más tarde que el Papagayo. El período de preinfección para el Papagayo es de cuatro a cinco días, pero para el Cerdo es de unos diez.

Volvieron a llamar a la puerta. Hopkins frunció el ceño mientras Hirschorn cogía el vaso de leche y el *bourbon* del botones.

—¿Quién tiene cambio? —Hopkins, que se estaba impacientando, se puso de pie rápidamente y le entregó un dólar al botones.

—Ahora prosigamos —dijo Hopkins impaciente.

Spitz explicó que aun con las complicaciones de la fiebre ondulante, todavía no hay motivo de alarma, porque la enfermedad es típicamente menos seria que la fiebre del Papagayo. Pero entonces, para la perplejidad del médico, el estado del paciente se agrava, nada hay que detenga el progreso de su empeoramiento, y, en menos de un mes, ha fallecido. Según experiencias de laboratorio, el final es predecible: un apogeo fulminante, desarrollo de pulmonía lobular marcada por más de sesenta respiraciones por minuto, temperatura elevada, expectoración sanguinolenta, edema pulmonar y convulsiones. Para entonces, claro está, el hospital ha

dictaminado estricta cuarentena, debido a que se han producido inesperadamente nuevas infecciones entre el personal y los visitantes. Durante cosa de un mes, sin embargo, la naturaleza dual del Papagayo y el Cerdo y la confusión asociada le han concedido al Cerdo, más lento, el tiempo suficiente para que se aferrara a varias víctimas.

—Déjame decir algo —interrumpió Hopkins—. Lo importante es que este hipotético paciente ha recibido visitas, ya que, hasta el último momento, su estado no ha exigido la cuarentena.

—Sí, ya entiendo —dijo Boyle.

—Por lo tanto, el Papagayo y el Cerdo puede utilizarse como un agente de espionaje altamente selectivo. —Hopkins continuó con otra situación hipotética. A través de un producto lácteo se infecta a un importante oficial del gobierno y este, desde su habitación del hospital, infecta a sus colegas que van a cumplimentarle. Quizá sobrevienen unas miles de muertes antes de que los procedimientos de cuarentena detengan esta lenta epidemia. Pero, significativamente, muchas de las víctimas han estado gobernando la nación, y así, sin diezmar la población general, todo un gobierno ha sido inutilizado por medio de volverlo impotente en los escalones más altos.

—Ahora comprendo qué quiere decir con lo de un problema de seguridad nacional —dijo Boyle—. Sería bastante violento para nosotros el que este proyecto se hiciera público.

—Bastante —dijo Hirschorn con una breve risa.

—Otros gobiernos saben que estamos ensayando algo así porque ellos también lo están —explicó Hopkins—. Tarde o temprano sus agentes se enterarán de que lo hemos logrado, pero no queremos que se enteren por medio de un escándalo.

—De manera que nuestra tarea consiste en evitarlo —dijo Boyle preocupado—. ¿Por dónde empezamos, señores?

Los cuatro hombres se miraron entre sí.

Por último, Spitz dijo:

—Empecemos con los turistas. Cuando su autocar regrese a San Diego, estarán calenturientos.

—Dígame —intervino Boyle—. Cuando alguien muere de esta enfermedad, ¿el Cerdo muere a su vez?

—No, es anaerobio, lo cual significa que puede vivir en un tejido

muerto.

—¿Pues cómo lo matarán?

—Muchísimos tóxicos químicos lo hacen. Las friegas con alcohol son capaces de ello. Simplemente se rompen las conexiones del hidrógeno en la célula bacteriana.

—¿Así que no podemos matar al Cerdo sin matar también a las personas?

—Estoy hablando de la clase de productos químicos que producen un daño estructural completo. Cuando se mata a la bacteria de este modo, se sucede una reacción adversa en el huésped.

—¿Lo cual significa?

—Detención respiratoria y muerte. Y una muerte muy desagradable.

—Puesto que esas personas van a morir de todas maneras —dijo Boyle pensativo—, ¿no podríamos disponer algo indoloro para ellas, y, después de que hayan muerto, encargarnos del Cerdo con uno de esos tóxicos?

—No —contestó Spitz con firmeza—. Una vez que esas personas hayan muerto, no se puede utilizar un tóxico sobre el Cerdo. En la muerte la sangre se paraliza, ¿comprende? Sería incapaz de transportar el tóxico hasta las células.

—Voy a pedir otro *bourbon* —anunció Hirschorn y fue hasta el teléfono.

—Ahora tomaré una cerveza —dijo Boyle.

—Para mí nada —declaró Hopkins remilgadamente.

—No se puede inyectar el tóxico después de que hayan muerto porque no mataría al Cerdo. Yo tampoco quiero nada —dijo Spitz.

—Si destruimos los cuerpos, ¿mataría eso al Cerdo? —preguntó Boyle.

—Si se destruyen por completo, sí.

—Podríamos quemarlos —sugirió Hirschorn con la mano puesta sobre el teléfono.

—Todo lo que no sea la incineración total será inútil —advirtió Spitz.

—Podríamos ponerlos en un avión con un cargamento de sustancias inflamables...

—¿Todo el autocar?

—Podríamos encargarnos de los empleados de la estación de este modo.

—Creo que aquí Hirschorn ha dado en el clavo —dijo Boyle.

—Vale —dijo Spitz—. Pero ¿y los turistas qué? Incinerar un autocar es menos seguro que un avión. Si no se quemase completamente, estaríamos igual que al principio... con suficiente *Brucella* para contaminar todas las funerarias de San Diego. Creo que con los turistas la mejor opción es un tóxico químico.

—¿Dárselo mientras todavía están vivos? —preguntó Boyle.

—A eso me refiero.

Boyle sacudió la cabeza.

—No me gusta. Según usted, hay muchísimas maneras de hacerlo.

—¿Tenemos elección?

—Bueno, ¿no podríamos dormirlos primero y luego darles el tóxico?

—Eso es una complicación, Alex —dijo Hirschorn—. Es mejor que vayamos a lo sencillo.

—Estoy con Boyle —dijo Spitz—. Podríamos dormirlos primero.

—Esperen un minuto —Hopkins levantó la mano—. Hirschorn tiene razón con lo de la simplicidad. Ustedes saben tan bien como yo que cada operación extra incrementa el margen de error.

—Podríamos estrellar un camión de gasolina contra el autocar —dijo Hirschorn.

—Pero Spitz ha dicho que si los cuerpos no se queman totalmente, la bacteria sigue viva —arguyó Boyle—. Los autocares turísticos están bastante bien contruidos. ¿Y qué pasa si alguien consigue saltar? Y luego el conductor tiene que salir a tiempo del camión de gasolina. Me parece que sería algo muy difícil de llevar a cabo.

Hopkins asintió.

—Miren —dijo Spitz—, podemos anestesiarles y después inyectarles el tóxico. Podemos utilizar un paralizante muscular. Déjenme pensar. —Se recostó en la cama, sus demudadas facciones tensas de concentración. El hielo tintineaba en el vaso de Hirschorn. Boyle abrió su petaca y sacó unas cuantas semillas de soja tostadas.

—¿Qué son? —preguntó Hirschorn.

—El tentempié que me han recetado.

—Alex, te estás haciendo viejo.

—Tricloroetileno —declaró Spitz de repente, y se reclinó sobre los codos. Luego volvió a tenderse lentamente en la cama—. No, no funcionaría. El autocar es un sistema cerrado.

—No le comprendo —dijo Boyle.

—En un sistema cerrado el tricloroetileno reacciona con oxígeno formando un biproducto venenoso. Eso les mataría antes de inyectar el tóxico.

—Yo me inclino por el camión de gasolina —dijo Hirschorn.

—Ya somos dos —repuso Hopkins.

Otra llamada a la puerta hizo levantarse a Hirschorn. Boyle le entregó cincuenta centavos cuando pasó por su lado. Cogió la bandeja del botones y regresó sonriendo.

—Aquí está —le dijo a Boyle, que cogió la botella de cerveza y un vaso.

—Halotane —exclamó Spitz, reclinándose otra vez sobre los codos—. Es un gas con una rápida fase de inducción. Los pondría fuera de combate muy deprisa. Una cosa, sin embargo... La volatilidad depende del tiempo que tarde el gas en desplazarse por el autocar. Mejor que calculemos los metros cuadrados.

Hopkins lo apuntó en un cuaderno.

—Me ocuparé de ello.

—Hemos de propagar el gas rápidamente o esa gente podría ser presa del pánico —dijo Boyle. Los otros asintieron—. ¿Qué tal propagarlo a través del sistema de aire acondicionado?

—¿Qué opina? —le preguntó Hopkins a Spitz.

—No soy ingeniero, pero no creo que fuera un problema difícil. Todo lo que se necesitaría es un mecanismo de encendido y una pequeña carga para accionarlo, atada a una bomba de aerosol en la unidad de aire acondicionado. Se podría hacer estallar en el acto.

—¿Pero cuándo podría instalarse? —preguntó Boyle.

—Tengo el programa del autocar —dijo Hopkins, explicando entonces que el autocar estaría en Elko mañana y en Reno al día siguiente.

—Eso sería lo más pronto que podríamos tener listo el artilugio —afirmó Boyle—. ¿Estarán atontados los turistas para entonces?

—Oh, no —dijo Spitz—. Ni siquiera acusarán los síntomas del Papagayo. ¿Cómo sigue el programa después de Reno? —le

preguntó a Hopkins, quien le explicó que después de Reno el autocar haría un recorrido alrededor del lago Tahoe y el área de recreo de Oroville, antes de llegar a San Francisco esa noche.

—Para entonces unos cuantos de ellos estarían experimentando los efectos del Papagayo —dijo Spitz.

—Un día en Frisco, luego otro día de viaje hasta San Diego —dijo Hopkins.

—Y en ese momento ya todos experimentarían los efectos del Papagayo. Llegarían a sus casas enfermos. Muchos de ellos comenzarían a ir al médico. Primer diagnóstico: pulmonía leve. Más tarde: fiebre del Papagayo. Y después el Cerdo les ataca y en cuanto empiecen a morir alguien va a relacionar sus muertes con un cierto viaje en autocar.

—Pero eso no ocurrirá, Spitz —dijo Boyle—. Volvamos a Reno.

Pronto el plan adquirió forma con la ayuda de un mapa que un botones les trajo de la librería del hotel. Aproximadamente cincuenta horas después de esta reunión, en un garaje de Reno, mucho después de que los turistas se hubieran acostado, un equipo de ingenieros instalaría una bomba del halotane en el sistema de aire acondicionado del autocar y montaría el circuito de tal modo que el aparato de encendido se activase cuando el interruptor del aire acondicionado fuera accionado con el tablero de instrumentos. Mientras el autocar estaba siendo manipulado, el conductor del mismo sería retirado de su habitación del hotel. A la mañana siguiente aparecería un sustituto y notificaría a los pasajeros que dado que el conductor habitual había caído enfermo durante la noche y se hallaba ahora en el hospital, la agencia de viajes se había puesto de acuerdo con una filial para que lo supliera. La fase más complicada de la operación daría comienzo luego de que el autocar saliera de Reno. Después de recorrer el lago Tahoe y detenerse para tomar un respiro en las cataratas Father, el autocar seguiría hasta San Francisco pasando por Marysville.

Examinando el mapa, Boyle sugirió que el gas fuera activado después de que el autocar abandonara Marysville.

—De todos modos, ¿cómo es esa región?

—Yo conozco la zona —dijo Hirschorn—. En una ocasión ayudé a un hombre a vender cierta finca por esos andurriales. Es bastante agreste, llena de lagos y bosques.

—Perfecto. Tendríamos que poder hallar un punto de encuentro en la carretera al sur de Marysville —Boyle se dirigió a Hopkins—. ¿Podemos conseguir una localización por medio de la oficina de Reno?

Hopkins asintió e inmediatamente puso una conferencia.

Boyle masticó unas semillas de soja.

—Vale —dijo distraído—. El autocar en la carretera al sur de Marysville. Nuestro conductor conecta el aire acondicionado. En un minuto el gas entra de sopetón, y Spitz dice que podemos esperar que todos duerman en el siguiente.

—Espere —dijo Hirschorn—. ¿No incluirá esto a nuestro conductor?

—Le damos una mascarilla antigás —dijo Spitz—. Yo puedo requisar una Olympia. Se ajusta tan solo sobre la boca y la nariz y se puede sostener con una mano. A esa hora estará oscuro; ningún pasajero se dará cuenta.

—Así —dijo Boyle—, él conduce el autocar hasta un encuentro con el equipo de inoculación. ¿Puede conseguir a la gente, Spitz?

Spitz chasqueó los dedos.

—Su primera tarea es bombear el gas fuera del autocar, ¿verdad?

—Pueden hacerlo con una bomba rotatoria —explicó Spitz—. Se transporta fácilmente en un camión grúa.

—¿Cuánto llevará sacar el gas?

—No más de una hora.

—De acuerdo. A continuación ponen las inyecciones.

—Ya lo tengo —dijo Hopkins desde el teléfono—. ¿Colbert? Soy Jack Hopkins, de Washington. Necesitamos un lugar apartado al sur de Marysville para un encuentro. ¿Qué sugieres? Para un autocar y un camión. Que no haya mirones. Vale, esperaré.

—He estado pensando —le dijo Boyle a Spitz, que se hallaba sentado en la cama, con aspecto de estar medio dormido—. ¿Se puede regular el tiempo que tarden esas personas en morir?

—Podemos alargar o acortar el tiempo como se desee, lo cual depende hasta cierto punto, claro está, de las diferencias de constitución de los pasajeros... edad, salud y demás.

—Bien —dijo Hopkins al teléfono—. Quiero tomar nota.

—Debieran estar muertos cuando lleguen a Frisco —le dijo

Boyle a Spitz.

—No hay problema.

—Si mueren deprisa, ¿tendrán convulsiones?

—Probablemente. Por norma general, cuanto más potente es el tóxico, más intensas son las reacciones fisiológicas.

—¿Podrían reducirse al mínimo?

Hopkins colgó el teléfono.

—Disponemos de un sitio de encuentro —dijo—. Colbert jura que allí no habrán interrupciones.

—Bien —dijo Boyle. Y se dirigió otra vez a Spitz—. Si las convulsiones son violentas, esas personas se contorsionarán por todo el autocar y este tiene que atravesar San Francisco. Lo que esperamos es que parezcan dormidas.

—Entiendo —dijo Spitz—. Creo que podemos lograr reducir las convulsiones al mínimo.

—Así pues ya hemos adelantado bastante. Cuando nuestro conductor llegue al segundo encuentro en la Carretera de la Costa, colocamos a su conductor tras el volante y empujamos el autocar para que se despeñe por el acantilado.

—Sí, eso es —convino Hirschorn, y los cuatro hombres guardaron silencio.

—¿Están seguros de que esto es mejor que el camión de gasolina? —dijo Hopkins al cabo de un rato.

—Yo sí —dijo Boyle.

—Yo sí —dijo Spitz.

—Es terriblemente complicado —dijo Hirschorn—, pero iré con ellos.

—Pues ya está solucionado —declaró Hopkins—. Spitz, ¿usted se encargará del gas y el tóxico?

—Claro, y haré que los ingenieros manipulen la bomba de aire acondicionado.

Hopkins se volvió hacia Boyle, dando golpecitos en el cuaderno, como un profesor disponiéndose a amonestar a un estudiante travieso.

—¿Puede conseguir un conductor?

—Sí.

—¿Uno de sus muchachos? —dijo pastosamente—. ¿Sabe? He oído hablar de ellos.

—¿De veras? —dijo Boyle.

—Le ha ido muy bien con ellos —adujo Hirschorn, con el tono tranquilizador de un hombre habituado a arreglar convenios.

—Es mi opinión personal —dijo Hopkins arrogantemente—, utilizar criminales es un procedimiento altamente peligroso.

—Algunas de las mejores personas con las que he llegado a trabajar han sido criminales —dijo Boyle.

—Oh, ya me doy cuenta de cómo piensan ustedes los agentes «C».

—Si no pensáramos así —contestó Boyle—, no haríamos la más mínima falta.

—De acuerdo, llame a su conductor. Procure que se le pueda localizar fácilmente en Frisco por si algo sale mal.

—Por supuesto.

—Hirschorn, ¿podrá usted ocuparse de la fase Carretera de la Costa?

—Sin problemas. Conozco a tres agentes «C» que harán el trabajo con absoluta limpieza.

—¿Agentes «C»? —Hopkins sonrió agriamente—. ¿No utiliza a criminales como hace Boyle?

Hirschorn repitió sus palabras con un mesurado tono de cólera contenida.

—Conozco a tres agentes «C» que harán el trabajo con absoluta limpieza.

—Estoy seguro de ello —dijo Hopkins—. Se les paga lo suficiente. Todos sus agentes «C» y los criminales de Boyle aún nos llevarán a la bancarrota. —Con una sonrisa triunfante, miró abajo, hacia su cuaderno, mientras Boyle y Hirschorn intercambiaban miradas de complicidad. Los fondos para las operaciones «C» y en definitiva el mismo concepto de estas operaciones, habían movido a muchos asiduos en este campo a quejarse rencorosamente de tales agentes.

«Si los insatisfechos como Hopkins pudieran salirse con la suya, —discurrió Boyle mientras miraba al joven escribir en el cuaderno con mano meticulosa—, lo que había ocurrido en la granja porcina de Nevada habría sucedido con resultados igualmente desastrosos dentro del sistema de información de la nación».

—Yo coordinaré desde Washington —dijo Hopkins, levantando

al fin la vista—. Boyle, si necesita contactar conmigo, hágalo a través de Hirschorn. Spitz, será mejor que tomemos el próximo vuelo.

El hombre pálido asintió fatigadamente, luego sus ojos, brillantes de fiebre, se volvieron hacia Boyle.

—Hay otro problema —dijo, respirando con breves jadeos—. ¿Qué va a hacer con su conductor? —En respuesta a la burlona expresión de Boyle, Spitz explicó que aun cuando la fase de incubación del Cerdo no se habría consumado en el momento de la muerte de los turistas, era concebible que el conductor pudiera coger aún la infección a causa de su prolongada exposición a la misma en el interior del autocar. Esto era especialmente cierto porque el autocar era un sistema cerrado en el cual se condensaría el aliento durante muchas horas—. No estoy diciendo que sea probable, pero sin duda es posible —concluyó Spitz—. Su conductor podría pillar el Cerdo.

Después de un largo silencio, Boyle dijo:

—Lo que insinúa es que deberá ser eliminado después del trabajo.

—Por fin comprendo la función de sus muchachos —reconoció Hopkins sarcástico—. Si alguien es sacrificable, más vale que sea un criminal de segunda fila.

Boyle le fulminó con la mirada.

—O agentes «C», ¿no es cierto Hopkins?

Se volvió hacia Spitz antes que el joven pudiera responder.

—¿Es imprescindible?

Spitz se encogió de hombros.

—Como digo, es posible pero no probable que coja el Cerdo. ¿Las posibilidades? Quién sabe. Puede que una entre diez, tal vez más.

—Pero el hecho es que sería mejor asegurarse.

—Lo sería, Alex —convino Hirschorn—. Si no, es un cabo suelto.

—¿Cómo tendría que hacerse? —le preguntó Boyle a Spitz.

—Bueno —el enfermo frunció los labios—, eso le toca decidirlo a usted. Solo que, como quiera que lo haga, asegúrese de quemar el cuerpo. Si no lo hace, volvemos a estar como al principio. El juez de primera instancia, los ayudantes en el depósito de cadáveres... todos ellos serían probables.

—¿Algún método especial de incineración?

—Cualquiera servirá. El queroseno, por ejemplo. Solo así se destruyen los tejidos.

Hopkins cerró su cuaderno con un golpe terminante.

—Pues eso es todo —Se puso de pie—. Mejor que nos pongamos en marcha. Ese autocar lleva la peor carga de publicidad con que se ha enfrentado este país desde hace mucho tiempo.

Se estrecharon manos por doquier, y Boyle abandonó la *suite* en compañía de Hirschorn. En el ascensor guardaron silencio mientras una mujer elegantemente vestida echaba una apreciativa mirada a Boyle.

En el vestíbulo Boyle dijo:

—Ese Hopkins es un *hijoputa*.

—Sí —admitió Hirschorn con una risita sofocada—, pero cumple con su trabajo. Es uno de los que prometen. Seguro que no se preocupa mucho por nosotros los de los viejos tiempos, ¿verdad? ¿Viste su cara cuando le dijiste que los agentes «C» eran sacrificables? Se cabreó de verdad.

—Pero es cierto.

—Claro. Solo que no creo que le guste la idea de que seamos tan encantadores a nuestra edad.

Se estrecharon la mano, y ya se iban cuando Hirschorn se dio la vuelta diciendo:

—¿Qué te ha parecido Spitz?

—Me ha caído bien.

—Sí, pero supongo que está enfermo. ¿Cómo diablos se lo monta para seguir tirando? Recuerdo que hace unos años era activo como el que más.

—Todos nos estamos haciendo viejos —dijo Boyle.

—Puede que sí, pero seguimos siendo más creativos que muchos de esos nuevos, como Hopkins.

—Así es como hablan los viejos.

Ambos sonrieron y echaron a andar; al salir del hotel Saint Francis tomaron direcciones distintas.

8

AMODORRADO, a unos miles de metros por encima de California con rumbo a San Francisco y a una confrontación definitiva con Victoria Welch, le vino a la memoria aquella reunión en el Hotel Saint Francis. En un estado hipnagógico entre el sueño y la vigilia, Boyle reconstruyó la operación en un mosaico de más claro significado. Habría tenido éxito si él no hubiera fracasado. ¡Si tan solo hubiera revisado el autocar! Ahora los efectos personales de cuarenta muertos habían desaparecido y en una investigación publicada, promovida por una prensa agresiva a la que el Watergate había enseñado a sospechar de todo, ¿quién sabe adónde podría conducir el afán del público por el escándalo? Boyle podía imaginar los titulares proclamándolo a gritos: «¡

UN

PROYECTO GUBERNAMENTAL CONDENA A MUERTE A TURISTAS!». Y de Moscú a Pekín, de Londres a Nueva Delhi, habría risas al tiempo que consternación. En Washington, los engranajes de la investigación pulverizarían los entresijos y una multitud de oficiales se disputarían el ser los primeros con las embarazosas conjeturas, los descubrimientos sensacionales, las virtuosas acusaciones... de hecho todo lo que se había dedicado a evitar desde el preciso instante en que se convirtiera en un agente «C». Para Alexander Boyle y los agentes «C» como él, había dos clases de personas en el mundo: las que producían basura y las que la limpiaban. En el gobierno había muchísimos productores de basura que ponían en peligro la salud pública, de modo que existían unos cuantos cuyo

cometido era evitar que la nación apestara. Así es como Boyle se veía a sí mismo: como un ingeniero de sanidad. Nunca llevaba escoba, ni cubo, ni desinfectante; jamás vestía uniforme o gorra oficial, nunca vaciaba papeleras ni desatascaba bocas de alcantarilla, pero su trabajo consistía igualmente en limpiar. Incluso antes de incorporarse a la fuerza «C» diez años atrás, cuando aún era un agente del FBI, se había considerado a sí mismo con orgullo un hombre de sanidad. Cuando había dejado el departamento ante la insistencia de su esposa, a Boyle le habían persuadido fácilmente de que mantuviera vivo su compromiso trabajando con la fuerza «C». Por lo tanto, al abandonar el FBI a fin de dedicarse a la vida tranquila que su Cora siempre había deseado para él, se había incorporado a una unidad cuyo trabajo era hartamente más peligroso. Cora no habría apreciado la horrible ironía de tal situación. Para Boyle, por otra parte, era el compromiso decisivo, debido a que la fuerza «C» era un profundo experimento en seguridad nacional. El concepto había derivado bastante lógicamente de la costumbre de la CIA de instalar sus agentes exteriores en organizaciones comerciales, embajadas e incluso en el ejército. ¿Por qué no utilizar un método parecido en casa? ¿Por qué no reclutar a antiguos militares y otros exempleados del gobierno y, en ciertos casos, a patriotas procedentes de empresas y comunidades científicas para que salvaguardaran la imagen nacional desde dentro? Los propios argumentos en contra de semejante proyecto —era ilegal, ingobernable, inexplicable al público— constituían precisamente su poder. En situaciones excepcionalmente delicadas era sin duda provechoso emplear a operarios de quienes no se pudiera averiguar que actuaban bajo órdenes oficiales; lo que hacían, lo hacían como ciudadanos particulares, sin ninguna conexión visible con el gobierno al que sus actos podían poner en un aprieto. El financiamiento del programa quedaba fácilmente oculto en medio de la maraña de asignaciones para el trabajo de información y mientras la inquebrantable lealtad de sus agentes estuviera asegurada, los únicos que salían perdiendo eran los mismos agentes. Tal vez treinta o cuarenta hombres en toda la nación componían esta unidad estrechamente avenida. El orgullo que sentían por su trabajo y la fe en su importancia habían sido su compensación, y hasta el momento, en los doce años de existencia de la fuerza «C»,

ni un solo agente había divulgado, ya fuera consciente o accidentalmente, su papel en el sistema de información nacional. Para algunos, claro está, la compensación era tanto monetaria como emocional —el dinero percibido por un trabajo había mantenido a flote a más de uno de ellos en su carrera como negociantes—, pero para Boyle y otros como él bastaba con que la reputación del país dependiera a veces de su talento para protegerla.

Y ahora había puesto en peligro esa reputación al cometer un error digno de un aficionado.

Se incorporó en el asiento con un súbito movimiento espasmódico y le hizo una seña a la azafata. «*Whisky doble*», le dijo, y miró alejarse su esbelta silueta, colmada su mente durante un instante de la imagen de Julie Saunders. Se dejó llevar por una fantasía: estaban juntos en ese avión, solo que no iba rumbo a San Francisco, sino a

Hong-Kong

y a las puestas de sol en la terraza del Hotel Repulse Bay, un lugar estratégico desde el que podían contemplar los juncos chinos dirigirse a la bahía y tocar los bordes de sus copas en un romántico brindis. Le trajeron el *whisky* y se lo bebió de golpe, sintiéndose más asqueroso que nunca. Desde que saliera de Salt Lake City una extraña fatiga, un profundo letargo se había depositado sobre él. Quizá su increíble error justificaba esta sensación. ¿Por qué, por qué, por qué había permanecido en su coche, cómodo y caliente, durante diez minutos completos, solo a setenta metros de su deber, donde Tony Aiello reparaba el motor, y los pasajeros muertos estaban rígidamente sentados en posturas somnolientas junto a las ventanillas? ¿Qué había pensado a lo largo de estos fatídicos minutos? ¿Había estado cansado? ¿Helado por el aire matinal? No recordaba cosa alguna que le distrajera, excepto aquellas caras en el interior del autocar, aquellas caras fantasmales que surgían de las profundidades de la noche. Ahora se le ocurrió que, de alguna extraña manera, habían emergido del pasado, de la Iowa de su infancia. Allá en Iowa había visto a personas exactamente iguales en los autocares: el tendero y la abuela, el estudiante y el granjero, el mecánico y la novia, viajando de un pueblecito a otro, obligados por negocios decentes o necesidades familiares, a través de las onduladas llanuras del Medio Oeste. En un arrollador instante de

conocimiento, Alexander Boyle comprendió cómo había confundido un recuerdo con el presente. No era extraño que no hubiera cruzado la calle para inspeccionar su obra, no era sorprendente que hubiera evitado el caminar por aquel pasillo. Había estado acojonado.

Estas cosas les ocurrían a los mejores profesionales; hombres notables por sus sólidas actuaciones cometían inesperadamente errores inexplicables, y, cuando les llamaban para que dieran cuenta de ellos, se limitaban a sacudir la cabeza con perplejidad. No era la estupidez sino genuinos deslices de concentración los que habían provocado los errores... cualquiera que viviese peligrosamente reconocía este fenómeno. Semejantes distracciones provenían con frecuencia de una entrega momentánea a recuerdos caprichosos, a algo inconsecuente, a algo olvidado durante años, a una cara, un objeto, una sensación. Boyle había oído a hombres hablar de sentirse acojonados de esta manera, y su aspecto conforme narraban tales experiencias había sido siempre de desconcierto, incluso de humillación, como si el poder paralizante de un acontecimiento de esta índole desafiara el análisis. En su carrera, Alexander Boyle nunca se había sentido acojonado, pero ahora debía enfrentarse a la penosa probabilidad de que finalmente le había ocurrido a él también.

Notó una presión en el brazo y levantó la vista, enfocándola en la bonita cara de una azafata, quien le repitió que se abrochara el cinturón. «Estamos llegando a San Francisco».

Tras correr la cortina de la ventanilla, Boyle oteó la resplandeciente bahía azul y los blancos edificios. Minutos después bajaba en fila con los demás pasajeros por la rampa.

Una azafata echó una ojeada de admiración al hombre alto que descendía. Tenía el aspecto de alguien que hace que ocurran las cosas, de cuyo criterio dependían las personas. Lástima que hubiera dormido la mayor parte del vuelo. Lástima que no lo hubiera conocido.

En la cabina telefónica del aeropuerto llamó a Hirschorn.

—En Washington están alteradísimos —exclamó Hirschorn de inmediato.

—Sí, bueno, ahora estoy en camino.

—Mantennos informados, Alex.

—¿Informados?

—Hopkins me está poniendo verde. Quiere saber exactamente lo que estás haciendo.

—Dile a Hopkins que sé lo que estoy haciendo. Veinticinco años he sabido lo que estoy haciendo. —Boyle no esperó el intento de conciliación de Hirschorn, sino que colgó y luego llamó a la galería.

Era extraño, pero aun ahora, en medio de lo peor, era capaz de pensar en su otra profesión.

La línea estaba ocupada. El joven Vertrees probablemente estaba sentado con los pies apoyados sobre el escritorio, dirigiendo un asunto de faldas. Boyle entró en el lavabo de hombres y alquiló un vestidor. Sacó la Webley & Scott de la maleta, comprobó el mecanismo, la cargó, la hizo girar en la mano, contemplando la apariencia de peso y eficacia de su forma, luego la enfundó en su pistolera de cinturón. Miró furiosamente el espejo y, devolviéndole la mirada, estaba la cara pálida y ojerosa de un extraño que parecía obsesionado, enfermo, los bordes de sus ojos arrugados de concentración, la boca abierta como la de un perro cansado. Boyle se colocó las manos abiertas sobre el vientre y se palpó suavemente, como un médico. Había ganado peso en la última semana... puede que más de tres kilos, debido en su mayor parte a la carne grasa y al alcohol. Este era el resultado de aceptar una tarea semejante. Guardó la maleta en una consigna, y a continuación volvió a llamar a la galería. Esta vez Vertrees contestó.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Boyle con sequedad.

—Bueno, llamó M. R. Denver. Quiere un óleo de Goldstoff para la exposición del museo.

—¿Cuál?

—El grande... *Vuelo*.

—Dígale que de acuerdo. Llámeme ahora mismo, porque Denver tiene tendencia a cambiar de parecer, y quiero que Goldstoff esté representado en esa exposición. *Vuelo* es también una buena elección. ¿Ha sabido algo de Kawabata?

—No, pero Di Mattio llamó y quiere verle.

Boyle se entusiasmó con la conversación. En estos momentos estaba hablando de arte. Era como si su mente fuera una línea de ferrocarril en la que un ligero cambio de agujas pudiera enviar la energía instantáneamente en otra dirección. Sus ideas avanzaban a toda máquina hacia su otro mundo.

—Di Mattio —dijo— es un coñazo. En su última exposición no vendió nada porque carecía de calidad, pero quiere echarle la culpa a todo el mundo menos a él mismo. Dígale que le llamaré en cuanto pueda. ¿Algo más?

—Vendí dos serigrafías de Oppenheim.

—Bien. Eso le dará ánimos. ¿Quién las compró?

—Veamos... una tal señora Kogut.

—No la conozco. ¿Algo más?

Se produjo una pausa.

—La señorita Saunders volvió a llamar.

—¿Algo más? —preguntó Boyle bruscamente.

—Llamó tres veces.

—Quiero que se ponga en contacto con Kawabata hoy —dijo Boyle—. Dígale a esa mujer suya que si no veo una nueva pintura antes del próximo lunes, cancelaré su exposición. No se preocupe si le dice que no entiende. Ella entiende muy bien.

—¿Pasa algo, señor Boyle?

—No. ¿Por qué? —inquirió Boyle ásperamente—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Bueno, no sé. El tono de su voz...

—¿El tono de mi voz?

—Parece distinto, simplemente.

—Estoy «cansado», Vertrees. ¿Le vale esto como explicación? —Rápidamente añadió—: Puede que mañana no esté, ¿puede ocuparse de todo?

—Sí que puedo —respondió el joven.

Boyle se despidió y colgó, furioso consigo mismo por haber perdido la paciencia. Y, sin embargo, no era característico de Vertrees el formular una pregunta personal. El tono de voz difícilmente era el tipo de cosa a la que un joven reaccionaría... a menos que fuera la voz de los amoríos. Vertrees era eficiente, pero poco sensible a las emociones de las personas que no estaban involucradas en sus intrigas particulares. Con todo, Boyle no tendría que haber perdido el control. Cora habría echado la culpa de su arranque a su actual trabajo. Podía imaginársela diciendo con el tono quejumbroso pero resignado de una sufrida esposa: «No puedes ser marchante de arte y agente del gobierno al mismo tiempo. Te convertirá en un resentido». Como siempre, daría en el

blanco, y no obstante sospechaba que su explosión de cólera era algo más complicado que simple petulancia.

Salió del aeropuerto, llevando consigo la certeza, deliciosamente angustiada, de que Julie Saunders seguía llamando. Cuando esto hubiera terminado... comenzó a recaer en una fantasía acerca de ellos dos juntos mientras permanecía en el bordillo a la espera de un taxi. Se obligó a mirar hacia arriba, al cielo brillante, para apartar de ella su concentración. No debía comportarse como un adolescente enamorado, y mucho menos ahora, cuando todo el caso se estaba precipitando hacia un desenlace. Llegó un taxi y Boyle le dio al conductor las señas de Victoria Welch, luego se recostó en el asiento y repitió para sus adentros las curiosas palabras, musitadas apenas, del señor Vertrees: «¿Pasa algo, señor Boyle?». No era propio de Vertrees. Lo que Boyle había admirado especialmente de su ayudante era la imparcialidad, un compromiso para con la vida fuera de la galería. Pero, al fin y al cabo, ¿qué sabía realmente del joven, excepto que revelaba un sólido conocimiento de arte, sabía tratar a los clientes y hacía furtivas llamadas telefónicas? Boyle lo había contratado hacía más de un año por recomendación de Hirschorn. Su último ayudante se había ido para casarse y, en su postrero caso juntos, que implicaba la eliminación de un agente «C», le había hablado a Hirschorn de su necesidad de un suplente en la galería. Hirschorn le había recomendado a Vertrees, un antiguo amigo de escuela de su hijo. Hirschorn se lo había aconsejado, lo cual era retrospectivamente toda una coincidencia. Toda una coincidencia.

Mientras el taxi se adentraba a toda velocidad en la ciudad, Boyle se abandonó y le concedió a su mente la libertad de construir una fantástica teoría. Hirschorn había recomendado a Vertrees con el fin de colocar a alguien en la galería que pudiera resultar útil, alguien que, si se daba el caso, pudiese hacer las veces de espía. No era imposible, ciertamente, y, de todas maneras, en vista de la susceptibilidad del Pentágono acerca de los agentes «C», era probable que en uno u otro momento se investigara la competencia y fiabilidad de todos ellos. Si Hopkins, por ejemplo, le hubiera ordenado colocar a alguien en la compañía inmobiliaria de Hirschorn, Boyle habría obedecido al joven *hijoputa* sin vacilar. Después de todo, tanto él como Hirschorn eran agentes «C», y eso

les hacía totalmente vulnerables. Agentes «C». Sin duda, algún hombrecillo enterrado en lo más hondo del Pentágono, al que pagaban para que ideara nombres en clave del modo en que en otra época pagaban a los poetas fracasados a fin de que compusieran poemitas populares, había pensado en la designación «C»... «C» de casi, definido como «parecido pero sin ser la cosa en cuestión». Y era una designación apropiada, porque las personas como él y Hirschorn no eran agentes, oficialmente, sino que lo único que tenían en común con estos era que aceptaban encargos peligrosos. Últimamente eran sacrificables, tal como le había recordado a Hopkins. Resultaba enteramente posible, y pensándolo dos veces incluso probable, que Hirschorn hubiera colocado al joven Vertrees ya fuera por orden explícita o implícita de uno de esos operadores anónimos y sin rostro que manipulaban a los agentes de la fuerza «C», como títeres en una cuerda, desde alguna inofensiva oficinita del Pentágono.

Considerado bajo esta perspectiva, el aire lánguido del señor Vertrees no era el de un joven amante acosado por problemas, sino el de un espía aficionado bastante torpe.

Enfrente, a través de la ventanilla del taxi, Boyle vio el edificio de pisos de Victoria Welch, el roto entablado, manchado de excrementos de gaviotas, y una vez más se dio cuenta de que todo lo referente a esa mujer era absurdo. ¿Quién esperaría que una verdadera bibliotecaria viviese en semejante tugurio en las cercanías del puerto, en medio de estibadores y vagabundos? Con su sombrero rojo y gruesas gafas, su talle estereotipadamente regordete, parecía por una parte alguien que vivía rodeado de libros y creía en la astrología y, al mismo tiempo, poseía los ojos agudos de un investigador experimentado, la resolución de un marine. Su apartamento no tenía los típicos recuerdos de una vieja solitaria, a excepción de uno: un álbum de fotografías que revelaba un intenso compromiso con la vida familiar. Su conversación era agradablemente vulgar, pero con todo tenía dentro de sí la ardiente clarividencia de una fanática, quien, en un momento de arrojo, era capaz de partir para misiones imposibles. ¿Qué haría con una mujer así? ¿Persuadirla o amenazarla? ¿Y con qué? Ofrecerle dinero por los efectos personales no haría más que disgustarla y fortalecer su propósito. Amenazarla, con la muerte incluso, tendría simplemente

el mismo efecto. Debía persuadirla apelando a su temperamento idealista.

Boyle pagó al taxista y subió las escaleras, impregnándose su nariz del acre olor a pescado. Se detuvo un instante y se agarró a la baranda... ¿y qué si no tenía los efectos personales o no sabía siquiera dónde estaban? Eso era todavía posible. Solo estaba seguro de una cosa: Victoria Welch había regresado para proteger los objetos robados. Lo que debía averiguar era hasta qué punto comprendía ella la importancia de los mismos y sus proyectos para su transacción. Que viviera o muriese en menos de una hora dependería de esas respuestas.

Llegó a su puerta, respiró hondo y llamó enérgicamente.

Un sonido amortiguado provino del interior, luego la puerta se abrió y apareció Victoria Welch, con una bata descolorida, sus ojillos azules aumentados tras unas gafas, un grueso libro en su mano rolliza.

—Pase —dijo con el tono neutro del que le abre la puerta al chico de la tienda—. Pensaba que podía ser usted.

Había esperado una hora con *Crimen y castigo* en el regazo y una taza de un fuerte té negro llamado Diosa de hierro de la misericordia sobre la mesa de junto a su silla. Había esperado que llegase el señor Boyle o alguien parecido. Estaba preparada, y cuando le hizo entrar en la sala, deseó que su postura saltara a la vista.

—¿Le apetece una taza de té? —preguntó con frialdad—. Si quiere algo más fuerte, guardo una botella de *whisky* para las visitas.

—*Whisky*, por favor.

Estaba asombrada por el aspecto del hombre. Semejaba haber envejecido perceptiblemente el día anterior. Sentado en la silla de piel que tanto le gustara a Henry, el señor Boyle se parecía de modo alarmante a su abuelo, que había sido coronel del ejército. Existía una semejanza en la manera de sentarse del señor Boyle, con los pies firmemente apoyados como si echara raíces, las manos planas sobre sus rodillas, los labios tensos e inescrutables. Por un momento la similitud entre este hombre y su abuelo le impuso respeto, incluso la asustó, pero entonces, librándose del hechizo de rememorada autoridad, fue a la cocina a buscar el *whisky*. Encontró

la botella detrás de unos tarros de especias y vertió cuatro dedos de *whisky* en un grueso vaso (un magnífico cristal, el único superviviente de una vajilla de boda) y se lo tendió.

Advirtió que su mano temblaba ligeramente cuando la alargó para coger el vaso, y eso la complació. Quería que sufriese, y en las ensoñaciones durante el vuelo de regreso a San Francisco, había disfrutado con la idea de que él iba a su piso, confuso y desesperado. El temor que había sentido mientras aguardaba esa llamada a la puerta nada había sido comparado con su creciente sensación de triunfo. La justicia para su sobrino, y también la justicia para todas esas otras personas, comenzaría a hacerse aquí, en su piso, entre los recuerdos de su familia. Se sentó en la silla enfrente del señor Boyle y le miró al llevarse el vaso a los labios. En ese momento dijo:

—Fue mi jefa, señor Boyle, quien le delató —Vio con placer cómo su rostro se torcía de repente por la sorpresa—. Sí, fue la Sackman. Usted la comparó a alguien que era «también» un charlatán empedernido. Entonces pensé que eso era extraño porque yo no le había dicho que ella lo fuera —Hizo una pausa, esperando que él hiciese comentarios, pero como no fue así continuó—. Por lo tanto supe que usted me estaba siguiendo —Por la leve sonrisa del hombre fue consciente de que este consideraba su modo de expresarse bastante melodramático, tal vez anticuado, pero prosiguió—. Entonces me resultó evidente que usted se había unido al viaje por mi causa.

—Tiene toda la razón.

Se sintió desilusionada ante su pronta aceptación, ya que había esperado una negativa que ella pudiera contrarrestar. La franqueza era una característica de los Tauros. Por otra parte, Maquiavelo tuvo la misma fecha de nacimiento, y ella no tenía la menor idea de otras influencias planetarias sobre el señor Boyle porque no había hecho su carta. Estaba segura de una cosa: tenía la fría mirada del Aries, el signo de la sangre y la violencia.

—Yo también seré sincera con usted —dijo.

—Mejor así.

—Usted se unió al viaje esperando averiguar de mí dónde estaban los objetos personales que robó mi sobrino.

—Aún estoy interesado en ello, señorita Welch.

—Escúcheme bien. De una u otra manera he llegado a la conclusión de que el supuesto accidente del autocar tiene algo que ver con la estación agrícola en la que paramos en Nevada.

—Hablemos de los efectos personales.

Por un momento tuvo miedo... este hombre era un caradura que podía embaucarla, aunque la justicia estuviera de su parte. Decidió volverse atrás y dejarle llevar la delantera durante un rato.

—De acuerdo, señor Boyle, hablemos de los efectos personales.

—¿Los tiene usted?

—Sí —Asió los brazos de la silla y se inclinó hacia él, diciendo jadeante—: ¡Pero jamás conseguirá que le entregue ni un reloj, ni un brazalete, ni una carteral!

—¿Dónde están, señorita Welch?

—En lugar seguro.

—Entiendo.

—No, no lo entiende. Están en dos cajas de seguridad y allí han estado desde que Warren fue asesinado —Le regocijó al ver al hombre fruncir el ceño ante esta noticia—. Además hoy, nada más llegar, envié las llaves con una carta a mi abogado. Si algo me sucediera, tiene instrucciones de leer esa carta y abrir las cajas de seguridad.

—¿Una carta?

—Estoy convencida de que hay en ella lo suficiente para iniciar una investigación. Señor Boyle, ¿por qué está sonriendo?

—¿Lo estoy? Pensaba en las cajas de seguridad. Simples pero efectivas.

—Soy una ciudadana corriente, señor Boyle. Todo lo que sé acerca de esas cosas es lo que leo en los libros y veo en las películas. Pero una cosa sí la sé, y es el valor real de los efectos robados.

—¿Cuál es, señorita Welch?

—Sentimental, señor Boyle. Los parientes de esa pobre gente querrán que les devuelvan esos objetos. Así son las familias, señor Boyle. No puede desembarazarse de ellos para siempre, y usted lo sabe. Usted no podría decir que fueron robados a menos que admitiera que los pasajeros habían sido robados después de su muerte, pero antes del accidente. Si lo hiciera, el rastro conduciría hasta Baker, Nevada. Ahora yo tengo los efectos personales y mi intención es ocuparme de que esto ocurra. ¡Señor Boyle! —Se

inclinó hacia adelante, alarmada. La cara del hombre, amarillenta como un periódico viejo, se estaba contrayendo y su mano saltó hacia su pecho. Por un instante fue como si el ataque cardíaco de su marido se reprodujera ante sus ojos, y se levantó de golpe—. ¡Señor Boyle!

Mirando al frente, él hizo una mueca, estrujando la tela de su americana con los puños.

—¿Es el corazón? —Se inclinó sobre él, viendo, en una breve y terrible imagen, a su Henry retorciéndose en el suelo.

Los ojos del hombre la enfocaron, durante unos segundos siguió boqueando como un pez arrojado a la orilla, luego, poco a poco, su mano se aflojó y cayó a su costado.

—¿Es el corazón, señor Boyle? —Echó un vistazo al teléfono.

—No —dijo el hombre débilmente. Inspiró profundamente y repitió—: No.

Ella permaneció de pie frente a él, retorciéndose las manos, hablando en voz baja tanto para sí como para él.

—Mi marido tenía más o menos su edad, un Libra con su luna en Tauro. Estoy convencida de que la luna de Tauro fue lo que le mató... comía demasiado, trabajaba muchísimo. Era un hombre estupendo que se preocupaba por los demás mientras que no cuidaba de sí mismo, él... —Se detuvo y advirtió atónita que el hombre sonreía débilmente. Entonces comprendió por qué. Estaba hablándole como a un amigo. Era enormemente absurdo.

—Ya estoy bien —dijo—. Gastritis. Nada más. Soy propenso a ella... —señaló el vaso vacío—, cuando bebo.

Ella se sentó, perturbada por el recuerdo de su esposo tendido en el suelo, abrasado por la agonía. Suavemente dijo:

—¿Alguna vez ha amado a alguien de verdad, señor Boyle?

—Ya se lo dije en una ocasión. Sí. —Respiró a fondo, se pasó los dedos por la frente sudorosa.

—Le creo. Es típico de su signo. Los Tauro están bajo la influencia de Venus. Sí, le creo, pero usted es terriblemente duro, también. Es cruel, señor Boyle. Podría matarme ahora mismo sin escrúpulos. Quizá lo comprendo. Yo quería a mi sobrino, pero no he derramado ni una lágrima por él, y no lo haré hasta que se haya hecho justicia. Podría disfrutar viéndole morir, señor Boyle.

—La venganza es mía: «Yo pagaré con la misma moneda», dijo

el Señor.

—¿Usted cita eso? —se burló Victoria.

—No creo —dijo él— que en toda mi vida haya hecho algo con ánimo de venganza —Y agregó con una sonrisa—: ¿Es eso propio de un Tauro?

—En realidad, no. Y, de todas maneras, lo que busco es justicia no venganza. —Sintió el calor ascender a sus mejillas.

—¿Está segura?

—¿Cómo se atreve usted, un asesino desalmado...?

—Eso es mucho suponer, señorita Welch.

—¡Pero es razonable! Un asesino... usted, o alguien parecido. No sé exactamente lo que ocurrió allí, en aquel desierto, pero puedo imaginarlo plausiblemente. Alguna clase de experimento salió mal y aquellos turistas se enteraron o sufrieron daños por su causa. No es a mí a quien le corresponde descubrirlo. Lo único que sé es que usted y sus cómplices han estado tratando de echar tierra sobre algún tremendo error. Han estado dispuestos a llegar a cualquier extremo... —Victoria resollaba, consciente de que estaba al límite de su autocontrol. La última vez que había llorado había sido después del funeral de su marido, en la intimidad de su cuarto. Pero ahora casi estaba llorando de rabia y frustración.

El hombre se inclinó un poco hacia delante, su rostro tranquilamente analítico, como el de un médico que formula preguntas.

—Señorita Welch —dijo—, ¿ama usted a su país?

—¿Amar a mi país? Claro que sí.

—¿Lo bastante para defenderlo con su propia vida?

—Eso creo.

—Así pues, lo que está diciendo es que un hombre que ama su país debería estar dispuesto a protegerlo.

—Y lo que está usted diciendo es simplista, señor Boyle. Nada hay que justifique una matanza de gente inocente. Nada. La vida de una sola persona.

—Me conozco el argumento —interrumpió—, pero ¿y qué si los soldados se valieran de él en el combate?

—Usted no es un soldado. No sé exactamente lo que es, pero no es, con toda seguridad, un soldado.

—Cualquiera que defienda a su país es un soldado. Supongamos

que ahora hago esto y si lo hago soy tan soldado como lo era en las playas de Normandía.

Victoria comprendió que la finalidad de sus argumentos trascendía la justificación filosófica del asesinato. Estaba intentando decirle que su deducción, tan terrible que hasta ahora se había negado a afrontarla de lleno, era muy posiblemente cierta: Boyle y sus cómplices estaban, de alguna manera despreciable, trabajando para proteger al gobierno. Era increíble, pero los hechos parecían apoyar tal conclusión. Aquí y ahora, ella no era capaz de enfrentarse a las ramificaciones de tan lamentable posibilidad. Decidió comportarse como si el papel del señor Boyle en este asunto, si bien de vital importancia para él mismo, fuera fundamentalmente inexplicable e impreciso, hasta el punto de que debía ser examinado por mentes más brillantes que la suya. Haría de avestruz, con su cabeza en la arena. Discutiría con él, pero solo en teoría, y se mantendría apartada de lo que realmente le daba a entender.

—En la guerra —dijo ella—, mataron a soldados, no a personas inocentes.

—En la guerra mueren civiles. Hasta Vietnam, todos parecíamos aceptar este hecho.

—Así que esto también lo perdona.

—Yo nada perdono. Aun cuando la guerra hubiera sido popular, disculpada con mayor facilidad, esos mismos civiles habrían sido asesinados.

Victoria inspiró profundamente, trastornada por el intercambio para el cual su fantasía de justicia no la había preparado. Deseó de pronto que su marido estuviera allí, él habría replicado con una lógica más firme, pero acerca de una cosa sabía que estaba en lo cierto y así se lo dijo.

—No hay justificación para matar a los inocentes. Nunca la hay.

—¿Aunque esté en juego la seguridad de su país?

—No.

—Pero los soldados que son llamados y van a la guerra y los matan, ¿acaso no son inocentes?

—Este es un razonamiento engañoso.

—Déjeme plantear una situación hipotética. ¿Y qué diría si esas personas del autocar iban a morir de todos modos? ¿Seguiría

opinando lo mismo? Digamos que estaban condenadas a una terrible muerte y con... cierta ayuda, pudieron morir sin dolor.

—Eso no le tocaba a usted decidirlo.

—... Con la ventaja suplementaria de proteger la reputación del país.

—¡La reputación!

—¿Aún diría que no estaba en juego una considerable moralidad?

Victoria titubeó antes de contestar. Como un auténtico Tauro, el hombre era persistente y en cierto modo persuasivo. Pero estaba equivocado, equivocado, equivocado, y se oyó a sí misma gritar:

—¡Usted mató a mi sobrino, usted o alguien como usted mató a Warren a sangre fría! ¡Usted le asesinó!

El hombre se había puesto de pie, su cara lívida y arrugada, años más viejo que el día anterior.

—¿Qué está haciendo? —gritó, mientras él permanecía inmóvil, con los brazos caídos, los ojos apagados y sombríos.

—Me voy.

—Entonces... ¿eso es todo?

—Estamos en un punto muerto, usted y yo. Lo que se propone no le devolverá a su sobrino, pero podría dañar al país que le ha vestido y alimentado, ese país que usted «dice» defendería con su vida. Este simple truquillo de enviarle una carta a un abogado... la ha hecho ganar —Se volvió y se dirigió hacia la puerta, murmurando al alejarse—: Tendrá su venganza.

—Venganza, no. ¡Justicia! —Ella también se había levantado—. Fue asesinado a sangre fría. ¿Esto nada significa para usted? ¿No lo comprende? —Vio consternada cómo ponía la mano en el pomo de la puerta—. ¡No se vaya!

Se dio la vuelta y la miró, su pétrea cara expresaba el mismo reproche que Victoria recordaba de su infancia, cuando el abuelo no estaba de acuerdo.

—Hemos... —dijo débilmente— de hablar más.

—¿Ahora?

—Mañana. Vuelva mañana. Le convenceré de que lo que ha hecho está mal. Lo haré. Lo sé.

—Que viniera mañana, ¿impediría que entregase los efectos personales?

—No.

—¿Lo ve? Estamos en un punto muerto.

Ella miró abrirse y luego cerrarse la puerta tras esa alta silueta, de anchos hombros, y en la menguante luz se sentó inmóvil hasta que la noche se adentró en la sala y la dejó a oscuras. Frente a ella había el bulto negro de la silla vacía. Era seguro que el hombre no volvería al día siguiente, si bien deseaba desesperadamente que lo hiciera. Tuvo una visión de ambos sentados para reconsiderar el problema. ¿Cuán lejos irían los hombres para proteger su país y a qué coste de vidas humanas? Pero era una pregunta abstracta comparada con las muertes de aquellas personas. Aunque fuesen a morir, algún otro había decidido cuándo y cómo. Eso no estaba bien. Y su sobrino no había sido uno de ellos. Warren simplemente había muerto a causa de lo que sabía, y eso no estaba bien. El hombre que acababa de marcharse de su piso había probablemente asesinado a Warren. Un extraño había decidido que su propia carne y sangre debía morir. Eso no estaba bien. No estaba bien, por muchos razonamientos que se utilizaban para comparar las guerras extranjeras e intestinas. La proporción de la vida era de uno a uno. Ella se vengaría de una muerte. Y sin embargo esta venganza parecía hueca de repente, y, tal vez de alguna manera inexplicable, pagaría por ella durante el resto de su vida. Mañana, en cuanto llamase a su abogado e hiciera pública la carta, Alexander Boyle y los hombres como él quedarían expuestos a la despiadada luz de la moralidad nutrida de una vida cómoda, vicios desmedidos y santurronería. Las acciones que emprendiera tildarían a hombres como Alexander Boyle de monstruos, y en cierto sentido lo eran. Serían humillados, vilipendiados y desacreditados, y en cierto sentido lo merecían. Habían cometido el pecado público definitivo al jugar a Dios con el bienestar de personas cuyas leyes creían estar protegiendo. Como todos los fanáticos, eran patéticos, una amenaza para la sociedad, y, sin embargo, como todos los fanáticos, eran dignos de admiración por su audacia. Ese hombre, Boyle, había conseguido una especie de victoria... había dado al traste con su creencia en la claridad de lo que era correcto.

Se levantó despacio de su silla, encendió la luz, y entró en la cocina arrastrando los pies. Tomaría el más refinado de los té verdes japoneses. Después de dejar correr agua fría del grifo,

Victoria llenó la tetera y la puso al fuego; de una hilera de latas del armario escogió la hoja pálida del Perla de Rocío. Necesitaba calmarse. El hombre había llamado a su sentido de la justicia deseo de venganza, y puede que tuviera razón. Muy bien, junto con el té saborearía su venganza. Mañana por la noche todos los sectores del gobierno podrían verse implicados en un complot asombrosamente cruel. Sus motivos para provocar esta situación ya no importaban. La muerte de su sobrino lo exigía a gritos, así como la muerte de esas otras personas. Si había algo que supiera, sabía que matar a gente inocente nunca es justificable, que la vida excede la lógica de la moralidad. Y pese a todo, comprendía asimismo que debido a las acciones que al día siguiente emprendería podía muy bien estar decidiendo la suerte de numerosos funcionarios públicos, quienes no estaban convencidos de obrar malamente, y, mediante esta decisión, sería una en espíritu con Alexander Boyle, unida a él por la clase de compromiso que sacude a las naciones.

9

AFUERA, BAJO EL SOL deslumbrante, Alexander Boyle se detuvo y echó una ojeada a la ventana abierta del piso de Victoria Welch. Se sentía exhausto, el sudor le corría por la cara y la gastritis le provocaba aún contracciones en el pecho. ¡El descaro de esa mujer, enfrentándose a todo el gobierno! No obstante, admiraba su valor, a pesar de su desprecio por los idealistas quienes, con su difusa moralidad, eran capaces de caminar a través del fuego para demostrar que no existía. Con cuánta facilidad podían obstruir tales personas los procesos que protegían su derecho a ser obstructivas. ¿Creían que el análisis de la conducta era una simple cuestión de bien o mal? Hacía ya mucho que había dejado que desenmarañasen los entresijos de la moral los que tuvieran tiempo para ello.

Y, sin embargo, la rechoncha bibliotecaria, con su té y su astrología, le había acobardado, tanto como su esposa consiguiera hacerlo, arguyendo ambas que el compromiso que le había dado sentido a su vida era, en el fondo, criminal. Y Victoria Welch casi había logrado convencerle, mientras su esposa había fracasado durante todo su matrimonio. Quizás el éxito de la bibliotecaria correspondía a su edad. Pero él tenía una mejor defensa contra la introspección... la enfermedad del aficionado. Lo que debía predominar en su pensamiento era el fracaso de su misión.

Avanzó despacio por la calle soleada, caminando con dificultad a través del aire tibio como si sus pies se hundieran en fango. Estaba cansado y deprimido, traspasado por una creciente sensación de fracaso. Y eran el éxito y el fracaso los que importaban, no la

teoría, no la moralidad abstracta, no la afligida rectitud de una mujer a la que había amado, y no la furia de una mujer a la que había aprendido a respetar. Llamó a Hirschorn desde una cabina, le describió la entrevista y reconoció que había fracasado. No había otra cosa que pudiera hacer. Victoria Welch había ganado.

—Estoy de acuerdo —dijo Hirschorn después de una prolongada pausa—. Creo que Hopkins lo estará también. Le llamaré e iré a verle. ¿Estarás en casa?

—Allí o en la galería.

—Alex, ¿cómo lo estás llevando?

—¿Qué quieres decir con eso de cómo lo estoy llevando? —Boyle se rio.

—No te enfades.

—Vale, simplemente lo estoy llevando. No hay otra solución posible.

—Muy bien. Iré a verte.

Tal vez Hirschorn le «iría a ver» o tal vez mandaría a Vertrees, imitando su costumbre de utilizar a gente de fuera, como Tony Aiello. Tanto él como Hirschorn habían sabido siempre que su trabajo era tan delicado, tan lleno de consecuencias, que un error importante podía volverlos sacrificables a los dos. Habían aceptado por completo la filosofía de que un país debía, si le era posible, deshacerse de los patriotas cuyos errores fueran embarazosos. Desde el momento en que había aceptado este encargo, voluntariamente y con pleno conocimiento de lo que estaba haciendo, la responsabilidad para el éxito o el fracaso había recaído en él. Siempre había sido una fuente de orgullo para los hombres de sanidad como él el que fueran ellos quienes limpiasen la porquería o entraran a formar parte de la misma. Incluso ahora, mientras caminaba por esta calle barrida por el viento, en medio de decentes ciudadanos que se dirigían a sus casas, habían hombres en algún lugar, en despachos sin ventanas, que discutían qué hacer con él, como si fuera una mercancía de compra o venta. La misión que él y Hirschorn habían compartido antes de esta última... ahora, con natural pertinencia, se acordó de ella. Un diputado había sido sospechoso de dejarse sobornar por unos contratistas, no con el fin de mejorar su posición, sino para hacer donaciones a una ciudad extranjera en donde vivían aún sus familiares. La idea consistía en

suprimir sus actividades por medio de confrontar a ese hombre (más estúpido que criminal) con la prueba de una errónea generosidad. El agente «C» destinado a encontrar dicha prueba entre los documentos que el diputado guardaba en su residencia, era un exmarine y a la sazón propietario de una gasolinera en Sacramento. No descubrió prueba alguna, pero se acojonó, le disparó a la criada que le había sorprendido registrando y fue visto saliendo de la residencia por un repartidor. No solo esto; la criada sobrevivió y pudo facilitar su descripción. El enfurecido diputado, convencido de que toda la nación estaba en garras de la violencia indiscriminada porque un simple ladrón había decidido robar en su casa, provocó tal revuelo en el Pentágono que los agentes de la justicia se vieron obligados a realizar una investigación exhaustiva. Trabajaron a partir de las declaraciones de dos testigos oculares, los cuales describieron la estatura y edad aproximadas del hombre y, lo más importante, una poco común desfiguración: su reseca oreja izquierda. Una vez se comprobara que el hombre carecía de antecedentes penales, el FBI indudablemente examinaría por ordenador los archivos militares, empleando esa oreja reseca como centro para la revisión de los datos. Tarde o temprano, el agente «C» cuya oreja había sido quemada como una hoja seca por un lanzallamas coreano sería perseguido y encontrado por una división de las fuerzas de seguridad, las cuales le habían contratado en primer lugar para cometer el robo y, extraoficialmente, autorizado a evitar de cualquier modo su identificación.

Así que Boyle y Hirschorn habían sido introducidos en la situación, con el cometido de atraerle hasta un aeropuerto en donde otras personas (Boyle no tenía la menor idea de si eran agentes «C», hombres de la CIA o de la DIA u operarios de algún otro grupo de élite cuya existencia puede que solo conocieran menos de una docena de oficiales de alto rango) se encargarían de él. La tarea de Hirschorn consistió en hacerle entrar en el aparcamiento; allí Boyle le dejó inconsciente, y ambos le llevaron hasta una ambulancia que aguardaba en la oscuridad. Más tarde, permanecieron juntos en el mirador del aeropuerto para ver por última vez a un hombre con el que habían trabajado por el bien de la nación: un paciente con abundante vendaje, acompañado por un enfermero, fue trasladado en camilla a un avión con rumbo a Oriente. Hirschorn no reveló los

detalles de la operación, pero Boyle podía imaginarlos. Inscrito como un negociante estadounidense con una enfermedad terminal que retornaba a su país adoptivo, el hombre iba a efectuar un vuelo bajo el efecto de narcóticos a través del Pacífico, y al cabo de pocos días su cadáver, con la garganta cortada o mostrando quemaduras o señales de torturas, aparecería en un río, una cuneta o una callejuela llevando en el zapato o en el forro del abrigo varios documentos falsos, que era de esperar cayesen en las manos apropiadas y convenciesen, tanto a amigos como a enemigos, de que había sido un agente de los Estados Unidos, asesinado en el cumplimiento de su deber, que portaba una información que demostraría cualquier cosa que los de información quisieran demostrar. Algo por el estilo. Su suerte sería una variación sobre este tema básico. Él serviría a su país por última vez con una muerte fortuita y útil. Boyle había aprobado el procedimiento entonces y seguía aprobándolo ahora, aunque fuera su propio destino el que se hallaba en estos momentos en la balanza. Era, después de todo, el riesgo profesional de un hombre de sanidad. Y, sin embargo, detestaba terminar su carrera como un magnífico atleta que se retira con gran pompa al perder una competición delante de sus respetuosos compañeros de equipo.

Un grupo de jóvenes pasó por su lado riéndose, uno de ellos le empujó sin darse cuenta. Les echó un vistazo por encima del hombro, envidiando su intimidad. Se le ocurrió que el compromiso le había desvinculado de la gente. Pero quizá cualquier profesión era un sistema cerrado de rituales y hábitos, que desvinculaba a sus miembros del resto de la sociedad. Solo Cora le había comprendido de veras, pero ahora ella ya no estaba, y Boyle se sentía como un extranjero en su propio país. Se detuvo y miró de nuevo atrás, al ver las jóvenes espaldas arrimadas, las manos que se estrechaban, las voces juveniles que descollaban por encima del estruendo de un tranvía que subía una cuesta, pensó en Julie Saunders, quien, en medio de sus actuales preocupaciones casi le habían dado la esperanza de un nuevo futuro. Entró en un bar para tomarse una cerveza; se inclinó sobre ella en la acogedora penumbra, en la cual los ociosos se movían con los gestos despreocupados de la satisfacción. Se bebió la cerveza, más consciente que nunca de su aislamiento. Él conocía las sensaciones que provocaba en la sangre

la devoción al trabajo. Cuando el compromiso hizo presa en ti, el resultado era como de electrodos enviando descargas eléctricas a través de tu cuerpo; te movías a impulsos que no te pertenecían. El trabajo encauzaba y definía tu vida hasta que, fuera cual fuese este trabajo, tú lo eras también, durante la mayor parte del día. Compartías sus obsesiones, veías la vida a través de él, excepto que Boyle había estado en la embriagadora pero desconcertante posición de tener dos profesiones, dos compromisos. Pensó en la «otra» y salió del bar. Detuvo un taxi, y fue hasta el estudio de Kawabata. Llamó enérgicamente a la puerta, y la señora Kawabata le abrió. Al verle le hizo una profunda reverencia, pero no le franqueó la entrada, así que Boyle tuvo que pasar por su lado. Era demasiado tarde para que el artista corriera a ocultarse tras el biombo... se levantó tambaleándose de la mesa lacada y se acercó con un paso poco firme, risueña su cara arrugada. Eludiendo la mano extendida del hombrecillo, Boyle le dijo a la mujer:

—¿Le llamó hoy mi ayudante?

—Oh, sí, señor Boyle, oh, sí.

Entonces las fuertes manos del pequeño artista tiraron de Boyle hasta llevarlo al centro de la sala.

—¿Ve? —Kawabata señaló la pared de enfrente, en la que estaba apoyado un gran lienzo. Una pincelada de ardiente ocre oscuro cruzaba un fondo de gris ahumado, y tres gotas de azul celeste estaban suspendidas en la esquina superior derecha. Era una pintura vigorosa, parca, sombría e ilógica, de tan imponente presencia que Boyle inspiró con un silbido. El pequeño artista, que olía como una destilería, había creado una obra poderosa. Ahora, como un idiota, estaba cabeceando al estilo de los patos, tratando de obtener de su marchante una reacción favorable.

Antes de que Boyle pudiera pensar en algo que decir, la señora Kawabata le había metido un vaso de *whisky* en la mano.

—Gracias —dijo, ignorando los cabeceos de su marido.

Se sentaron en torno de la mesa y empezaron a beber. Boyle se relajó mientras la pareja hablaba en japonés y la mujer traducía los lisonjeros comentarios de su esposo: «Kenzo dice que le gusta su corbata», «Kenzo dice que ha perdido peso», «Kenzo dice que es usted muy guapo».

Finalmente Boyle dijo:

—Dígale a Kenzo que es un buen trabajo.

Cuando esto le fue comunicado al hombrecillo, este empezó a cantar jubiloso con una voz aguda y gimiente, al tiempo que se balanceaba siguiendo el ritmo. La mujer le explicó orgullosa que era una antigua canción tradicional japonesa, popular en tiempo de cosecha. Luego cogió rápidamente el vaso semivacío de Boyle y se lo volvió a llenar. Boyle se recostó y bebió, escuchando la voz áspera y beoda. Se sentía como en casa, viviendo una vida idónea para él. Al fin se puso de pie y les deseó buenas noches, luego añadió que Kenzo tendría una exposición tan pronto como dispusiera de ocho pinturas terminadas; le dejaría un hueco en el programa. Su última visión de la pareja fue la del hombrecillo cabeceando servilmente y la mujer de pie, serena y orgullosa.

En la calle, mientras se detenía para solazarse con el fulgor de este instante de paz, Boyle reparó en un hombre que volvía rápidamente la esquina, como para pasar desapercibido. ¿Había sido Vertrees? El hombre era lo bastante alto y delgado. Pero esto era paranoia, susurrando de nuevo como Yago en su oído. Boyle cogió otro taxi y se apeó a una manzana de su casa, y allí, en una tienda de comestibles, compró una docena de huevos, medio kilo de *bacon*, una barra de pan francés y medio kilo de helado de chocolate. Antes de irse a casa adquirió dos botellas de chablis de California frío en la licorería del vecindario. No sabía cuál era su estado de ánimo. La bebida había aliviado su inquietud, pero en su mente se arremolinaban los rostros de Victoria Welch y Cora, de Warren Shore, Vertrees y Hopkins y después de Tony Aiello tumbado sobre su sangre junto a los almacenes, y el blanco desierto bajo el sol de Utah, y Julie Saunders desnuda entre cojines. ¿Estaba su vida acabada? El cuadro de Kawabata había renovado su deseo de vivir un poco más. Mientras subía penosamente las escaleras hacia su piso, su pensamiento se centró en la imagen de Julie Saunders. De una u otra manera, se le impedirla volver a verla. En su piso arrojó la bolsa de la compra en el sofá y marcó su número. La señal de llamada sonó cuatro veces, así que colgó antes de que el servicio de recepción de mensajes le informara de que había salido. Fatigadamente se dejó caer junto a los comestibles y paseó la vista por su piso; mirara donde mirase descubría cosas que amaba: un cuadro, una escultura, un mueble. Tal y como se sentía, con la

percepción intensificada, veía esas cosas tal cual eran, la expresión de su deseo de paz y belleza. Pero había otra parte de él que estaba aún profundamente viva. Durante la última semana le había dado apoyo en la ejecución de dos asesinatos y la planificación de cincuenta muertes más.

Se levantó y llevó las viandas a la cocina. Estaba exhausto, levemente asqueado y experimentaba una vaga aprensión. Ese día le había asaltado dos veces un dolor súbito e inhabitual. Se trataba, naturalmente, de gastritis, un achaque crónico adquirido en el pasado por un exceso de comida y bebida. O pudiera ser un aviso de lo que Victoria Welch, a su modo curiosamente conmovedor, había sugerido. Era cierto que en los últimos días había hecho todo lo posible para incrementar su colesterol. La grasa debía de inundar su sangre, atascando las avenidas de la vida. Echó una docena de lonjas de *bacon* a una sartén y encendió un fogón. El agradable sonido del *bacon* crepitando llenó la estancia. Con una mano cascó diestramente cuatro huevos y los revolvió en un tazón junto con un poco de Tabasco y sal. No podía esperarse que un hombre bajo una excepcional presión siguiera una dieta. En una cacerola calentó mantequilla hasta casi quemarla y luego echó los huevos dentro. En cuanto la tortilla estuvo a punto la dobló expertamente con una espátula y la puso enseguida en un plato. Esparció perejil sobre la tortilla, y se la comió con el *bacon* y el pan, acompañándolos de un vaso tras otro de vino helado. Estaba en su último trozo de *bacon* cuando sonó el timbre de la puerta. «Puede ser Vertrees», pensó, y con un gesto automático tocó la pistola que seguía en su funda. Podía aceptarlo con el idealismo de Victoria Welch o podía defenderse como el profesional que siempre había sido. Se dirigió hacia la puerta principal, extrayendo por el camino la Webley & Scott de la pistolera. Fuera o no correcto, sucumbiría luchando.

Abrió la puerta de golpe, retrocedió y se hizo a un lado con la pistola en la mano derecha, estabilizada por la izquierda, y se encontró con la mirada atónita de Hirschorn.

—¡Qué diablos! —exclamó el gordinflón, y tras un momentáneo titubeo pasó al interior, rozando casi la pistola.

Boyle se apresuró a meterla de nuevo en la pistolera, pero fue hasta la puerta y se asomó cuidadosamente al rellano. Luego cerró la puerta y entró en la sala de estar, en donde Hirschorn ya estaba

sentado en una silla de piel, los ojos entornados con disgusto y diversión a un tiempo.

—Perdona —dijo Boyle.

—¿En qué diablos estabas pensando?

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé.

—Ya sabes en qué situación me encuentro.

—Los dos nos encontramos en ella, Alex.

—Solo yo. Soy el único a quien esa mujer conoce.

—¿Y qué?

—Que yo soy la clave.

—Estoy de acuerdo en que eres el único al que conoce.

Boyle se sentó enfrente del hombrecillo de camisa blanca, traje oscuro y conservadora corbata. De algún modo era absurdo hablar con Hirschorn acerca de tales cuestiones; deberían estar discutiendo los impuestos sobre la propiedad.

—¿Y cómo es tu posición?

Hirschorn se encogió de hombros.

—Hasta ahora, buena.

—Me alegra oírlo. En serio.

—Ya lo sé.

—¿Quieres beber algo?

Hirschorn agitó la mano fatigadamente.

—No, hoy ya he tenido suficiente.

—También yo, me temo.

—¿Así que te saltas la dieta, eh?

—Ajá. —Boyle sacó los cigarrillos y encendió uno.

—Más vale que los dejes. Acabo de hablar con Hopkins ahora mismo y me ha dicho que han internado a Spitz en el hospital... cáncer de pulmón.

—Eso es brutal.

—Bueno, hace muchos años que le conozco —Hirschorn se recostó en la silla; se le veía más pequeño, como si el pensar en Spitz le hubiera encogido—. ¿No es rara la manera en que nos hacemos viejos?

—No tan rara. ¿Acabas de hablar con Hopkins?

—Sí. Francamente, no creo que le guste del todo la decisión.

—Eso suena a buenas noticias para mí.

—Lo son, Alex —Hirschorn sonrió—. Vamos a sacarte del país.

—Oh, ¿de veras?

—No pareces convencido.

—No lo estoy. No con Vertrees echándome el aliento en el cogote.

—¿Vertrees? ¿Te refieres al amigo de mi hijo?

—No te hagas el sueco, Allen. Hace mucho que nos conocemos.

—No te comprendo.

—Tú colocaste a ese chico en mi galería. No es que te culpe, pero al menos admítelo.

Hirschorn sacudió lentamente la cabeza, con un agrio mohín en su cara redonda y rojiza.

—Pareces acojonado.

Boyle miró largo rato al vacío, como si sus ojos pudieran verificar lo que su mente rechazaba: el engaño de Hirschorn. «Un hombre nunca se vuelve juicioso en ese oficio», pensó Boyle. Era muy posible que él, Alexander Boyle, un profesional, viera problemas allí donde no los había, un adversario en un amigo, engaño en la solidaridad.

—Supongo que estoy acojonado —admitió tristemente—. Pensaba... bueno olvidémonos de lo que pensaba.

—Si yo estuviera en tu piel pensaría lo mismo. Solo que ambos estaríamos equivocados —Hirschorn extendió las manos, con las palmas hacia arriba, en un gesto de frustración—. ¿Cómo puedo convencerte? La verdad es que algunos chicos listos de Washington han sugerido un buen plan. Es tan natural, que tendríamos que haberlo ideado nosotros —Hirschorn hizo una mueca—. Es raro que no lo hiciéramos.

—Quizá sea la edad —dijo Boyle—. Así, ¿cuál es la idea?

—Tu conductor y el sobrino de la bibliotecaria trabajaban juntos.

—Vaya, eso sí que es una argucia.

—Y buena. Ellos desvalijaron el autocar y lo despeñaron por el acantilado. ¿Entiendes? Es bastante lógico. Tu conductor tenía un largo historial, y el sobrino de ella era un veterano perturbado.

Esa suposición tenía la claridad de la lógica de un joven presuntuoso.

—¿Y en dónde encajo yo?

Hirschorn sacó un largo puro negro, arrancó meticulosamente la punta con los dientes, y encendió despacio un fósforo... un método de hombre de negocios de ganar tiempo para pensar.

—Alex —dijo al fin, expulsando en el aire una decisiva ráfaga de humo—, te acusarán de haberlos asesinado.

Y entonces, con una creciente admiración por esos «chicos listos de Washington», Boyle escuchó al corredor de fincas exponer el resto del plan. Alexander Boyle, un exagente del FBI y en la actualidad marchante de arte, había estado involucrado en una operación de contrabando de heroína con Tony Aiello, un conocido criminal, y Warren Shore, un excombatiente de Vietnam. Cuando Boyle descubrió que le habían dejado plantado, fue en su búsqueda. Este fue el motivo de los asesinatos. Asimismo, le proporcionaba al gobierno algo que confesar —un exagente se había extraviado—, lo cual satisfaría la sed de sangre del público sin hacer un daño irreparable a la oficina en especial porque los expedientes de Boyle serían falsificados a fin de demostrar que le habían expulsado por mal comportamiento.

—Fue una buena jugada el que dejaras la heroína en la habitación del motel —comentó Hirschorn.

—No fue más que el trámite habitual.

—Sí, pero hará que las cosas funcionen. Si podemos colgarle al sobrino la etiqueta de drogadicto, podemos manejar a la bibliotecaria. Él le dio los efectos robados para que los guardara, sin decirle que había matado a un grupo de gente para conseguirlos.

—Pero si él y Tony traficaban con drogas duras, ¿por qué tratarían de efectuar un robo insignificante?

—Los chicos listos de Washington tienen una respuesta para eso. La droga estaba oculta en el autocar. El robo fue solamente una tapadera.

—Sin embargo, ¿conservaría el chico los efectos personales? Quiero decir, si tuviera unos kilos de heroína no se molestaría en guardar unos cuantos relojes y joyas de segunda categoría.

—Eso es un poco flojo, lo reconozco. Sin embargo, se sabe perfectamente que los vendedores de drogas de poca monta no renuncian a «nada» de valor. El chico podía guardar los efectos robados para una época de escasez. Pero como te había traicionado, tuvo que marcharse deprisa de Frisco, así que le dejó el material a

su tía junto con una fantástica historia acerca de cómo lo obtuvo. Dado su temperamento, su clase de trabajo, se encontrará metida en ello con un aire bastante inocente.

—Uh —gruñó Boyle.

—Pero es lógico, Alex. Una vieja bibliotecaria de nada defendería a su sobrino. No creería que estuviera metido en drogas, y mucho menos en el asesinato a sangre fría, y haría cualquier cosa para limpiar su nombre, aun cuando tuviera que hacer descabelladas acusaciones contra el gobierno. Alex, esa mujer acabará siendo un hazmerreír.

—Tú no la conoces.

—Créeme, esa cuestión de las drogas puede arruinar su credibilidad. ¿Cuántas familias aparecen hoy en día en televisión, horrorizadas al descubrir que sus hijos y sobrinos han estado vendiendo drogas y asesinando para hacerlo?

Boyle reconoció que era verdad.

—Una vez podamos explicar cómo desaparecieron los efectos personales, todo lo demás encaja. Tanto Defensa como Agricultura juran que se han hecho con el control de la estación de Baker. Nadie volverá a abrir la boca. Y, en cuanto al accidente de avión, eso se explica fácilmente... un acto divino.

—Aún me parece un poco endeble.

—Pero puede funcionar. La clave es vincularte con esos dos y atribuir todo el asunto a una cuestión de drogas. Actualmente, las intrigas de ese tipo son tan comunes como los bacalaos en el mar... al menos en los libros y películas. Y luego, para rematar la cosa, te vas pitando del país, desapareces, un deshonorado exfuncionario del gobierno de los Estados Unidos.

Boyle encendió un cigarrillo y lo chupó reflexivamente.

—Bueno, podría funcionar —conjeturó al cabo de un rato—. Pero la bibliotecaria no se rendirá fácilmente.

—¿Qué puede hacer? Había heroína en la habitación donde su sobrino fue asesinado. Su hoja de servicios demuestra que psicológicamente no llegó a adaptarse de manera satisfactoria. Luego un conocido criminal fue asesinado el día anterior por balas procedentes de la misma pistola que mató a su sobrino. Esta es una buena prueba indiciaría de un vínculo entre los dos. De modo que la bibliotecaria emprende un viaje en autocar en una torpe e

insensata tentativa de limpiar el nombre de su sobrino. Descubre en el periódico que algunos empleados de la estación agrícola se mataron en un accidente de avión. ¿Y qué? Ella jura que te conocía, pero tú te has dado el piro. Aunque te hubiera conocido, ¿qué demuestra eso? Solo que la estuviste siguiendo para recuperar las drogas que suponías su sobrino había dejado atrás. En pocos días la prensa reunirá los hechos, hechos que tengan sentido, y a ella la mandarán a freír espárragos. Puede que siga intentándolo, pero hablará para las paredes. Será admirada por sus agallas y compadecida por tener un sobrino semejante, y será olvidada... otro afectuoso pariente de un chico descarriado, nada más.

Boyle la imaginó escribiendo cartas a diputados, exigiendo ser entrevistada por la prensa, acusando el estúpido fervor de una mujer sin hijos que había volcado todos sus sentimientos maternos en un amor equivocado por un sobrino neurótico. Los días se prolongarían en semanas y las semanas en meses mientras ella se daba de cabeza contra los muros burocráticos y resistía el brutal rechazo de los reporteros.

—Es toda una mujer —murmuró Boyle.

—Y va tras tu pellejo.

—Hablando de mi pellejo, ¿cuáles eran las intenciones de Hopkins?

Hirschorn se encogió de hombros y buscó las cerillas para volver a encender su puro.

—¿Quería liquidarme?

—Sabes tan bien como yo que existía una posibilidad.

—¿Por qué los de Washington no estuvieron con él?

—Da gracias a tu buena estrella por esos chicos listos de Seguridad Nacional. Pero no le echas la culpa a Hopkins por su opinión. No era personal.

—No, quizá no. Él prefiere algo más simple. En su lugar yo habría tenido la misma idea —dijo Boyle.

—Los dos la habríamos tenido —dijo Hirschorn.

—¿Te apetece un poco de vino? —Entró en la cocina, cogió una botella semivacia y dos vasos—. He aquí mi nueva vida —declaró, levantando el vaso hacia el de Hirschorn.

—¿Adónde irás, Alex? —Y el corredor de fincas añadió con presteza—. Mejor que no me lo digas.

—¿Cuándo queréis que me marche?

—Mañana por la noche.

—¿Tan pronto? Bueno, es mejor. —Boyle bebió el vino a sorbitos, melancólicamente. Se representó a Cora haciendo las maletas de ambos y diciendo: «Me tranquiliza, me tranquiliza que lo hayas dejado», y luego pensó en Julie Saunders, que no diría palabra, sino que haría la maleta tan aprisa como pudiera.

—Allen —dijo Boyle bruscamente—, puede que lleve a alguien conmigo.

—¿Una mujer? —Hirschorn se inclinó hacia delante cuando Boyle asintió con la cabeza—. ¿Es una buena idea?

—No será un problema. No hará preguntas.

—¿No? ¿Cuando esto salga en todos los periódicos?

—No será un problema. Sé lo que hago.

—Puede que sí, pero no me gusta como suena.

—Hazme un favor, Allen. No se lo menciones a Hopkins.

—No puedo prometértelo.

—Un favor en atención a los viejos tiempos.

—No me lo pidas. —Hirschorn se echó hacia atrás, parpadeando; luego entrelazó los dedos e hizo sonar los nudillos.

—Sé lo que hago. Hazlo por mí, Allen.

Hirschorn frunció los labios como si probara un limón.

—Maldito seas, Alex. Nos estamos comportando como un par de viejos, llenos de recuerdos y sentimentalismo. Bueno, entonces —dijo con un prolongado suspiro—. Pero te lo repito..., no me gusta. Si la chica abre la boca «una sola vez,» os la vais a cargar los dos.

—Allen. Gracias —dijo Boyle.

Hirschorn rechazó su gratitud con un gesto de la mano y dobló el cuerpo hacia delante, en la seca actitud de un negociante que cierra un trato.

—Mejor que no perdamos el tiempo. ¿Qué nombre usaste en la última cuenta bancaria?

—T. A. Willis.

Hirschorn sacó una libreta de espiral y puso una estilográfica sobre ella.

—Este será el nombre de tu pasaporte —Levantó la vista—. Y tu nombre permanente, Alex. No queremos que los agentes federales averigüen que te encuentras en un país extranjero y obtengan tu

extradición. ¿Qué significarán las iniciales?

Boyle pensó durante un momento.

—Thomas Albert. —No añadió que eran los nombres de su abuelo.

—Vale. Haremos una transferencia de fondos a esta cuenta a primera hora de la mañana... una transferencia registrada, así que puedes retirarlos al mediodía. Según tengo entendido, dispondrás del suficiente dinero para un año, si tienes cuidado. ¿Está en orden el pasaporte de la chica?

—Conociéndola —dijo Boyle sonriendo—, estoy seguro de que sí.

—¿Qué vas a hacer con la galería?

Boyle se sirvió otro vaso de vino, murmurando:

—Coño, tengo programadas exposiciones para los próximos cuatro meses —Por un momento vio a Kawabata tambaleándose hacia un inmenso lienzo blanco, con el pincel listo para la primera pincelada certera—. Allen, esa galería tiene que seguir en marcha.

—No puedes dirigirla desde donde estarás.

Una extraña idea, pero de algún modo adecuada a pesar de todo, le vino a la cabeza.

—¿Y qué tal si se la cedo a mi ayudante?

—Bueno, es bastante lícito —afirmó Hirschorn—. ¿Pero tiene dinero para dirigirla?

—Le dejaré los gastos de explotación para seis meses.

—Alex —dijo el corredor de fincas—, eso es demasiado.

—Aún le falta experiencia. Y creo que las mujeres le distraen. Puede sufrir algunos contratiempos.

—No te estoy diciendo lo que debes hacer, pero yo de ti me agarraría a todo lo que tuviese. Empezar la vida en un país nuevo no es fácil.

—Seis meses de gastos de explotación. Luego le corresponde a él sacarle partido.

Hirschorn cerró de golpe la libreta.

—Es tu decisión. Pero ten esto presente, Alex: cuando te vayas, estarás solo para siempre —Cuando Boyle asintió, el corredor de fincas se puso las manos en las rodillas con resolución—. Pues nada más —declaró y se levantó con un suspiro, como si acabara de cerrar un trato insatisfactorio.

Boyle le siguió hasta el vestíbulo, donde Hirschorn se dio la vuelta y dijo:

—Dame tu pistola —Tendió la mano—. Es la prueba.

Boyle sacó la Webley & Scott de la pistolera y miró la compacta pieza negra, la cual había sentido, tibia y pesada, contra su cadera durante años. Cuando entregase esa pistola, su vida quedaría atrás. Después de una breve vacilación se la tendió a Hirschorn y abrió la puerta. Se estrecharon las manos sin decir palabra, luego Hirschorn salió al rellano. De pronto se giró, su cara tersa y rosada como la de un niño. Con una mirada de soslayo musitó:

—¿Verdad que es rara? La vida, quiero decir —y se dirigió rápidamente hacia las escaleras.

El plan funcionaría si efectivamente ponían trabas a Victoria Welch. Eso podría resultar harto más difícil de lo que pretendían los chicos listos de Washington. Si la mujer persuadía a un solo periodista para que investigase más a fondo, podrían surgir varias cuestiones perturbadoras. Por ejemplo, ¿se habían efectuado realmente experimentos inhabituales en una granja porcina? Su vitalidad podía estimular la demanda de multitud de aclaraciones. Por otra parte, una vez que este plan se pusiera en marcha, los cabos sueltos se atarían por sí mismos. No sería la primera vez durante sus años de servicio que Alexander Boyle viera una idea endeble evolucionar hasta convertirse en una operación firmemente estructurada. Todo lo que había entre el inicio del plan y su éxito era una mujer solitaria que había adorado a su sobrino. Boyle quería que fracasase. ¿Qué ganaría el país si ella obtenía su venganza? Su triunfo sería abstracto de todas maneras, porque el principal objetivo de su venganza estaría a miles de kilómetros del país. ¿Encontraría mucha satisfacción al vengar a un muchacho muerto a expensas de la confianza pública en el gobierno? Bueno, tal vez sí; las buenas personas solían encontrar satisfacción en destrozar el sistema que las protegía. Y posiblemente su victoria supondría la caída de un hombre leal como Hirschorn. Él era el candidato lógico a quien dirigir los ataques, un hombre carente de posición oficial, que había puesto en peligro su vida y reputación por sus principios. Hirschorn debía de haber comprendido su precaria posición esta noche. Allí estaba un auténtico profesional, vistiendo su traje negro, yendo cada noche a su hogar con una

familia que le esperaba, estando al servicio de consejos municipales, mejorando las condiciones de vida de su comunidad.

«Pero para mí —pensó Boyle—, todo ha terminado». Había perdido cuanto tenía: reputación, vocación, y, sobre todo, la oportunidad de vivir hasta el último de sus días en el país al que había servido tantos años. Y, sin embargo, podía al menos esperar con ilusión un nuevo comienzo, lo cual era más de lo que debería afrontar Victoria Welch si el plan surtía efecto. De todos los involucrados, puede que ella sufriera la mayor pérdida: su fe en la justicia. «Los idealistas nunca ganan», pensó Boyle, mientras iba por más vino. Se lo sirvió, notando que su mano temblaba como la de un viejo. Nunca se había sentido tan cansado, tan aturdido por la fatiga. Engulló el vino, esperando que le diese fuerzas. Se sirvió otro vaso, entró en la sala de estar con paso cansino y se tumbó en el sofá. Se sentía como si hubiera andado kilómetros. A continuación descolgó fatigadamente el teléfono y llamó a Julie Saunders, esta vez dejó un recado a su servicio de recepción de mensajes.

—Dígale a la señorita Saunders que es urgente —dijo.

Luego se sentó cómodamente, a esperar. ¿Cómo reaccionaría ante la perspectiva de viajar a

Hong-Kong

, Nueva Delhi, Casablanca? Boyle la conocía. Para mañana al mediodía estaría a punto de marcharse, y se imaginó con ella subiendo la rampa del avión como recién casados, rumbo a cualquier lugar. Y, con todo, carecía de ilusiones. Esa chica, que acaparaba cosas en su piso como una ardilla, se cansaría pronto de una vida errabunda, dando por sentado que el dinero duraría lo bastante para llegar a aburrirla. Entonces, generosamente, podría tratar de verle durante algún tiempo como alguien distinto a lo que probablemente era: el padre indulgente que nunca había tenido. Pero al final querría algo más que una vida monótona y sin pretensiones en América del Sur u Oriente, donde más adelante habría de establecerse como dependiente o contable, un viejo expatriado que perdía esperanzas sin tregua. Carecía de ilusiones. Su vida juntos no duraría mucho, pero por un breve período se darían apoyo mutuo y serían felices. Eso bastaba.

Bebió pensando en ello y contempló con ternura las posesiones que jamás volvería a ver. La suya había sido una extraña vida,

compuesta de violencia y belleza. Había visto la sangre brotar del pecho de un joven. Había visto todo un mundo creado por un artista borracho. Había amado a su esposa. Había matado por su país. Tenía muy pocos remordimientos, probablemente no más que el hombre medio que ha zaherido con exigencias a sus semejantes y en ocasiones se ha comportado con crueldad. No tenía remordimientos que pudieran atormentarle en el futuro. Siguió ahí sentado, esperando que la nueva vida comenzara con un breve estallido de dicha y terminase, años después, en soledad. Con la melancólica expectación de un hombre que huye con una mujer mucho más joven, estaba esperando que llegase el día siguiente.

Alzó su vaso y brindó por ese mañana, y al instante siguiente sintió un dolor de abrumadora intensidad clavársele en la ingle. Luchó por respirar, mientras una mano en su interior le exprimía despiadadamente el aire de los pulmones. Ya no pudo eludir la verdad. Su cuerpo era de pronto algo con voluntad propia. Tendría que pedir ayuda, pero sus puños se negaban a soltarse de su pecho; permanecían allí como si trataran de vencer la presa de una mano interior mucho más fuerte. Esto no debía ocurrir, esto lo complicaría todo, pensó desesperado, mientras el dolor creciente enviaba fibras de sí mismo de su corazón a su hombro, a sus dientes y a su brazo izquierdo. Los planes comenzaban a desvanecerse, los planes de Washington y Victoria Welch se desvanecían, su propio plan se desvanecía también, su mañana retrocedía ante el dolor. «Esto no debe suceder ahora», se dijo, y formó las palabras con los labios «ahora no, ahora no, ahora no», hasta que una candente, crepitante sensación barrió su cerebro como una enorme escoba, y se vino abajo.

Minutos después, cuando sonó el teléfono, Alexander Boyle ya no pudo oírlo. Sonó y sonó con insistencia. Luego enmudeció.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
NO
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA
Barbara Vine (Ruth Rendell)
8. *EL MAÑANA,*

CONTRA

William P. McGivern

9. *EN EL DIQUE,*
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA,*
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA,*
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS,*
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO,*
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO,*
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE,*
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL,*
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA,*
LA
Charles Williams
19. *MORTAL,*
CHANTAJE
Elmore Leonard

20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDEÉS,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. ¿ *QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*,
POR
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*
DETECTIVE
JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*
LA
CASSIDY
David Goodis
33. *MORTAL,*
CAÍDA
B. M. Gill
34. *PELIGROSOS,*
SECRETOS
William P. McGivern
35. *DEL MATADERO,*
CAMINO
Ruth Rendell
36. *CON ESA MUJER,*
CUIDADO
David Goodis
37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*
UN
QUEEN
Ellery Queen
38. *MUERO POR CONOCERTE,*
ME
B. M. Gill
39. *Y EL JOCKEY,*
SU
ALTEZA
Peter Lovesey
40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*
EL
Anthony Berkeley
41. *DESPEDIDA,*
ETERNA
Ruth Rendell
42. *VIUDA,*
LA
Nicholas Freeling

43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



MALCOLM JOSEPH BOSSE (1926-2002) fue un escritor americano de novelas tanto para adultos como para jóvenes. Sus novelas transcurren frecuentemente en Asia, y suelen estar muy bien documentadas en cuanto a las costumbres y los caracteres. Bosse escribió también novelas históricas, sobre todo a partir del éxito obtenido con *The Warlord* que fue un superventas en EE. UU. Bosse ganó igualmente el «Deutscher Jugendliteraturpreis» in 1983.

Bosse nació en Detroit, Michigan, y murió en la ciudad de Nueva York. Era licenciado por la Universidad de Yale, y prestó servicio en la Armada de EE. UU. Ejerció también la enseñanza del inglés en el «City College of New York» de Manhattan.

Notas

[1] Sanitation man: En Estados Unidos, eufemismo por «basurero».
(N. del T.). < <